



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Los Baskos, insignes marinos que tienen muchos de sus principales pueblos sobre la costa, y por tanto han practicado de continuo, y sin duda desde remotos tiempos, el arte de la navegación, han olvidado la mayor parte de los vocablos indígenas que á él se refieren, reemplazándolos por vocablos románicos (castellanos, franceses y provenzales, además de los propiamente latinos). Si hubiéramos de guiarnos por las indicaciones del vocabulario, sería cosa de suponer que los Baskos han aprendido á navegar en época reciente, después de su contacto con los Romanos. La singular extranjerización de la terminología marinera, acaso pueda atribuirse al constante alistamiento de los Baskos en las armadas de los Reyes de España y Francia.¹

(1) El servicio de mar lo han cubierto las Provincias Baskongadas al igual de las demás regiones costeras de la Península, si no estoy mal informado, sin que nunca haya revestido el carácter *foral* que con tanto tesón le conservaron las Juntas y Diputaciones al servicio militar terrestre.

El «barco», la nave en general, se llama *ontzi*, *untzi*, que, á la vez, significa «vaso, vasija, receptáculo». La palabra *gabarra* muestra el aspecto completo de una palabra euskara. La Academia la deriva del árabe *abara*, cuyo significado dudoso es «pasar un río». Esta etimología es inaceptable. Existen formas distintas de la misma palabra en bajo-latín *gabbarus*, en italiano *gabara*, en francés *gabarre*, *gabare*, en bajo-bretón *kóbar*, *góbar*. Littré y Brachet declaran que su origen es desconocido. Acudir al sánscrito *ka* «agua» y *br* «llevar», acaso es más sabio que exacto. El *Suplemento* manuscrito á Larramendi asienta otro nombre del barco, *olabia* (de *ola* «tabla» y *bea* «baja» ?) Ni aun aproximadamente se vislumbra la etimología de *ontzi*, *untzi*.

La «vela» comunmente se dice como en castellano. Larramendi trae *aizapia* (*aize* «viento», *zapi* «trapo»: «trapo del viento»). Me temo que sea palabra fabricada por él.

El nombre del «remo» reviste las siguientes formas dialectales: *arraba*, *arraun*, *erraun*, *arrau*, *boakai*. La primera lleva incorporado el artículo *a*; la última, sin género de duda, es palabra puramente literaria ó sabia; significa «lo que es propio para bogar». Nunca se la he oído á la gente marinera. Las otras cuatro formas son de origen aryo, románico, como dice Mr. V. Eys, ó céltico, como supongo yo, sobre todo, dado que Pictet acierte en la hipótesis de que el irlandés *ramha* perdió al *a* inicial. Aunque la forma irlandesa *ramha* y la románica *rem*, explican la existencia de *arraba*, la derivación de las for-

Mediaban contestaciones respecto al número de marineros pedidos, pero la cosa no pasaba á mayores, y amenudo se miraba con olímpica indiferencia cuanto se refería á las levas de gentes de mar. Parece como que en esa materia no existían *fueros*.

Cuál es la causa verdadera de tan notable diferencia entre ambos servicios?

El marcado extranjerismo del vocabulario marinero me hizo pensar en alguna razón étnica. Mis sospechas no se han confirmado y en todo caso se oponen á la más vehemente convicción de los interesados. En los puertos apenas hay familia forastera y son todos sus habitantes «hijos del país y de tierra adentro, segundones, terceros y cuartos, que quedan con el árbol y el real sin otro arbitrio que dedicarse al puerto, en donde hallan ancha mar para el trabajo». No obstante tan esclarecida bizkainía equiparaban el tratamiento que padecían al de «un esclavo que fuese infiel á su dueño». Esto decían los puertos de Bizcaya el año 1801, exhalando amarguísimas quejas. (Véase *El gobierno y régimen foral del Señorío de Bizcaya*, tomo VI, págs. 53-55 por D. Fidel de Sagarm'na).

mas *arraun*, *erraun*, *arrau* es más dificultosa, sin que por eso se pueda poner en tela de juicio el origen aryo de ellas.

El radical de *itsaso*, *ichaso* «mar» es *iz*: *Izpaster*, lugar de Bizkaya (*iz-baster* «rincón del mar»), *izokin*, *izoki* «salmón», *izurde* «cerdo de mar». Es muy notable que éste mismo radical, al parecer, figure en el nombre del espanto y del terror, *izu*, *izi*. Este hecho responde perfectamente á la hipótesis del origen montaños del pueblo Euskaldun, cuya significación se impresionaría vivamente ante el mar portentoso, para él nuevo.

De *jantzi* «vestir», se deriva *janzkai*, *jazkai* «ropa, traje», (*jantzi-kai*, «materia de vestir») y *yazkere* (Porrallis). Es sinónimo *soñeko*, *soñoko*. *Soñ*, *suñ* significa «espalda» y además «carga: traje completo». Parece que el derivado *soñeko* se aplicaría primeramente á cierta parte del traje, designando una prenda que se lleva sobre la espalda (capa?)

«Lana» se dice *ille*, *ule*; «hilo» *hari*, *ari*; «tejer» *ego*, *eho*, *eyo*, *eo*, *chaitu*, *irazki*; «tejido» ó «tela», *eun*; «tela» ó «pañño» *ogal*, *oihal*, *oyal*; «lienzo» *zapi*.

Las formas germánicas *vulla*, *wull*, *wolla* y *ull* «vellón», dan pábulo á la vehemente sospecha que de ellas se deriven *ille* y *ule*; en todo caso la derivación germánica me parece ménos improbable que la latina, de *vellus*, *villus*.

Con *hari*, *ari*, presentan semejanzas las palabras sánscritas *sari* «cuerda», y *sarit* «hilo». Pero *hari* presupone otras dos formas precursoras, *gari* y *kari*, que entroncan con el grupo de nombres del carnero.

Ogal, *oihal*, recuerda al irlandés *oige*, *eige*, *uige* «tejido», pero también guarda relación de forma con *ego* «tejer». La aféresis de *e* en *ogal* (*eogal*) se ajusta al genio de la lengua. El parentesco de *eun* y *eo* es evidente.

Entre los nombres actuales de las prendas de vestir, no recuerdo ninguno que se haya de suponer primitivo, excepto el de cierto calzado, *abarka*, donde figura el componente *abar* «rama». Astarloa dice que la terminación es *ke* (*kia*) y significa «cosa»; *abarka* (*abarkia*) equivale á «cosa de ramas». ¹ Van Eys descompone la palabra en *abar-kai* ó *gai*; su sentido es «material para hacer rama» y no «material de

(1) *Apología etc.*; pág. 292, ed. de 1803.

rama»,¹ como requiere la hipótesis. Añadiré, por mi parte, que *ha* es terminación adverbial: *zaldika* «á caballo». Hasta ahora, suministra la mejor solución.

El «collar» se dice *idunde*, *lepande*, de *idun* y *lepo* «cuello, pescuezo»; la terminación es obscura. *Erraxtun*, *errestun*, *elestun* (Micoleta) significa «anillo, sortija». Esta palabra ¿guarda alguna relación con *erraz*, *errech* «fácil» ó con *erazle* «herrador», de *erauzi* «poner algo á otro», según el *Suplemento* de Araquistain á Larramendi?

El nombre del año es *urte*, palabra que significa, poco más ó menos, «inundación», de *ur* «agua» y *te*, sufijo abundancial. Para que la abundancia de las aguas diese nombre á un espacio de tiempo relativamente largo como es el año, se hacía preciso que esa abundancia fuese periódica, rítmica. Es palabra que no ha podido adquirir su actual sentido durante la permanencia de los Baskos en el territorio que hoy ocupa, donde no ocurre ningun fenómeno natural á propósito para fijar dicha significación. Es palabra, por decirlo así, pre-pirenaica.

Pictet conjetura que el sánscrito *vatsa* (*vad-sa=utsa*, *udsa* «manantial» y «nube»), tiene el sentido propio de *aquam dans*. «Los antiguos Aryas—dice—concedían á la estación lluviosa tanta importancia cuanta era precisa para dar su nombre al año entero. En los pueblos pastores y agrícolas la sequía ha de ser azote y la lluvia beneficio del cielo».²

Sí, pero no dará nombre al año sino en cuanto sea propia de cierta estación, como acontece en las Antillas. El «año» euskaro nada tiene que ver con la lluvia, *euri*. Proviene de la avenida de las aguas, es decir, de un fenómeno natural análogo al del Nilo.

Según Benfey, existe un tema sánscrito *ud=uda*, que significa «agua», y lo mismo el védico *sura* y el sánscrito *udra*. *Udur* en escandinavo significa «ola». Aunque la permutación de *d* en *r* es normal en baskuenze, hay que desechar la idea de un préstamo aryo que las semejanzas apuntadas pudieran sugerir. Algunos vocablos compuestos demuestran que *ur*, «agua» fué *uri*, y algunas variedades dialectales poseen la forma prolongada *uur* (Aguirre, *Sermones*), la cual, á voces proclama la pérdida de una consonante intermedia. La forma reconstituida *u(?)uri* difiere demasiado de *ud*, *sura* y *udra* para que

(1) *Dictionnaire basque-francais*, pág. 1.

(2) *Les origines*, etc., pág. 353, tomo III.

tenga nada que ver con una de éstas. El préstamo peca, además, contra la verosimilitud; es absurdo suponer que la única palabra euskara que en todos los dialectos designa al agua, sea extranjera.¹

Los nombres de las cuatro estaciones son: «verano» *uda* y según Micoleta *eude*; «invierno» *negu*, *neghi*; «primavera» *bedatse*, *bedatsü*, *udaberri*, *udahaste*; «otoño» *udazken*, *udatzen*, *udarrazki*, *udagoyen*, *larrazken*.

Los nombres del verano y del otoño son comunes á todos los dialectos. Esta circunstancia, y la imposibilidad ó suma dificultad de explicarlos, denotan que pertenecen al fondo más primitivo de la lengua. *Negu* parece compuesto con el sustantivo *egun* «día»; pero ¿qué significa el prefijo *n*? La mayor parte de los nombres de la primavera y del otoño están formados con *uda*: *udaberri* «verano nuevo», *udahaste* «principio de verano», *udazken*, «último verano», *udatzen* «verano de atrás ó posterior», *udagoyen* «verano de arriba ó elevado» (el cabo ó remate del verano?). El segundo componente de *udarrazki* es oscuro. *Bedatse*, *bedatsü* procede de *bedar* «yerba», más un sufijo abundancial; *larrazken* se compone de *larre* «pasto» y *azken* «último». Ninguno de éstos nombres se refiere al período agrícola.

«Es eminentemente probable—dice Mr. Baudrimont—que los Bascos no distinguieron al principio sino es dos estaciones: *uda* y *negua*». Esto me parece incuestionable; pero en cuanto á suponer, como él hace, que admitir dos estaciones sólo puede suceder cuando se habita la región tropical de la América meridional, ó la región polar, pronunciándose á favor de ésta, y atribuir á *negua* la significación arbitraria de «no hay agua» y considerarla como paráfrasis de la palabra «nieve», de ninguna manera me allano.² Las suposiciones, para creíbles, requieren más sólidos fundamentos.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



(1) Las palabras *ugarie* «isla», *ugarri* «escollo», *ugobile* «diluvio», *avenida*, *inundación* y otras, acreditan que la actual líquida fué anteriormente una gutural. Este hecho refuta la procedencia arya, aunque no se admita la existencia de otras formas menos contraídas que hipotéticamente consigna el texto.

(2) *Histoire des Basques*, págs. 73, 164 y 165.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Entre *uda* y *urte* se adivina ó sospecha cierta conexión, por efecto, sin duda, de la comunidad del elemento inicial. Los pueblos del Norte, observa acertadamente Pictet, conocen dos estaciones únicas, el verano y el invierno, los gigantes *Sumar* y *Vetr* del Edda escandinavo. Los Aryas primitivos dieron nombre á tres estaciones, caracterizadas por la nieve, la vegetación y el sol ó calor, respectivamente: indicio de que habitaban un clima templado y una latitud media. Los Eslavos, á pesar de haber conservado el nombre antiguo de la primavera, manifiestan tendencias á reemplazarlo por equivalentes que lo subordinan al estío (como los Baskos): *proljetje* (ilírico) «pre-verano», *mlado leto* (eslovaco) «joven estío». Los Celtas distinguieron tres estaciones, subordinando el otoño al invierno, como hacen los Servios.

Los Griegos y Romanos adoptaron temprano la división cuádruple.

Así como la aparición y desaparición del sol marca el período de tiempo más natural, el día, cuyo nombre basko *egun* dice relación al

del sol, *eguzki*, el curso de la luna determina otro período más largo y no menos fácil de observar. En baskuenze median entre el nombre del «mes» y el de la «luna» aquellas relaciones que se observan en muchas lenguas. El «mes» se llama *illa*, *ille*, *illabete*, *hilabete*; la «luna» *illargi*, *irargi*, *iratargi*, *iretargi*, *argizagi*, *argizari*, *goiko*, *gaiko*.

Lógica y cronológicamente, el nombre de la luna precede al del mes. *Illa*, por tanto, hubo de significar al principio «luna», y así lo demuestran *illabete*, *hilabete* «mes», literalmente «luna llena»; *illbarri*, *illberri* «luna nueva»; *illbete*, *ilzar* «luna llena, luna vieja»; *ilgora* «cuarto creciente» («luna arriba») *ilbeera*, *ilbera* «cuarto menguante» («luna abajo»).

Aplicado el nombre de la luna, *illa*, al mes, se experimentó la necesidad de crear otros nombres que designasen al astro, y tuvimos *illargi*, *irargi*, *iratargi*, *iretargi* «luz del mes»; *argizagi*, «odre (depósito, receptáculo, continente) de luz»; *goiko-a* «el de arriba» (suple «luminar»), *gaiko-a* «el de la noche». *Illargi* figura en los términos basko-franceses *illargiaren beherapena* «luna menguante», *illargiaren gorapena* «luna creciente» y en el común *illargibete* «luna llena».

La claridad lunar se expresa con la palabra *argizait*, sumamente próxima del vocablo *argizari*, cuyo significado, como juiciosamente expone Mr. Van Eys, parece ser el de «iluminador».

Los escritores baskogados suelen explicar de otra manera el nombre *illargiya*. Según Astarloa proviene de *illun* «obscuridad» y *argi* «luz», literalmente «luz de la obscuridad»¹ Darrigol titubea entre dicha etimología y la de «luz capaz de apagarse», y «luz de los muertos».² Esta última explicación, apoyada en la existencia de palabras como *ilkucha* «féretro», *ilobi* «fosa», *ilerri* «cementerio», etc., ha alcanzado la mayor boga. A ello contribuye, sin duda, su belleza poética, y la posibilidad fonética y gramatical de que *illargiya* fuese contracción de *illen-argiya*. Chaho comprendió perfectamente que el nombre primero de la luna fué *illa*. Explicó el nombre por la falta de calor de la luz lunar: «y para caracterizar su naturaleza inmóvil, durmiente y helada, la luna fué llamada *Illa* con una palabra que expresa, á la vez, la inmovilidad, el embotamiento y la muerte».³

(1) *Apologia* etc ; pág. 286.

(2) *Dissertation* etc., págs. 27 y 28

(3) *Aitor*, legende cantabre (*Histoire primitive des Euskariens Basques*), pág. 219.

Es indudable que entre *il*, *hil* «morir», *illun* «sombrio», é *illa*, existe cierta comunidad de forma que hace plausible alguna relación de sentido.

El sistema de la numeración baskongada es hoy vigesimal desde veinte en adelante, y decimal en la segunda decena. El estudio de los diez primeros nombres presenta varias dificultades serias.

El nombre del «dos», *bi*, *vida*, *biga*, parece derivación del sánscrito *dwi* por tránsito del latino *bis*, *bini*. A esta suposición cabe oponer otra: que *bi* es residuo de *vida*, *biga*. Estas dos formas basko-francesas nunca se usan acompañadas de nombres: se dice *badire biga* «son realmente dos», pero no *biga gizon* «dos hombres». Partiendo de este hecho Van Eys supone que *biga* es *bi*, más el artículo *a*. Y la *g*, ¿qué papel compone? ¿por qué causa se introduce? Además, la idea de pluralidad que «dos» entraña exigiría el artículo pluralizado *ak*. «Dos» con artículo singular únicamente se concibe cuando la frase se refiere al número mismo: «cayó el dos». Tradúzcase literalmente la frase *badira biga* «son efectivamente el dos», y se comprenderá que la frase es absurda. La *g=d* es, por tanto, orgánica, y el parecido latino, fortuito.

A *hiru* «tres» le encuentra Ribáry cierta analogía con el fino-úgrico *harom*, *kolmo*, *kolme*.¹ Esta vaga semejanza aún se atenúa, efectuando la comparación con la forma *hirur*. A propósito de *bost* «cinco», el distinguido profesor húngaro exhibe el turco *bes*.²

Bost, *bortz*, al parecer, fué el término extremo de la numeración baska, durante cierto período de la evolución del pueblo euskaldun. Actualmente aún retiene el significado de «muchos» en ciertas locuciones: *bostetan esan diot* «en cinco (muchas veces) le he dicho»; *bost aldiz* «cinco (muchas) veces». Es caso extraordinario de reminiscencia de un estado mental atrasadísimo. Bastantes tribus de salvajes modernos no saben contar más arriba de cinco y con esta palabra expresan la idea de multitud. Los Baskos, raza noble y progresiva, rompió pronto las mallas que aprisionaban su entendimiento.

El nombre del «seis» *sei*, pone sobre el tapete la derivación arya. El sánscrito dice *shash*, forma muy alterada; el gótico *saihs*; el latín *sex*. Pero como el árabe posee la forma *shesh*, surge la duda entre el

(1) *Essai sur la langue basque*, pág. 22.

(2) *Id.*, *id.*, *id.*

el origen aryo y el semítico. Algunas variedades del baskuenze, al unir el artículo pluralizado á dicho numeral, pronuncian *seirak* «los seis». Y porque no justifica la presencia de la *r* ninguna razón fonética, caemos en la cuenta de que la forma primitiva de *sei* fué *seir*, aumentando las probabilidades de que la palabra sea de origen euskaro.

Zazpi «siete», guarda alguna analogía con el sánscrito *saptam*, pero sin autorizar ninguna conclusión.

Hasta ahora todos los numerales eran simples; pero *zortzi* «ocho» parece compuesto, y *bederatzi*, *bederatziñ* «nueve», lo es, sin género de duda, figurando en su composición *bat* «uno» (*bed*). La final *tzi* es común á ambos numerales. La etimología de uno y otro son inexplicables, por ahora, y mientras no vengan nuevos elementos de comparación.

Hamaika, *amaika*, *ameka*, *hamaka* «once», está formado con *amar*, *hamar* «diez» y un elemento desconocido. *Eka* es nombre sánscrito que significa «uno», pero me parece muy inverosímil su presencia. Y lo mismo digo del hebreo *hekhad*, de idéntica significación. Algunos suponen que *eka* equivale á *ike* «subida, colina», significando *amaika*, poco más ó ménos, subida «del diez», ó «lo que está más allá del diez». La explicación es ingeniosa. Ni me ocurre, ni conozco otra más plausible, pues no había el baskuenze de tomar prestado el nombre del «uno» á otras lenguas, poseyendo el *bat*.

«Cien» se dice *eun*. Los restantes numerales son latinos: *milla* «mil», *milloi* «millón».

Pocos nombres de armas ofensivas y defensivas pueden reputarse seguramente como de origen euskaro. El castellano conserva dos palabras, *azagaya* y *azkona*, dignas de estudio. Ambas recuerdan la palabra *aitz* que hallamos en *aizkora*, *aizturak*, etc. La Academia explica *azagaya* por el berberisco *zagaya* «venablo»; Larramendi por el baskuenze *atza* «dedo» y *gaya* «apto, propósito». Etimología inadmisibles en su primera parte. Si la palabra, realmente, es de origen baskongado, significaría algo así como «piedra útil» significado análogo al que correspondería á *az-kona*, «piedra buena» dentro de dicha hipótesis.

Gezi «venablo», palabra recogida por Pouvreau, hoy ignorada, recuerda al galo *gaiso* y al latino *gaesum*, *gaesa*. Era de hierro, y los Galos lo llevaban en la mano, costumbre que observaban los Nabarrros del siglo XII, según Aymeric Picaud: «Ubicunque Navarrus aut Bas-

clus pergit, cornu ut venator collo suspendit; et duo jacula aut tria, quæ *auconas* (*azkonas?*) vocat, ex more manibus tollit». ¹ Un grabado del siglo XVI nos muestra á los aldeanos alabeses concurriendo al mercado de Vitoria, dardo ó venablo en mano. Siglos antes Ludovico Pío se presentó á Carlo Magno vestido á uso baskon *missile manu ferens*.

Mr. Baudrimont opina que la palabra *scutum* procede del baskuenze *esku* «mano». ² Difícil de creer es que pueblo tan guerrero como el romano careciese de los escudos que muchas tribus salvajes conocen; porque esto significaría, en puridad, el hecho de que hubiesen tomado el nombre al baskuenze. La espada corta ó cantábrica fué también adoptada por los Romanos; pero en este caso se trataba, no de un arma desconocida, sino de otra forma más ventajosa.

Pero en fin, es el caso que la etimología de *scutum* es dudosa. Pictet compara esa palabra con el griego *skutos*, *kutos* «piel, cuero», formas que poseen correspondencias más ó menos claras en otras lenguas: *sciath* (antiguo irlandés), *scoit* (antiguo armoricano), *scitil* (ilírico), etc. Aufrecht refiere *scutum* y *skutos* á la raíz sánscrita *sku* «tegere». ³

Respecto á la influencia que la idea de la mano haya ejercido en la denominación de dicha arma defensiva, notaremos que Pictet, arrancando de ciertas comparaciones de Kuhn, conjetura que los vocablos griegos *palme*, *parme* «escudo», perdieron la *s* inicial primitiva, lo cual hace que deban separarse del sánscrito *carma* «escudo y piel»; á la vez que el griego *palame*, el latín *palma* y el antiguo alemán *folma* «la mano llana, la palma de la mano», han de relacionarse secundariamente á dicho origen. ⁴

Scutum, de origen euskaró se explicaría por *esku-du-n* «que tiene mano», descripción inadecuada del objeto, puesto que la mano es la que sostiene al escudo. Los Diccionarios traducen «escudo» por *ezkutu* y bajo esta forma si que no hay duda de que la palabra es de origen latino.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



(1) Le Codex de St-Jacques de Compostelle, pág. 18.

(2) *Histoire des Basques*, pág. 18.

(3) *Les Origines*, etc., tomo II, págs. 290-291.

(4) *Les Origines*, etc., tomo II, págs. 289-290.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Si yo siguiese el ejemplo de los historiadores que con tanta facilidad deducen consecuencias inmediatas de los hechos lingüísticos, podría ahora trazar el cuadro halagüeño de una sociedad euskara absolutamente pacífica, ignorante de las armas hasta que se puso en contacto con los Aryas. Pero este idilio corre el peligro de ser imaginario. Ciertamente, el Euskaldun no es conquistador ni militar por naturaleza; sus guerras han sido, generalmente, guerras defensivas, ora del territorio patrio, ora de sus creencias é instituciones. Mas cierto espíritu aventurero que es uno de los componentes de su genio nacional, ha sido causa de que fuesen á pelear espontáneamente bajo extrañas banderas, no sólo individualidades sedientas de gloria y lucro, sino grupos compactos. Sirvan de ejemplo los Baskones que alistó Hannibal contra Roma y las compañías nabarras que en el siglo X servían á Ibn-Abí-Amir, ministro famoso del Califa Hixem II.

Buen número de nombres euskaros de armas se olvidaron al desa-

parecer las antiguas; y los sobrevivientes siguieron, poco á poco, el mismo camino, á medida que los Baskos combatieron cada vez más mezclados con otras gentes.

Los *Refr.* y *Sent.* (Porrals) nos han transmitido un nombre general de las armas bajo dos formas levemente diferentes: *ishillu* é *ishillos*. Por su aislamiento no atino con su etimología.

«Honda» se dice *ubalarri*, *abal*, *habal*, *habela*, *aballa*. *Abal* se ha de considerar como variante de *ubal* «correa».

El nombre de la «paz» es alienígena: *pake*. Fué tomado á los Latinos antes del siglo séptimo, ó sea, cuando la *c* sonaba fuerte delante de *e* é *i*: *paquem*—*pacem*. Como es imposible que antes de esa época viviesen siempre los Baskos peleando, dicho se está que han olvidado el vocablo euskaro. Acaso echarían mano de algún abstracto de *lagun* «compañero» ó *adiskide* «amigo»: *laguntasun*, *adiskidetan*, etc.

Comunmente á la «guerra» le dicen hoy *gerla*, *gerra*. Hay otro vocablo, sin duda más antiguo, *gudu*, que hoy significa «pelea, disputa». Parece indígena. Las palabras, al igual de las personas, vienen á menos. *Arrikia* «riña á pedradas», *makitakia* «riña á palos», *aginkia* «riña á dentelladas», *adarkia* «riña á cornadas» y otras muchas que cita Astarloa en su *Apología* demuestra que no les había de faltar á los Baskos maneras de nombrar á la guerra y sus incidencias, sin salirse del patrio lenguaje.

El nombre abstracto de la «propiedad» lo ignora el habla común, aunque es fácil formarlo. Larramendi traduce el «dominio» por *jabaria*, *menpea*, *bringia*. Los dos primeros se derivan de *jaube*, *jabe* «dueño, amo» y de *men* «poder, jurisdicción». El tercero es muy curioso, y acaso sea el único de origen popular; á mi juicio está compuesto de *bere-egin-kia*, literalmente, «porción hecha suya», es decir, cosa apropiada.

La existencia de la propiedad la demuestran los nombres de sus enemigos: *ohoin*, *lapur* «ladrón», *lichar*, *lister* «ratero». *Lichar* pudiere estar formado con alguna variante de *elhi*, *ele* «rebaño de cabezas mayores» y *ar* «tomar»; *lapur*, con *el* «alcanzar, coger» y *apur* «poco, miaja»; *lister* se parece mucho á *listor* «avispa; zángano de colmena»; *ohoin* es inexplicable, como lo son *ebalsi* y *ostu* «robar». Entre el irlandés *tall*, *teol* «ladrón» y *tlas*, *tlus*, «ganado, botín», existe cierta semejanza de forma, aunque menos vaga, cual la observa da entre *lapur* y *elhi*, *ele*. El griego *leya* «botín» designa á los re-

baños, en plural *leyai*, sinónimia que también ocurre en el irlandés *tan, tain*, «ganado, botín».

Así como en el sánscrito védico la palabra *gavish*, compuesta de *go* «vaca» é *ish* «desear», aunque literalmente suele tomarse por «el que desea vacas», también posee el sentido, desde los más antiguos textos, de «deseoso, ávido», ¿existirá alguna relación entre el euskaro *leya* «porfia, deseo ardiente» y *elhi ele?*

Los robos de rebaños constituyen una de las proezas más comunes en las sociedades primitivas; el *Mahabhrata* dedica uno de sus cantos á celebrar un *goharana* ó robo de vacas.

La importancia social del rebaño legó á la lengua euskara una palabra cuyo cuño no ha gastado el tiempo, no obstante haber sucedido el estado agrícola y el industrial al pastoril. *Aberats*: he aquí la única palabra con que se sabe decir «rico», de *abere* «ganado» y la abundancial *tsu*. Dicha palabra, á voces, proclama su antigüedad, pero Mr. de Charencey pretende que *aberea* «el rebaño» (*sic*), procede del francés-provenzal *aveir, avoir*.

Si se me preguntase cuál es la unidad social en el pueblo euskaldun, replicaría que la «casa». Ella es la forma material de la familia, y á su conservación y lustre propenden todos los esfuerzos del Basko. El nombre de una casa de abolengo es tan permanente que se transmite á los nuevos habitantes de ella, aunque nada tengan que ver con sus fundadores. Se requieren varias generaciones para que el nombre nuevo suplante al antiguo. El culto á la casa es rasgo profundísimo del carácter basko; territorios de Navarra, donde ya para siempre se eclipsaron la lengua y la mayor parte de las costumbres euskaras, ven perpetuarse aquel culto, como dictado por una voz de la naturaleza. Denota el genio individualista de la raza. Las aglomeraciones urbanas, las ciudades y villas son creaciones artificiales, fundaciones políticas. El basko-castizo, el aldeano, habita su borda ó casería solitaria, y á lo sumo villajes, que se federan cuando ocupan un mismo valle. Fué preciso, que muy duras necesidades violentasen las tendencias innatas, para que el Basko se haya avenido á la convivencia promiscua de las casas de vecindad. Las instituciones nobiliarias de la Edad Media habrán robustecido la importancia de la casa, pero no la crearon, seguramente. Lo que hoy parece absolutamente extraño al pueblo eus-

(1) El espíritu de la raza hablaba por boca de D.^a Guillerma de Atordo, abuela

kaldun, á juzgar por la penuria de reliquias, es la organización tribal. Desde éste punto de vista, el Basko se contrapone al llamado Celta; la casa es la antítesis del *clan*.

El título social por excelencia es el de *echeko-jaun* «señor de casa», elevado y democrático, á la vez, porque ningún padre de familia carece de él. El Consejero de Lancre tachaba de orgullosos á los Baskos: «hasta los más desarrapados se hacen llamar señores de ésta ó la otra casa, que son las que cada uno de ellos posee en su pueblo, aunque sea una pocilga de marranos».

Jaun, *jein* es contracción de *jabe-on* «dueño bueno». De *jaun* procede *jauregi* «palacio», literalmente «sitio de señores». El sentido de «amo» ó «dueño», escuetamente, y aun de persona principal ó caballero, se expresa por *nabusi*, *nagusi*, *nausi*, *ugazaba*, *ubazaba*. A una persona que se halla fuera de su casa nunca se le llamará *echeko-jaun*. Este dictado tiene carácter ceremonioso.

Al *echeko-jaun* corresponde la *echeko-andre* ó «señora de casa».

El «criado» se llama *mutil*, «muchacho», literalmente; *nehabe*, *nichkadi*, *morroin*, *morroi*, *morroe*, *mirabe*. Este último es muy moderno; es palabra híbrida, castellano-baska. En algunos lugares de Bizcaya se dice *ogipeko*, *ogituko*: de *ogi* «pan».

Sehi, *sei* significa «doméstico», de cualquier sexo; ordinariamente, se usa en plural, *seyak*, para designar á los de ambos sexos.

El nombre de la «criada» es un diminutivo y un aumentativo de *neska* «muchacha, chica»: *neskame*, *neskato*. En algunas partes le llaman *soin-moch* «traje (saya) corto».

Buruzagi se emplea hoy con el sentido de «jefe, principal, presidente», etc.; *maizter*, por lo menos en Gipúzkoa, con el de «inquilino, colono, arrendatario» de una finca rústica, pero no faltan ocasiones en que sirva para designar al criado de labranza. Moret, al traducir el pasaje de una escritura del Rey D. Sancho el Sabio, donde figuran ambas palabras, año de la Encarnación 1167, tradujo *buruzagi* por «mayoral de peones», y *maizter* por «mayoral de pastores». Aquí

paterna de San Francisco Jabier, cuando en su testamento (10 de Nov. de 1490) decía; «Otrossy ordeno, quiero é mando quel dicho Pedro de Jassu, mi fijo, en sus dias y los fijos descendientes suyos... *ayan siempre de acatar y goardar la honra á la casa principal...* por tal que todos conformes en deuda y amor *serán más estimados y hourados y las casas duren más ...*» (Publicado por el P. Fita en el *Bol. de la R. A. de la Hist.*, tomo XXIII, año 1893.)

tenemos la significación de que disfrutaban en la parte central de Nabarra, por lo menos, durante el siglo XVII. *Buruzagi* se compone de *buru* «cabeza», *z* sufijo instrumental, y *agin* «mandar»?

El Refranero de Porrallis llama al «siervo» ó «servidor», *jopu*. De *jo* «pegar» y *pu=pe*, «debajo»?

El «marido» ó «esposo» se dice *senar*, *senhar*. Mr. Van Eys afirma que procede del castellano «señor». No lo creo; su etimología vasca es muy clara. De *sein*, *señ* «niño; niño recién nacido» y *ar* «varón» (padre): «padre del niño». La «esposa», *emazte*, *emazteki*. Acaso de *eman* «dar» y *ezti* «miel», por algún rito ó ceremonia que se celebrara al desposarse. El nombre genérico de la mujer es *emakume*: de *eman-kume* «dar cría» (niño). Todas estas palabras pudieran estar emparentadas con *eme* «hembra» y «suave» en algunos dialectos.

Eztai, *eztei* es el nombre de la «boda». Micoleta llama á «las bodas», *eztegoak*. El primer componente trae á la memoria *ezti* «miel», como *emazte*. La terminación es oscura; *ei*, *ai* pudiere ser contracción de *tegi* «lugar, sitio», pero el sentido resultante deja mucho que desear. «Casarse» se dice *ezkundu*; «casamiento», *ezkontza*. Van Eys explica el primer elemento por *es* «ligar». Yo sospecho, no obstante la diferente pronunciación, (las sibilantes permutan entre sí amenu-do), la presencia de *esku* «mano». La «novia» ó «prometida» se dice *andregai*, *andregai*, «apta para ser señora».

El contacto de las manos ha sido en muchas partes símbolo ó rito del matrimonio. El vocablo sánscrito llama al casamiento *karagraha*, *pánigraha*, «la toma de la mano». Los ejemplos de ésta clase son numerosos.

El nombre del esposo, *senhar*, *senar*, y el de la mujer, *emakume*, son puramente naturalistas. Ni el de aquel indica dominio, potestad, ni el de ésta sujeción, al revés de lo que sucede en los idiomas arianos. Tampoco el nombre del matrimonio conserva dejo de venta ó raptó. Dichas palabras denotan que las relaciones sexuales no se fundaban sobre la violencia.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)





CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Si todos los pueblos recorriesen las mismas fases de evolución, sería cosa de suponer que dichos nombres eran, relativamente, modernos. Pero aquí palpamos un instinto étnico. La mujer euskara es la compañera del hombre; al lado del varón labra hoy la tierra; y al lado de él, sin duda, combatió ayer contra los enemigos:

que aunque distintas en el sexo y nombres
en el valor se igualan á los hombres,

como dijo admirablemente Tirso de Molina.

Dentro de esa favorable atmósfera nacieron ó se alimentaron muchas instituciones jurídicas españolas, que no sólo euskaras: el usufructo foral, los gananciales ó conquistas, el derecho á reinar de las hembras, el de deliberar y votar las mujeres en los Concejos, etc. Tendencia indígena que se conservó, como pudo, junto á la opuesta tradición romana, que el pedantismo y la superstición de los juristas protegía.

Los idiomas aryanos designan con el mismo nombre á ciertos ani-

males y á ciertas personas: *matar* (sánscrito), «vaca, madre»; *vaça* (id.) «vaca; amante, docil; mujer, hija»; *junia* (latín), *juvencus*, *juvenca* (id.), «ternero, becerro; muchacho». *Anner* (kymrico) en vez de *ander* «becerra, novilla», corresponde al antiguo irlandés *aínder* «mujer, mujer núbil», hoy *ainnear*. Es curiosa la semejanza de *ander*, *aínder* con el basko *ander*, *andre* «señora».

Por causas de suyo evidentes, han desaparecido la mayor parte de los nombres políticos. La autoridad suprema la ejercería el *jaun*, *yaun*, *jein*. El soberano de Bizkaya llevó ese título. *Jaun* indica dominio, potestad, jurisdicción. Tan cierto es esto, que según el Refranero de Porrallis «Merino» se expresaba por *ibar-jaun* «señor del valle», literalmente. También leo allí que «Alcalde» se dijo *hendore*, palabra inexplicable y aislada hoy. Sólo para recuerdo menciono el basko-francés *auxopheza*, literalmente, «cura de los vecinos»; vocablo moderno, puesto que *aphez* proviene de *abbas*. Acaso los caudillos militares fueron distinguidos con el nombre de *buruzagi*, ú otro análogo. Esa acepción de la palabra *buruzagi* se desprende de la Información recibida acerca de los Infanzones de Obanos el año 1281. (Arch. de Comp., caj. 2, n.º 105)

Pero el nombre de sabor más arcaico y el más sugestivo, es el de la Asamblea ó Junta: *batzarre*, *bilzar*, palabras compuestas de *bat* «uno», *zar* «viejo», *te* (sufijo) «muchos» y *bil* «reunir». Procede, directamente, de la sociedad patriarcal.

Los nombres del «padre» *aita* y de la «madre» *ama*, pertenecen á la categoría de los onomatopéicos.

Los del «abuelo» y la «abuela» son compuestos: *aiton* «padre bueno», *aitanagusi* «padre-amor» (principal), *aitagoia* «padre elevado», *aita-aita* «padre-padre», *aitoa* «padrecito», *aite-obeia* (Micoleta) «el mejor-padre», *aitasaba*, *aitaso*. En *aitasaba* figura *asaba*, cuyo sentido genérico es el de ascendiente; *asaba* se compone de la raíz *as* ó *az*, de donde proceden *asi*, *azi* «semilla; crecer; nutrir, alimentar», y un elemento *aba*, importante, pero misterioso. La terminación final de *aitaso* ¿tendrá algo que ver en la mencionada raíz?

Los nombres de la «abuela» se ajustan al patrón de los del abuelo: *amona*, *amanagusi*, *amasaba*, *amaso*, *amagoya*, *amandre*, *amañi*.

El labortano y el bajo-nabarro al «bisabuelo» le llaman *arbazó*, y en varias localidades de Gipúzkoa *aitasaba*. Otro nombre bajo-nabarro es *burhaso*. Pedro de Urte en sus traducciones de la Biblia da

nombre al «trisabuelo» y «trisabuela»: *aitabrahiraso*, *amabrahiraso*. Su análisis no es llano.

El nombre colectivo del padre y la madre, correspondiente al francés *parents*, es *burasoak*, *burhasoak*, *gurasoak*, donde, por las trazas, figura *buru* «cabeza» ($b=g$). Sirve, así mismo, para expresar la idea de «antepasados, ascendientes, progenitores», los cuales se llaman, además, *asabak*, *antziñakoak* («los de delante»), *lengoak* («los primeros» ó «los de antes»).

El nombre del «hijo» es *seme* en todos los dialectos; el de la «hija» *alaba*, comun, igualmente. Nótese el misterioso *aba*.

El «hermano» se dice *anaya*, *anaye*, *anae*, *anai*, *neba*. La «hermana», con relación á su hermano, recibe el nombre de *arreba* y con relación á su hermana, el de *aixpa*, *ahizpa*, *aizta*. Pero entiéndase bien, que unos y otros son hermanos de doble vínculo, pues los hermanastros y hermanastras poseen nombre *ad-hoc*. El dialecto bizkaino mantiene ésta curiosísima distinción en el nombre del hermano *neba*, que se usa con relación á la hembra.

El P. Fita, si no estoy trascordado, explica *arreba* por *aur-eban* «que tenía niño». Yo admitiría esta ingeniosa explicación si el verbo estuviese en presente, *dun* (que presupone el concepto de habitualidad), ó el segundo componente indicase la aptitud para procrear niños, porque el nombre se referiría entonces á una cualidad permanente. Pero no me avengo á que un hecho, considerado como acaecido ya, disfrute de esa fuerza denominativa en el caso presente; más plausible es que la esperanza de la descendencia crease el nombre de hermana, considerada como la mujer que había de tener hijos.

Notemos que una mujer nunca llama á su hermana *arreba*, sino *aixpa*. ¿Por qué? Porque de *arreba* forma parte la palabra *ar* «macho, varón», y la posición de los componentes denota que *eba*, cualquiera que sea su significado, hoy perdido, se considera bajo una relación de pertenencia al varón. Yo supongo que *eba* significó «mujer, hembra, compañera», etc.; *arreba*, por tanto, equivale á *ar-eba* «mujer del varón».

Esta etimología la confirman los nombres del «suegro» y la «suegra»: *aitagiarraba*, *aitagiarreba*, *aitañarreba*, *aitaginarreba*, *giñarraba*, *giñarreba* (Micoleta); *amagiarraba*, *amagiarreba*, *ama-giñarreba*. Las dos formas conservadas por Silvain Pouvreau, *giñarreba-gizon* y *giñarreba-emazte* nos ponen sobre la pista de la ver-

dadera etimología. *Aita-egiñ-arreba*, «padre hacedor de mujer del varón»; *ama-egiñ-arreba*, «madre hacedora de mujer del varón». Hoy mismo se forman muchos sustantivos con *egiñ* «hacer»: *argiñ* «cantero», *egurgñ* «leñador», etc., etc.

A los nombres de la suegra se ha de añadir *au*, *ea* (Micoleta).

Arreba significa, en mi opinión, «esposa, mujer». Esta palabra, obscurecido ya el sentido primero, ¿se aplicó posteriormente á la hermana, ó por el contrario, denota una constitución especial, pero no insólita, de la familia? La costumbre de casarse con las hermanas fué muy frecuente en la que podemos llamar familia natural; no hablemos de los Griegos y Romanos primitivos; ni aun el pueblo elegido pudo, materialmente, sustraerse á ella durante dos momentos de su historia. Pueblo de civilización tan adelantada como el Egipcio, por ejemplo, retuvo esa costumbre nada menos que entre sus Faraones. Acaso las tribus euskaras practicaban la endogamia, llevándola hasta el último extremo.

Alaba «hija» tal vez debe su actual significado á una extensión de sentido del hipotético y primitivo *ara* «vaca». Recuérdense los hechos análogos reunidos arriba. El final *ba*, que también ostenta *aizpa* es inexplicable, salvo el caso de considerarlo como alteración de *be*, *pe*, «debajo», pero no da sentido con *ara* sino le suponemos significación figurada de «humilde, docil». *Alaba* podría ser simplemente variante de *arreba*, reduciéndose á la significación de «hija» al terminar las uniones incestuosas.

Ni de *aizpa*=*aizta*, ni de *anaya*, *anaye*, etc., y *neba* poseo ni vislumbro etimologías aceptables. Lo mismo digo tocante á *ñuhi*, *ñuin*, *ñui* «yerno» y *errañ*, *erraiñ*, *erreñ* «nuera».

El «nieto» y el «sobrino» comparten uno de sus nombres: *illoba*, *loiba*, *illobe*. *Birloba*, *billoba*, *umexume* se aplican al «nieto». *Billoba*, como era de suponer por su composición con *bi*, sirve también para designar al «biznieto», y supongo que lo propio acontecerá con *birloba*, que parece haber conservado una forma más primitiva de *illoba*; *umexume* es tan claro que no requiere explicación. *Senidume* significa «sobrino»; su sentido etimológico es muy amplio. *Senide* se llama al «pariente», vocablo compuesto, al parecer, con *señ* «niño» y *híde*, *ide*, «semejante, igual», palabra que usada á modo de sufijo, forma nombres que indican comunidad, coparticipación, en sentido propio ó figurado: *oikide* «concubina», de *oi*, *ohe* «cama, lecho». El

segundo componente de *senidume* es *ume* «cria, niño», significando, por tanto, al pie de la letra, «hijo del pariente».

El nombre del «primo» es moderno y románico: *lengusu* «primo carnal», de *len* «primero», y *gusu*, sacado del provenzal *cosin*, en francés *cousin*.

Los del «tío» varían para cada sexo: *osaba*, *oseba*, «tío»; *izeba*, *izoba*, *izaba*, *izeko*, *izeka* «tía». La armonía y correspondencia entre las formas *osaba* é *izeba* es evidente; pero es imposible explicar cómo a la variación formal responde la significativa.

El nombre usual del «cuñado» es *koñata*. Los libros han retenido otros formados con todo rigor, y diferentes según se refieren al marido ó á la mujer: *emaznai*, (*emea-z-anai*), *emaizpa* (*emea-z-aizpa*); *searnai* (*senar-anai*), *searreba* (*senar-arreba*).

El nombre genérico del «pariente», es vario: *askazi*, *ahaide*, *aide*, *ahaiko*, *senide*, *haurhide*, *auride*. Estos dos últimos están compuestos con *haur*, *aur* «niño»; en *askazi* se nota la presencia de *azi*, *hazi* (*kazi*), «semilla, germen». Lo demás es inexplicable, como lo es para mí el nombre colectivo de los afines: *arkalak*. Sin embargo, respecto á *askazi* se vislumbra una etimología: *as*, *asi* «principio» y *kazi*: «semilla del principio», en que el parentesco se refiere á descendencia del fundador del linaje.

Las relaciones familiares establecidas por el segundo matrimonio del padre ó la madre, han producido gran copia de nombres euskaros, sumamente expresivos, siempre que se logra analizar sus componentes: *ugazaita*, *azaita*, *aitorde*, *aitaisun* «padraastro»; *ugaseme*, *semaizun*, *semeizun*, *semeordeko*, «hijastro»; *ugazalaba*, *alabaizun*, *alabaordeko* «hijastra».

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)





CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Ugatz significa «teta; leche materna». Ha formado los nombres de los «hermanos de leche»: *ugatzanai*, *ugatzarreba*, *ugatzaizpa*. Unido al inexplicable *aba*, designa al «dueño ó amo de casa», *ugazaba*, *ugezaba* que usa el dialecto bizkaino, mirando, sin duda, á que procura el sustento de la familia. De los nombres del padrastro y de la madrastra algunos se aplicaron, y aún se aplican, á los padres adoptivos, al nodrizo y la nodriza, ó acaso pasaron de éstos á aquellos; estas ideas son afines. Los nombres de los hijastros se forman con *orde*, como el de los hermanastros; y los de los hijos adoptivos con *ugatz*.

Orde significa «lugar, plaza, substitución, reemplazo»: *aitorde* «el que hace veces de padre».

Van Eys supone que la terminación *izun* es alteración de *izen* «nombre». La hipótesis es probable: *aitaisun* «nombre de padre» (pseudo-padre).

El *az* inicial de ciertos nombres (*azama*, p. ej.), me parece con-

tracción de *ugatz*, aunque no es imposible, ni mucho menos, que sea el radical *az* ó *as*.

Varias veces he mencionado al indescifrable y misterioso *aba*, *eba*, de ciertos nombres familiares. Los que lo ostentan son: *ugazaba*, *alaba*, *osaba*, *izaba*; *arreba*, *oseba*, *izeba*; *neba*; *illoba* (*illobe*, *loibe*), *izoba*: nombres que no concuerdan ni por el parentesco expresado, ni por el sexo de las personas.

Hoy *aba*, *eba*, *iba*, *oba*, *obe*, *be*, son simples terminaciones desprovistas de significado: pero el nombre tan sugestivo de *arreba* indica que no fué siempre así. Me atrevo á proponer una hipótesis bajo toda especie de salvedades: que *aba* y *eba*, palabras antiquísimas, del primitivo depósito de la lengua, significaron respectivamente «varón, hombre», y «mujer, hembra», ó cosa semejante. Los nombres arriba reunidos, bajo su forma hipotéticamente correcta, se distribuirían en los siguientes grupos: *ugazaba*, *osaba*, *illoaba*, *naba*; *arreba*, *alaba*, *izeba*. Cedido posteriormente en la práctica el puesto de *aba*, *eba* á *ar*, *eme*, *gizon*, *emazte*, etc., sumergida, por tanto, la significación aislada de esos vocablos, y obscurecido, del todo, el alcance del fenómeno apofónico que se efectuaba en su sílaba inicial, quedaron relegados á la categoría de elementos puramente formales del lenguaje, á palabras obsoletas ó *vacías*, sobre las cuales operan con libertad las tendencias y leyes fonéticas, rota la traba de la conservación del sentido. Así, por ejemplo, la forma *alaba* se debe á la asimilación, la forma *oseba* á la armonía de vocales, la forma *izaba* á la simetría con *osaba*, etc., etc.

Los nombres euskaros de parentesco que ofrecen alguna analogía de forma con otros arayos, además de los onomatopéicos *aita* (sánscrito *tata*) y *ama* (sánscrito *mâtâ*), son: *arbha*, *arbhaka* (sánscrito) «niño, animal pequeño» con *arreba* «hermana»; *sui* (afghan) «hijo» con *sui* «yerno». No pueden ser menos ni más insignificantes. Pero carezco de los elementos de información necesarios para asegurar que son los únicos.

El nombre de «Dios», común á todos los dialectos, aunque desfigurado por las contracciones amenudo, es *Jaungoiko-a*, (*Jangoiko*, *Jainko*, *Jinko*, etc.), que se descompone, llanamente, en *jaun* «señor», *goiko* «de arriba».

Acerca de éste vocablo escribía mi sabio y querido amigo Miguel de Unamuno: «Debo decir que me extraña mucho que haya llegado

hasta nosotros tan intacto, sin sufrir nada de las alteraciones fónicas, cuando otros vocablos compuestos han llegado desfiguradísimos. La misma denominación de «Señor de lo alto», tiene muy poco ó nada de primitiva y espontánea.... el nombre de Dios en los distintos idiomas donde se ha analizado, es en su origen el nombre de un fenómeno natural ó físico, el cielo, el sol, el aire, etc. El nombre *Jaungoiko* presupone, como anterior á él, su componente *jaun* «señor, amo» y por lo tanto un grado de cultura en que había noción de la propiedad. En una palabra, yo encuentro tal vocablo poco espontáneo. »¹

Estas y análogas razones, acabaron por rendir la resistencia de mi espíritu, y hoy me hallo convencido de que *Jaungoiko-a*, con el sentido de «el Señor de lo alto», que es el que comunmente le atribuyen los escritores baskongados y el que significa hoy, á la fuerza se ha de estimar vocablo, relativamente, moderno. Otra cosa diría si el segundo componente fuese el roncalés *goiko* «luna», descomponiéndose el nombre en *Jaun-goiko-ko-a* «el Señor de la Luna» (Bonaparte), ó en *Jaun-Goiko-a* «el Señor de la Luna» (Vinson), diferencia de monta para determinar la naturaleza de la religión de los antiguos Baskos, espiritualista en el primer caso, sabeista en el segundo, pero diferencia que plantea un problema difícil de resolver.²

La explicación del Príncipe Bonaparte se compadece mejor con el famoso texto de Strabón de que «los Celtiberos y los septentrionales á sus confines» (entre los que incluía, indudablemente, á los Baskones), «celebran en las noches de plenilunio á un Dios innominado, bailando etc.» Este Dios, como se ve, no era la Luna misma, pero bien podían pensar los Baskones que la Luna era su morada y por eso bailar delante de ella.

El pequeño vocabulario del *Codex* Compostelano (siglo XII), no traduce «Dios» por *Jaungoiko*, sino por *urzi-a*, equiparado certeramente al bajo-nabarro *orzi-a*, *ortzi-a*, *osti-a* «trueno», sinónimo de *turmoi*, *trumoi*, *igortzuri*, *ihurtzuri* etc. Claro es que éste nombre era reliquia de antiguas creencias, de las cuales es, asimismo, residuo, á juicio del P. Fita, el nombre labortano del «jueves» *orzegun*, en gipuzkoano y bizkaino *ostegun*: literalmente, «día del trueno».

(1) *El elemento alientgena en el idioma vasco.*

(2) **Bonaparte.** *Observations sur le formulaire du prone.*—Vinson. *Le mot Dieu en basque et les langues dravidiennes.*

La etimología del insigne jesuita es plausible de *suyo*, y podría desde luego, adoptarse, si no existiese una cuestión previa: ¿cuál de las dos formas, *ostegun* ú *orzegun* es la primitiva? En otros términos, la permutación entre ambos sonidos que en baskuenze es normal, ¿se efectúa de la *s* á la *r*, ó de ésta á aquella?

La *r* es sonido que, al parecer, corresponde á un período bastante avanzado de la evolución fónica de las lenguas. Varios pueblos están privados de ella: los Chinos, Hurones, Mejicanos, Othomis, Cafres, etc. La ignoran algunos idiomas polinesios que ordinariamente la substituyen por *l* en las palabras alienígenas. La familia arya conoce el fenómeno del *rotacismo*, ó sea, la substitución de la *r* á otras letras, singularmente á la *s*. Esta última permutación la practican el sánscrito, griego, latín y varios idiomas germánicos.¹ La falta de literatura antigua escrita impide aducir pruebas positivas respecto á que el baskuenze siga el camino de esos idiomas; no obstante, cierta palabra donde se verifica la permutación aludida pudiera indicar que también en euskara la *s* es primitiva y la *r* derivada: la aludida palabra es la salazencia *ilaski*, sinónima del común *illargi* «luna». La forma *aski*, por la presencia de *k* (de la cual es derivación la *g* baskongada), revisite aspecto más arcaico que no *argi* y nos induce á sospechar que también la *s*, por su parte, atestiguará la pronunciación antigua del vocablo. Con esta observación pretendo aplanar una dificultad que sería temerario, acaso, acometer, aplicando al euskara las leyes fonéticas observadas en la familia arya y en otras. La historia cronológica de los sonidos del lenguaje, única que eliminaría éstas y otras incógnitas, está por escribirse todavía.

Orzegun también admite la explicación de que su primer componente sea, en vez de contracción de *ortzi* «trueno», la palabra arcaica *orz* «cielo». En este caso habremos de suponer que hubo una divinidad *orz* identificada con el cielo, como el *Dyáus* ó *Dyáuspitar* y el *Varuna* védicos.

La palabra del antiguo alemán *ostan* «oriente», me brinda con una curiosa aproximación. A ese nombre germánico se ligaba el de una divinidad que se supone fué personificación de la luz natural, llamada por los Anglo-Sajones *Eastre* ó *Eostra*, los cuales celebraban en su honor una fiesta durante el mes de Abril, denominada *Esturmo-*

(2) Bopp. *Grammaire comparée* etc. págs. 64 y 65, tomo I.

nath, correspondiente al antiguo-alemán *Ostarmanoth*, lo cual indica, á juicio de Grimm, la existencia de una diosa llamada *óstara*. La circunstancia de que éste nombre se aplicase después al de la solemnidad de Pascuas, indica que ese culto estuvo sumamente arraigado. Tendrá algo que ver el *ostirala* basko con esa *ostara* germánico?

El nombre del «viernes» comparte con el del «jueves» el elemento *ost*. También posee, como el segundo, formas con *r*: *orzirale*, *orzilare*. El final es oscuro.

Las palabras *axti* «adivino», *iracho*, *irachu* «duende» *mamu* «fantasma; espanta-chicos», pueden guardar relación con antiquísimas creencias de la raza. Acaso los dos últimos son dioses desterrados, semejantes á los que con tanta donosura celebró Heine. *Iracho* es, acaso, una divinidad campestre (nociva ó bienhechora); su nombre, aparentemente, tiene algo que ver con *iratze*, *iratz* «helecho». *Sorgiña* «brujo, a» es palabra directamente sacada del bajo-latín: *xorguina*, *jorguina*. Las supersticiones demoniacas suministran mucho margen de estudio en la Euskal-erria.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)

INTRODUCCIÓN

AL

"NOBILIARIO DE GUIPUZCOA"

ESCRITO POR

DOMINGO DE LIZASO



(CONTINUACIÓN)

Constaba este apreciable manuscrito de dos tomos; y verificó su transcripción desde el libro 2.º del primero de ellos, suprimiendo con acierto el anterior, ó sea el 1.º, porque se reducía á un tratado doctrinal acerca de la Nobleza, en el que es de suponer nada nuevo se añadiría á las teorías á la sazón imperantes, bien conocidas por otros autores y muy particularmente por los curiosos «Discursos de la No-



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

CAPÍTULO V

Sumario.—Nociones preliminares sobre la edad de los metales. Cómo sucedió á la edad de la piedra? Teorías contrapuestas de la conquista arya y del comercio fenicio. La transición gradual é indígena de una á otra edad demostrada por las estaciones españolas.—El período del cobre,—Prioridad del oro sobre todos los metales; difusión de su conocimiento.—El estaño; sus yacimientos.—La importación del bronce á Europa. Teoría de Mr. de Mortillet; origen oriental de la industria del bronce. Rasgos morales y antropológicos de los metalurgistas. Opiniones menos afirmativas de sir John Lubbock. El comercio del estaño. Hipótesis de Mr. Bertrand; los metalurgistas y las corporaciones misteriosas del Asia Menor.—La edad del hierro; origen africano de éste metal, según Mr. de Mortillet; las dos épocas de ésta edad. Conocimiento del plomo y de la plata.—Las vías comerciales.

Los datos de la lingüística —El nombre genérico del metal. Acepciones y parentescos del vocablo sánscrito *ayas*.—El cobre en griego y accadiano: *chalkos* y *urudu*.—Disputado origen de *kassiteros*, estaño. Origen del latino *stannum*.—Nombres cefres del hierro y otros metales. Origen de la palabra

ferrum. Nombres arayos del hierro, derivados de *aiz*, bronce; el nombre eslavo y el lituanés. Los Aryas primitivos no conocieron el hierro.—Los nombres del plomo, posteriores á la dispersión de los Aryas.—Derivaciones del vocablo sabinó *ausum* y del zendó *zaranya*. Los nombres griego y germánico del oro; éste metal carece de nombre arayo ó común.—La raíz sánscrita *arg* y los nombres de la plata. Origen semítico de los nombres correspondientes al tipo lituanés *sidábras*.

Nombres euskaros de los metales; su importancia.—Etimología de *menasta*, metal y mineral.—Carencia de nombre indígena para el bronce.—Etimologías de *urraida*, cobre, y *zirraida*, estaño.—Hipótesis acerca del origen semítico ó latino de *burdin*, *burni*, hierro. Su oriundez euskara. El arte de la herrería entre los Baskos. El nombre del herrero *arotz*, y de la herrería, *ola*. Etimología de *auspo*, *ausko*, fuelle. Las tijeras, *kurrikak* y la frágua, *sutegi*. Origen latino de *ingude*, yunque y *mallo*, martillo. El martinete, *gabi*. El vocablo *berun*, plomo, y el latino *plumbum*, el provenzal *plom*, el ibérico *bari* y el euskaro *béra*.—El nombre del oro; *urre*, y su significación primitiva. Cambios observados en la designación del oro y la plata. Disputada oriundez de *urre*. *Zillar*, plata, vocablo aryo.

A la edad de la piedra sucedió la del metal, tránsito de los tiempos prehistóricos á los históricos.

Tan grande es la importancia de ésta gran revolución industrial que no se puede ponderar bastante.

Cómo se efectuó? paulatina ó rápidamente? Por evolución de las razas neolíticas ó por invasión de otras nuevas? Por influjo del comercio, por el génio imitativo del hombre ó por operación de la conquista? Estas preguntas las absuelven cuatro teorías principales de que se hizo cargo el insigne Lubbock.¹

Dígase lo que se quiera, en alguna región del globo, por lo menos, ascendieron los neolíticos espontáneamente de una á otra edad. Lo interesante sería averiguar si el foco de la nueva civilización fué único ó múltiple dentro de cierto período, más ó menos largo, de tiempo.

Fueren uno ó muchos los focos; no es admisible que el modo de propagación ó difusión haya sido único. Intervendrían las invasiones, la imitación ó educación, el comercio, las guerras.

La teoría más universalmente aprobada antes, sostenía que la edad de los metales la inauguró el bronce en Europa, y que ese metal fué

(1) *L'homme préhistorique*: 52—67.

importado por una raza conquistadora, los imprescindibles Aryas, quienes merced á sus armas de dicho metal, subyugaron y exterminaron á las razas neolíticas, que se suponía eran finesas.

Hoy, muchos, al observar que las habitaciones lacustres de Suiza y del valle de Pó y las construidas por los Umbros, pueblo, al parecer, de idioma aryano, revelan que los utensilios de bronce substituyeron gradualmente á la piedra, y que en ninguna parte se nota franca solución de continuidad entre ambas edades, dándose el caso de que los palafitos suizos é italianos del norte contienen instrumentos de piedra, y los del mediodía de metal: al estudiar, además, los datos comparativos de los idiomas arianos, piensan que los Aryas no fueron los importadores de los metales, que éstos provienen del sur y no del Oriente, y que la difusión lenta del bronce fué debida al comercio, fenicio probablemente. Es decir, que en vez de superposición violenta de razas, hubo transición gradual y pacífica de la piedra al bronce.

Comparando ciertas excavaciones dedujeron algunos que el primer metal introducido en Inglaterra fué el bronce y que lo importó el comercio, siendo allí conocido primeramente el metal. Afirmaciones que otros arqueólogos contradijeron aduciendo hechos que, á su juicio, les autorizaban á sostener que los metales fueron conocidos primeramente en las costas mediterráneas visitadas por las naves fenicias, de donde poco á poco se propagaron hácia el norte de Europa.

En todas éstas opiniones palpita siempre la misma cuestión: si el conocimiento de los metales es indígena ó alienígena, propio ú adquirido.

La transición de una á otra edad, la revelan claramente algunas estaciones de España. Recapitularé algo de lo que he leído del insigne Vilanova.

La colina de la Magdalena, cerca de Linares, es asiento de una estación protohistórica que contenía útiles de piedra tallada, (cuchillos, raspadores, punzones, etc), hachas pulimentadas, mucha cerámica en diferentes grados de labra y perfección y además algunos objetos de cobre puro y escorias del propio metal. Esta circunstancia bien á las claras indica que el tránsito de uno á otro período se efectuó por el metal simple ó nativo, en la *localidad misma*, y que el perfeccionamiento fué indígena y debido á la evolución industrial.

La estación de las Aguzaderas (Sevilla, territorio de Coronil) rindió, asimismo, instrumentos de piedra basta y pulida, cerámica más y

menos perfecta, hachas planas de cobre puro, de formas iguales á las bronceas, hecho que, por repetirse en todas las de tránsito de la piedra al metal, iba dando cuerpo á la existencia de un período intermedio entre el neolítico y el del bronce, caracterizado por el cobre.

Sabido es que el bronce, cuerpo metálico, se produce por la aleación del cobre y el estaño.¹ Por tanto, el empleo separado de éstos dos metales debía haber precedido necesariamente al del bronce. Mas como en Europa no se encontraban instrumentos de estaño, y los de cobre eran escasísimos, aun los arqueólogos que teóricamente admitían el período del cobre, como Sir John Lubbock, sacaban la consecuencia de que el bronce fué importado y no inventado en Europa, sin que les impresionasen las observaciones de Sir W. R. Wilde. Según este sabio, ó el período del cobre había sido brevísimo, ó los objetos de dicho metal habían sido refundidos y convertidos en bronce.²

El presentido período del cobre quedó fuera de discusión, por lo menos en lo que mira á la España del sudeste, gracias á los trabajos de los ingenieros belgas Mrs. Siret, excavadores de muchas tumbas prehistóricas de esa región. Las habitaciones lacustres de Suiza é Italia y los monumentos babilónicos y egipcios indican también que el metal primeramente utilizado, al parecer, fué el cobre. Los yacimientos europeos del cobre nativo se encuentran en Sajonia, Hungría, Suecia, Noruega, España y país de Cornualles (Inglaterra).

Digo que el cobre. Mas entiéndase que me refiero á la fabricación de armas y herramientas, pues si entran en cuenta los objetos de adorno, la prioridad corresponde al oro en algunos países. Uno de los esqueletos de la *Cueva de los Murciélagos* perteneciente á la edad neolítica, ceñía corona de oro puro de veinticuatro quilates y peso de veinticinco adarmes.³ Mr. Lubbock dice: «El oro, probablemente, fué el primer metal que atrajo las miradas del hombre. Lo acarrearán muchos ríos y su brillante color llamó, sin duda, la atención aun de los más groseros salvajes, tan apasionados siempre del adorno».⁴

No obstante, se supone que lo ignoraron los Aryas primitivos, pero no los Iranios y los Indos antes de su separación, ni acaso los Teu-

(1) También se usa el zinc. Esta aleación es mucho más moderna.

(2) *L'homme préhistorique*: 52, 53 y 54.

(3) Véase la interesante monografía «*Antigüedades prehistóricas de Andalucía*», escrita por el esclarecido arqueólogo D. Manuel de Góngora: 29.

(4) *L'homme préhistorique*: 3.

tones y Eslavos. El conocimiento del oro lo recibieron los Griegos de los Fenicios; y los Celtas (impropios), Ilirios y Lituaniezes, de los pueblos de Italia. La difusión ó vulgarización de su empleo es posterior á la separación de los Griegos y Latinos, de los Latinos y Celtas (Kymris) y de los Fineses orientales y occidentales. He aquí algunas fechas probables de su introducción: los Griegos, siglo XIII antes de C; Italia, siglo IX; regiones del Báltico, siglo V; Galia é Iliria durante el siglo IV. En Suiza fué muy posterior al bronce.¹

Los yacimientos del segundo componente del bronce, ó sea, del estaño, son escasos y muy circunscritos. El antiguo continente ofrece estaño al oeste de Europa y al este de Asia. Los europeos son menos importantes que los asiáticos. Por ésto se supone, ordinariamente, que Asia descubrió y utilizó por primera vez dicho metal. Los yacimientos europeos son: el noroeste de la península ibérica (Lusitania y Galicia, según Plinio); el centro de Francia; en Inglaterra, Cornualles y Devon; en el centro de Europa, Sajonia y Bohemia; en Finlandia, las cercanías del lago Ladoga; en Italia, Toscana. Los asiáticos son: varias provincias de la China; el Tonkin, la Birmania, Siam, Tenasserim, la península de Malacca, las islas de la Sonda y Ceylan.²

El empleo del bronce marca una fase tan importante de la evolución humana, que ha merecido dar nombre á una edad entera. Su duración, según el Dr. Evans, comprende ocho ó diez siglos. Pero este cálculo resultaría corto si Mr. Morlot tuviese razón al datar de 1.900 años antes de C. los utensilios del cóno de la Tiniere (lago de Ginebra). Los Griegos lo conocieron antes del siglo XIII.

He dicho que los arqueólogos contemporáneos no aceptan yá la especie de que los metales, y singularmente el bronce, los hubiese traído consigo la raza arya conquistadora. Mas sinó la conquista, la importación sigue siendo defendida por sabios de nota.

Mr. de Mortillet no sólo rechaza para Europa la existencia de una edad «normal del cobre» (en lo que se aventura mucho, expresándose con excesiva generalidad), sino que defiende la importación de la industria del bronce. Oigámosle.

El metal que primeramente utilizó el hombre, porque generosa-

(1) Véase á Taylor, que sigue á Schrader, Keller, Helbig, Duneker, Evans: páginas 133—150.

(2) Gabriel de Mortillet: *Formation de la Nation française*; 253—255.

mente se lo ofrecía la naturaleza y era apropiado para adornos, herramientas y armas, fué el cobre. Pero Europa no sirvió de teatro para el desarrollo de esa edad de cobre. Los primeros objetos de metal con base de cobre que se encuentran en Europa son de bronce, y el bronce es producto humano cuya fabricación requiere el empleo del estaño. Los yacimientos de éste metal que hay en Finlandia, Italia y Francia son pobres. Sajonia y Bohemia poseen el estaño en filones.¹ Pues bien, el empleo primitivo del estaño ha debido provenir del de aluviones, tan abundante en Asia. Los aluviones estañíferos son, así mismo, muy numerosos en Inglaterra, pero ninguna región de Europa exhibe la industria del cobre, predecesora de la del bronce. Lejos de rendir las regiones estañíferas de Europa abundancia de objetos de bronce, precisamente ellas suministran menos, y hasta parece, cual sucede en Inglaterra, que en ellas se procuraba economizar dicho metal. Italia, la península ibérica, Inglaterra, Francia y aun Bohemia y Sajonia ostentan antiguos trabajos de explotación, mas por ningún signo cabe referirlos á la edad de la piedra, al revés de lo que denotan las primeras explotaciones del cobre de España y Austria. Ni siquiera se logra comprobar la edad del bronce. Es, por tanto, necesario ir á buscar la invención y el origen de éste metal á los inmensos depósitos extranjeros del Oriente.²

Mr. de Mortillet admite, como vemos, una edad del cobre precursora de la del bronce, pero fuera de Europa. Y así mismo admite la remota antigüedad de la fabricación del cobre en España y Austria.³ Afirma que la introducción del bronce la llevaron á cabo sus inventores, los cuales traían los objetos completamente fabricados. Así se explica que las piezas pertenecientes á la aurora de la aludida edad, estén admirablemente fundidas y sea excelente su metal. Los inventores, al recorrer su ruta, tropezaban con minas de cobre y las explotaban, comenzando por utilizar el cobre nativo y reduciendo, posteriormente, el mineral. El cobre nativo, aunque diseminado por todas partes, no

(1) Nada dice Mr. de Mortillet del estaño en España, cuyas provincias de Salamanca, Zamora, Pontevedra y Oviedo poseen minas.

(2) «Formation de la Nation française»: 253-255.

(3) Conocida es la abundancia de la producción del cobre en las provincias de Huelva y Sevilla. La explotación de cobre y mata cobriza el año 1887, único dato oficial de que dispongo en el momento de escribir esta nota, ascendió á 777.639.007 toneladas, cuyo valor en pesetas fué de 31.322.318.

es, extremadamente abundante. Ocupa, de ordinario, la cumbre de los filones y se encuentra con facilidad: pero se agota pronto. Estas explotaciones al paso, evitaban á los metalurgistas el transporte del cobre, que ha de mezclar nueve partes suyas con una de estaño, para producir bronce selecto.

Interrumpióse, por causas desconocidas, la importación del estaño en el oeste de Europa; agotáronse las provisiones y hubo de utilizarse el cobre localmente explotado. Mas para adornarle en la fusión de fluidez y dureza mayores, mezclaron al cobre local los residuos de los objetos bronceos anteriormente importados. Las escasas partes de estaño que aparecen en los cobres de regiones absolutamente desprovistas de dicho mineral, demuestran, precisamente, que no hubo edad normal del cobre, precursora del bronce, y que la industria del cobre fué fortuita, hija de una perturbación comercial. Este hecho demuestra, además, que el estaño empleado no procedía de los yacimientos del oeste de Europa, sino de más lejos.

Los metalurgistas no eran invasores prevalidos de la fuerza. Procuraban asentar su imperio sobre la religiosidad. Aportaban un rito nuevo, la cremación. Eran comerciantes y misioneros. Este doble carácter, realmente típico, denota que procedían de Oriente.

Acerca de los rasgos antropológicos de ellos, poco puede decirse, por efecto de la incineración que practicaban. Sus manos eran estrechas y los huesos del ante-brazo, delgados. Los puños de las armas y los brazaletes nos lo dicen. Únicamente ciertas gentes asiáticas, vecinas de la India, podrían hoy utilizar cómodamente los puñales y espadas. En los lagos de Suiza y Francia se hallaron, entre los objetos de bronce, puños de bastón, á manera de los *tintinábulo*s que usan los sacerdotes budhistas. La influencia industrial y religiosa de los metalurgistas, fué grande; la antropológica, muy escasa. Estuvieron en minoría; sin duda por ésta causa preferían habitar los palafitos á la tierra firme. Hasta aquí Mr. de Mortillet.¹

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



(1) *Formation de la Nation Française*: 256-- 259.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

También Mr. Lubbock, como lo indiqué anteriormente, opina que el bronce fué importado, y no inventado en Europa. A ésta consecuencia le llevaban, principalmente, los dos hechos siguientes: la carencia de instrumentos de estaño y cobre en Europa, y la similitud, ó mejor dicho, identidad de las armas y adornos,—con su ornamentación, simbólica á juicio del profesor Nilson,—hasto el punto de parecer labradas por el mismo obrero. Téngase en cuenta, respecto á lo dicho sobre la industria del cobre, que Mr. Lubbock escribía antes de los hallazgos de Mrs. Siret.

Lubbock rechaza el dictamen de Mr. Wibel (*Die kultur der Bronzezeit Nord-und-Mittel Europas*) que localizaba el primer empleo del bronce en el sud de Inglaterra, de donde habría irradiado á las demás partes de Europa, así como la hipótesis de otros arqueólogos, propaladores del origen romano de las armas de bronce. Examina con nimia diligencia la sabia teoría del profesor Nilsson (*Skandinaviska*

Nordens Urinvanare) y propone las siguientes conclusiones: «A mi juicio todo lo que imparcialmente se deduce de los hechos reunidos (por el Dr. Nilsson), aun reconociéndoles toda la significación que él les atribuye, es que los Fenicios dejaron señales de su estancia en Noruega. Son indispensables otras pruebas antes de atribuirles la introducción del bronce en dicho país. En cuanto á la pequeñez de las manos, acordémonos de que los Indos comparten éste rasgo con los Egipcios. Por lo mismo, tanto cabe atribuir la civilización de la edad del bronce á los Indo-Europeos como á los Fenicios.»

En resumen Lubbock no formó opinión acerca de quiénes fuesen los importadores del bronce. Su verdadera conclusión es: «nos falta mucho que aprender tocante á esa fase notable del desarrollo de la civilización europea y de la raza que introdujo el metal en nuestro continente».¹

Los Fenicios eran activos comerciantes de metales, especialmente de estaño. Tanto sir Cornewal Lewis como sir John Lubbock opinan que la mayor parte de dicho metal procedía del condado de Cornualles; según aquel autor, era transportado por tierra, á través de la Gália, hasta Massilia, y los barcos fenicios desde las bocas del Ródano lo porteaban á Italia y Grecia. Lubbock opina que ésta era la nueva ruta, pero que en tiempos anteriores los comerciantes iban directamente á la Gran Bretaña pasando por Cádiz.

Mr. Bertrand, partidario, no sólo del origen oriental del bronce, como la mayoría de los arqueólogos, sino de toda la metalurgia, sostiene que este arte comenzó por estar ligado en el Asia Menor á la existencia de ciertas tribus ó asociaciones semi-religiosas, semi-guerreras. El asiento principal de las primitivas corporaciones pasó de la alta Caldea á las montañas de Frigia. El arte metalúrgico era arte secreto. Los metalurgistas gozaban fama de encantadores y magos. Habitaban las sierras cerca de las minas, en parajes retirados. De vez en cuando bajaban á las llanuras para expender su misteriosa mercancía. El escoliasta de Apolonio de Rodas dice que los Frigios, «hombres montañeses» (según los denominó la *Phoronida*, poema antiquísimo) eran Dactylos, cuyo origen supuso escítico San Clemente de Alejandría. A éstas tribus refiere Mr. Bertrand los mitológicos Cabiros, Telquinos, Curetas y Coribantes.² Sobre esto habría mucho que hablar. En la Bi-

(1) *L'homme préhistorique*: 66—67.

(2) *La Gaule avant les Gaulois*: 226-227.

blia los metalurgistas pertenecen á la raza maldita de Qain: estas artes del hierro y del bronce no obtienen nota favorable.

La edad del hierro es posterior á la del bronce en Europa; en Oriente casi parecen contemporáneas. Recorrida toda la extensión de esa edad, nos saca de los tiempos protohistóricos á los históricos. Dicho metal era todavía desconocido, según se cree, en Argos, Mesia y el norte de Italia, durante los siglos duodécimo y undécimo antes de C. La época de Hômeros vió el principio del hierro en Grecia. Egipto lo conoció desde la XII.^a dinastía, pero le precedió, asimismo, el conocimiento del cobre, porque el signo de éste se emplea como determinativo ó distintivo de la palabra *men* «hierro». En tiempo de Herodoto los Escitas no poseían el bronce; los Massagetas conocían el oro y el cobre, pero no el hierro ni la plata. Los Galos que invadieron á Italia en el siglo V iban armados de espadas de hierro.¹

Mr. de Mortillet, contradictor del origen oriental del hierro, sostiene que es de origen africano, haciendo subir su conocimiento en Egipto á 7.000 años, sin interposición de edad del bronce, contra el común sentir. Los Africanos, desde la edad de la piedra subieron de un tirón á la del hierro. Puestos en contacto los Etruscos, Sardos y Corsos, que estaban aliados á los Libyos, con los Egipcios en tiempo de Thotmés III (año 1625) y Ramsés II (siglo XIV), adquirieron el conocimiento del hierro, el cual trasmontó los Alpes unos catorce siglos antes de nuestra era y penetró en Francia.

La edad del hierro se divide en dos épocas: la hallstadiana, que debe su nombre á las minas de sal de Hallstadt (Salzburgo, Austria) donde se encontró un rico cementerio y la marniana ó márnica. Las sepulturas de la primera están revestidas de túmulos. A la segunda pertenecen los cementerios llamados galos. La *fibula* ó broche caracteriza, hasta cierto punto, la industria de ésta época. El hierro se difundió por medio del comercio, el cual en Alemania, Suiza y Francia tenía por objeto el ámbar del mar Báltico y del Norte.²

La arqueología es impotente, hoy por hoy, para resolver rotundamente el punto litigioso del origen del hierro. Los datos hasta el día reunidos, mejor denotan desarrollo paralelo de la industria de ese metal en Oriente y África, que no localización unilateral de ella. Sin embargo, la hipótesis oriental pierde terreno.

(1) Taylor: *L'origine des Aryens*: 133-150.

(2) *Formation de la Nation française*: 260-273.

Los datos arqueológicos tiran á demostrar que el plomo fué conocido antes del hierro.

La plata rara vez aparece en estado nativo. Las dificultades para reducir ese metal son serias. Las dos fuentes primitivas del metal blanco fueron, al parecer, Armenia y España. Aquí se han encontrado ornamentos de plata en las primeras tumbas de la edad del bronce. En tiempo de Herodoto los Aryas nómadas que recorrían el norte de Ponto-Euxino ignoraban la plata. Este metal no sale en las tumbas fenicias de Grecia más antiguas (siglo XII antes de C?), ni en las habitaciones lacustres italianas de la edad del bronce; pero sí en las tumbas de Mycenes registradas por el Dr. Schliemann, y en las más modernas habitaciones lacustres suizas de la edad del hierro y últimas de la del bronce (siglo III ó IV antes de C?). Supónese que los Griegos conocieron la plata antes del siglo X y los Celtas (kymris) en el V, ó después.

El conocimiento de los metales depende íntimamente de la existencia de las vías comerciales, caminos de la civilización. He aquí el trazado que á grandes rasgos algunos autores dibujan: de Fenicia á Grecia, de Grecia á Italia, de Italia á los Celtas (kymris) y de estos á los Germanos. A mí se me figura que también ha de tomarse en cuenta la fuerza de irradiación del foco egipcio por el África septentrional y su propagación consiguiente á España. La riqueza minera de ésta región era famosa en la antigüedad: *metallis plumbi, ferri, aeris, argenti, auri tota ferme Hispania scatet* (Plinio, *Hist. Nat.* III, 4). De Tartessio se sacaba riquísima y abundante plata.

Las conclusiones que acabo de exponer las sugiere por punto general la arqueología; pero también influyeron sobre ellas los datos de la lingüística. Hora es de atender particularmente á lo que ésta ciencia dice.

El nombre genérico del «metal», carece de etimología arya. *Metallon* (griego) según Oppert y Renan, es palabra semítica tomada á los Fenicios.

El nombre sánscrito de carácter más genérico es *ayas* con el cual llegó á designarse en el idioma clásico tanto al bronce como al cobre y al hierro. A esa forma se refieren, además del cendo *ayanh*, el latín *aes*, el gótico *aiz* ó *ais* «bronce», el alemán *erz* «bronce, mineral». Algunos suponen que la forma aryánica común fué *ayos* con el significado general de metal. Pero ya sabemos que los nombres genéricos

suelen comenzar por específicos, extendiéndose su significado. Robustece la opinión de que el primer significado de *ayas* fué «cobre» y no «bronce», el hecho de faltar en los idiomas aryanos un término común que designe al estaño, sustancia constitutiva del bronce.

La acepción de *ayas* («cobre» primeramente, después «metal» y por último «hierro»), resulta muy amplia ó vaga en la práctica. Pero es la única que cabe aducir para demostrar que los Aryas conocieron algún metal (el bronce, ó mejor, el cobre), antes de su dispersión. Si *ayas* es palabra primitiva, no deja de ser extraño que no se encuentre ningún linaje de metal en las moradas aryas de esa época. Acaso designó al principio nó el metal después de fundido, sino el mineral, los residuos de piritas, las cuales frecuentemente se encuentran en las tumbas neolíticas, con señales de haber sido utilizadas para encender fuego por frotación contra el pedernal.

Los griegos, al parecer, ignoraron el cobre hasta su contacto con los marinos fenicios. El nombre *chalkos* está aislado en los idiomas aryanos. Algunos explican su procedencia por medio del hebreo *chalak* «liso». Otros atribuyen su paternidad á la ciudad eubea de Chalcis. Uno de los nombres latinos del cobre era: *es Cyprium* (Plinio).

El nombre del bronce, reputado por más antiguo de todos, es el accadiano *urud*, *urudu*. Se señalan ciertas afinidades muy curiosas, que acaso no sean fortuitas todas: *vaula* (finés) «hierro», *ruda* (antiguo eslavo) «metal»; *rod* (beluchi) «bronce»; *eru* (semítico de Babilonia) «cobre». También mencionan al basko *urraida*. Pero á este interesante vocablo le corresponde muy distinta etimología, según veremos.

El primitivo nombre del «estaño» no aparece por ninguna parte. Así lo confiesa el mismo Pictet que propende á aumentar el acervo común de los Aryas. La nomenclatura de éste metal es muy copiosa y da lugar á notables coincidencias que se extienden, á veces, por los tres continentes del antiguo mundo.¹

Al nombre griego *kassiteros*, usado ya en las rapsodias de la *Iliada*, se le ha atribuido origen bretón ó céltico. La palabra sánscrita *kastira* ha sido causa de que muchos varíen de opinión. Los lingüistas, no obstante, disputan acerca de la oriundez de dichas palabras, votando unos á favor de Grecia y otros de la India. Los partidarios

(1) *Les Origines*, etc., tomo I, pág. 209.

del origen céltico suponen que *kassiteros* proviene del nombre de las islas Británicas, *Cassiteridas*, como el del cobre de Chipre y el del bronce de Brundisium.¹ Pero éste razonamiento es muy flaco. Antes se ha de demostrar que el metal recibió el nombre de las islas y no éstas de aquel, y que los Kymris llamaban estaño con palabra de donde se deriven la forma griega y la sánscrita. Es decir, que de la dificultad hacen supuesto.

El latino *stannum*, matriz de muchos vocablos europeos, se supone de origen céltico: *ystaen* (kymrico), *st'van* (córnico), *stean*, *sten*, *stin* (armoricano), *stan*, *stain* (irlandés), *stuoin* (erse). Pictet supone que *ystaen* proviene de *ystafen*, y *stean* de *st'van*, así como *stannum* de *stavenum*: éstas formas hipotéticas explicarían la reduplicación de la *n*.²

La importancia del hierro en ciertas regiones de África la revelan los nombres de los metales. *Tsipi* llaman los Cafres al «hierro» y al «metal»; *tsipi ecubitu* «hierro rojo» al «cobre»; *tsipi etseku* «hierro amarillo» al «oro»; *tsipi echu* «hierro blanco» á la «plata».³

A la palabra latina *ferrum*, cuya forma arcaica es *fersum*, le faltan analogías aryanas. Procede, al parecer, del semítico *bar-(e)rum*. Si esto es exacto, denotará que el hierro fué llevado á Italia por los comerciantes fenicios, los cuales, si hemos de dar crédito á Duncker, arribaron á Sicilia hácia el siglo XII. El nombre griego *siderios* está, asimismo, aislado.

La palabra gótica *aiz* «bronce», produjo, por derivación, el nombre del hierro, *eisarn*. El sufijo *arn* se reputa por manifiestamente céltico. Es probable que los Teutones sean deudores de dicho metal á sus vecinos los llamados Celtas. La *s* intervocálica, según ley eufónica de los idiomas célticos, cae. De *aisarn* procede el antiguo irlandés *iarn*, el antiguo galés *haiarn* «hierro». Antes de perder la sibilante la palabra céltica pasó á los idiomas teutónicos: *eisarn* (gótico), *isern* (anglo-sajón), *isarn* (antiguo norso); *eisern* (alemán), *iron* (inglés).⁴

El nombre eslavo y lituanés del hierro procede del que lleva el cobre: *gelexis*, cuya raíz probable es el griego *chalkos*.

(1) S. Reinach, *L'Anthropologie*, 1892: Bertrand, *La Gaule avant les Gaulois*, pág. 301.

(2) *Les Origines etc.*, tomo I, pag. 214.

(3) *Formation de la nation française*, pág. 261.

(4) Taylor: *L'origine des Aryens*: 147.

Pictet, después de enumerar las correspondencias del sánscrito *ayas*, y aunque recalando su significado de «hierro», no puede por menos de declarar que como dicho nombre en sánscrito, zendo y persa se aplica también al bronce, acepción única que retienen el latín y el germánico, no prueba todavía que los Aryas primitivos hubiesen conocido el hierro. Antes bien, cabe suponer que adquirió el último significado con posterioridad á la bifurcación de las dos ramas orientales.¹ Explica el latín *ferrum*, echando mano á un hipotético *fedrum*, que asimila al sánscrito *bhadram*, nombre del hierro y del acero, con el sentido propio de excelente (metal). Sabido es que Pictet peca de exagerado aryanismo.

Las palabras griegas que designan el aparato del herrero (yunque, fuelle, tenazas, hornillo), difieren de las latinas;² *chalkeys* «herrero» y *chalkeon* «fragua, herrería», se derivan del cobre y no del hierro. La propia divergencia se observa entre los Indos y los Iranios, cuya separación lingüística fué muy posterior á la de las restantes tribus aryanas, exceptuando el nombre del hornillo, que acaso se aplicó á cualquiera otra clase de hornos. El herrero representa gran papel en las leyendas aryanas, pero sus nombres no están emparentados: *faber* (latín), *goba* (céltico), *smid* (germánico), *vutri* (eslavo). Suelen coincidir las designaciones dentro de las variedades del mismo idioma. Con ellos se formaron pronto nombres personales: *Fabricius*, *Gobannitio*.

Se supone que los pueblos úralo-altaicos no habían salido de la edad de la piedra, cuando se avistaron con los Aryas. El nombre del herrero lo tomaron los Fineses á los Lituaneses, los Lapones á los Escandinavos y los Magyares á los Eslavos.

Los nombres del «plomo» son posteriores á la dispersión. El griego *molibos* se explica por *molyno* «manchar, ensuciar». El latino *plumbum* por la raíz *plu*, *plav*, *plab* «superfluere, natare», aludiendo, sin duda, á su fusibilidad. Pasó á las lenguas célticas; *plwn* (kymrico), *plobm* (cornuallés), *ploum* (armoricano). Grimm refirió el antiguo alemán *pli*, *plio*, escandinavo *bly*, alemán *bley*, al antiguo alemán *plao*, anglo-sajón *blað*, escandinavo *blâr*, alemán *blau* «azul, lívido». El anglo-sajón é inglés *lead* se atribuye al irlandés *luaidh* «plomo», reputado, generalmente, por de origen céltico. Los nombres sánscritos

(1) *L'origine etc.*, tomo I, pág. 191.

(2) Helbig: *Die Italiker in der Poebene*: 115.

tos son muy numerosos. Es digno de mención *kuvanga*, literalmente «mal estaño», simétrico á uno de los nombres del «estaño» *kurupya*, que significa «mala plata». Denota la escasa estimación de éstos metales entre los Indos.¹

Chrysos, nombre griego del «oro» se reputa de origen semítico por su semejanza con el hebreo *charutz*. La palabra *aurum*, en sabino *ausum*, es de origen itálico, y designa al metal brillante, derivándose, al parecer, de *uso*, sánscrito *ush*, predecesor de *uro* «quemar»: la llama y el combustible encendido brillan. Pasó á los idiomas célticos, á la sazón que la *s* intervocálica primitiva se había transformado en *r*, hecho fonético que no pudo suceder dentro del lenguaje céltico; el rotacismo latino pertenece á época cercana de la toma de Roma por los Galos (año 390). El viejo irlandés dijo *or*, el kymrico *awr*. En prusiano se dice *ausis*, en lituanés *auksas*, en albanés *ari*. El vocablo sánscrito es *hiranya*, el zendo *zara* (*zaranya* «dorado», simétrico al *hyranya*. De los Iranios se trasmitió la palabra á los Fineses orientales (Mordwinos, Wogulos, Wotiacos, Zyrianianos, Magyares), revistiendo diferentes formas, según la índole de los idiomas: *sarni*, *sorni*, *sirna*. El gótico *gulth*, antiguo alemán *kolt*, significa el metal amarillo ó reluciente, y figura en el vocabulario de los Fineses orientales: *kuld* (estoniano), *golle* (lapón). La forma del vetusto vocablo *zlato* demuestra que los Eslavos se lo tomaron á los Iranios en época muy remota.² Asimismo el prusiano *ausis* y el lituanés *auksas* son parientes del sabino *ausum* y le acreditan fecha muy remota á esta palabra.

Los idiomas aryanos carecen de forma común para nombrar al oro, no obstante los grandes esfuerzos de Pictet por probar lo contrario, y las semejanzas que se observan de grupo á grupo, son debidas á préstamos. Lo dicho revela que los Aryas primitivos no conocían aquel metal; que los Indos lo conocían ántes de su separación de los Iranios y antes, acaso, que de éste grupo se desprendieran los Éslavos y Teutones.

(1) *Les Origines* etc., tomo I: 214-218.

(2) El zendo reemplazó la *h* sánscrita por *z*, y el eslavo la *r* por *l*, añadiendo el sufijo *to*: *hiranya*, *hirana*=*zlato*. En el vocablo germánico persisten la permutación de las líquidas, y el sufijo *t*, pero reaparece la gutural primitiva representada por *g* ó *k*: *hiranya*=*gulth*. (Véase Pictet, tomo I, pág. 180).

La raíz sánskrita *arg*, *rág*, *rég* significa «brillar». Es germen de varios nombres de la «plata»: *ragata*, *arguma* (sánskrito), *erezata* (zendo), *argyros* (griego), *aragetud* (osco), *argentum* (latín), *argat* (antiguo irlandés), *argans* (antiguo cornuallés), *ariant* (kymrico) etc., etc.

Los Lituanienses, Eslavos y Teutones poseen, en común, el nombre de la plata: *sidäbras* (lituanicés), *sirabras* (antiguo prusiano), *sudrabs* (léttico), *srebro* (antiguo eslavo), *silubr* (gótico), *silapar* (antiguo alemán), *seolfor* (anglo-sajón), *silfr* (escandinavo), etc., etc. Se disputa mucho acerca de la antigüedad respectiva de la forma lituaniense y de las formas germánicas y eslavas con *sil* ó *ser*. Fick dudó que el vocablo fuese de origen aryano. Hoy suponen algunos que la paternidad ha de atribuirse á los idiomas semíticos: *sarpu* (asirio).

El estudio de los nombres euskaros de los metales reviste excepcional importancia. Figurémonos que todos ellos estuviesen compuestos con raíces alienígenas, ó fuesen nombres alienígenas más ó menos euskarizados, como piensa Mr. de Charencey: se habría de admitir entonces que los Baskos representan á una tribu neolítica, cuya civilización permaneció estacionaria hasta que se puso en contacto con la de otra raza concedora de los metales.

El nombre genérico del «metal» y el del «mineral» es *menasta*, vocablo híbrido, y probablemente moderno, cuyo final *asta* parece ser variante de *aitz*, *ach* «piedra», usada en nombres toponímicos. Digo que probablemente es moderno el vocablo, porque lo supongo compuesto de el castellano «mena», procedente del céltico *men* «piedra», y no directamente combinado con éste. Es curioso que hayan venido á unirse dos palabras de significación idéntica: *menasta* equivale, etimológicamente, á «piedra de piedra».

El «bronce» se dice como en castellano, *bronze-a*. Ninguno de los dialectos posee otro más castizo; por lo menos, yo no he logrado descubrirlo, á pesar de mi empeño.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)





CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

El «cobre» se dice *urraida*, palabra compuesta de *urre* «oro» y *aide* «pariente». Mr. de Charencey traduce dicho vocablo por *auri cognatus*,¹ pero yo entiendo que en este caso la significación de *aide* es metafórica y equivale á «parecido, semejante». No cabe, por tanto, referir el nombre euskaro de ese metal al accadiano *urudu*, *urud*. El «estaño», además del vulgarísimo *estañu*, *iztañu*, *istainu* retiene el nombre más clásico de *zirraida* que *aide* y *zillar* «plata» explican plausiblemente.

Buridin, *burni* «hierro». De las dos, la primera es la forma más primitiva. Mr. de Charencey, sin afirmarlo rotundamente, se inclina á referir *buridin* al *barz*, *barzel*, *farzel* del arameo y del cananeo, con *in* eufónica, ó sea al elemento semítico que figura en el latino

(1) *Recherches*, etc., pág. 28.

ferrum = *fersum*. Mas en ningún caso, y menos, si se quiere, en el presente, es *in* sílaba eufónica.

Mr. Van Eys á esta hipótesis opone otra: que *burdin* proviene del latino *ferrum*, mediante la ordinaria permutación de *f* en *b* y de *m* final, intolerable para el baskuenze en *n*, ó sea, pasando por una voz intermedia hipotética *berrun*, que se transparenta en la palabra *burrunzale* = *burdinzalhi* «cuchara de hierro». Pero Van Eys declara ignorar la procedencia de la *d*, y esta sola letra es bastante para invalidar su etimología.

Mientras no se aleguen mejores pruebas rechazaré la oriundez semítico-latina de *burdin* y lo reputaré por vocablo indígena, tanto más cuanto que *burdin* puede referirse verosímilmente á *urdin* «azul; gris». Sabido es que el color del hierro nativo es gris azulado. Ignoro lo que significa la *b* prefijada. Ciertas voces del baskuenze que coinciden por su forma, excepto en su elemento inicial (p. ej. *elur* y *lur* «tierra»), suelen diferir mucho entre sí por su significado.

Algunos nombres del arte del herrero denotan su antigüedad entre los Baskos y su desarrollo indígena, por más que con el transcurso del tiempo se le hayan pegado á su vocabulario técnico muchos nombres forasteros.

El más importante de todos los castizos es el del herrero mismo, que se dice *arotz*, *harots*, *harrautz*. Me parece que es palabra derivada de *arri* «piedra». Como la de casi todo vocablo antiguo, su etimología es obscurísima. *Harrautz* parece compuesto con *autsi* «romper, desgarrar». De todas suertes, la probable presencia de *arri* abona la antigüedad de la palabra. El dialecto gipuzkoano se vale de *arotz* para dar nombre no sólo al herrero, sino también al «carpintero». Hoy el herrero que trabaja en pequeño, dentro de su casa, se llama *errementari*, de *erremienta* «herramienta» y el verbal *ari* «ocuparse en; trabajar». El nombre de *arotz* corresponde al oficial principal de las fundiciones.

La «ferrería» se dice *olha*, *ola*. La importancia de las herrerías fué tan grande en el país baskongado, que con su nombre se han formado los de otros talleres y oficinas: *arriola* «cantería», *loyola* «alfarería». También suele llamarse *burniola*, *burdinola* á la ferrería, pero ésta palabra se ha formado á imitación de las demás citadas. La palabra *olha*, *ola* designa, sin más, á la ferrería.

(1) *Dictionnaire* etc : 74, 75.

El «fuelle» es *auspo*, *ausko*; de *ats* «aliento, respiración, soplo» y *po*, modificación de la onomatopeya *pu*, *bu* «soplar, expeler»; *ko* es el sufijo derivativo, una de cuyas funciones es indicar el objeto de la acción: *ausko*, «lo que sirve para soplar».

A las tijeras del herrero las designa la palabra *kurrikak*. Su formación recuerda á la de las tijeras ordinarias, *guraizeak*. También se llaman *orriki*.

La «fragua», fogón ú horno de los herreros, se llama *sutegi* «sitio del fuego». El «yunque» lleva actualmente nombre latino: *ingude*, *inguda*, *ingura*, *yungura*, *ingutsa*, de «incudem (incus, udis)». Y también el «martillo», *mallu*, *malluki*. El «martinete» de la ferrería se llama *gabi*, (ó mejor dicho *gabil*, á juzgar por el apellido *Gabilondo*). Uno de los diálogos más interesantes del *Peru Abarka* es el cuarto, donde se narra la visita á la ferrería. En él hallará el lector curioso varios nombres puramente euskaros, pertenecientes á la industria ferrona.

Unamuno califica de algo forzada la etimología que el P. Fita propone para *berun* «plomo», aduciendo el sánscrito *madhu* «dulce, pasitoso».¹ Soy de la misma opinión. Tampoco me convence la atrevida afirmación de Mr. de Charencey que *berun* es el latino *plumbum* alemán *blei*, de un radical aryo que significa «brillar».² Mr. Van Eys, más plausiblemente, señala el provenzal *plom*.³ La transformación fonética presupuesta es completamente regular: *p=b*; *l=r*; *o=u*; *m=n*, con intercalación de *e* para dilatar el grupo *br*, poco grato al bascuense, aunque no absolutamente desconocido. Me parecen muchos fenómenos fonéticos juntos. Sin rechazar de plano esta etimología, creo que se le puede oponer con mayor probabilidad el vocablo *bera* «blando» que conviene al plomo, por más que hoy sea obscura la derivación ó composición de *berun*: (*bera dun* «que tiene blandura?») Mas en materia de etimologías euskaras amenudo nos hemos de aquietar con aproximaciones y referencias de voces. El Sr. Costa supone que el nombre ibérico del plomo fué *bari* y lo supone así por la ciudad de *Baria*, junto al río Almanzora, que Edrisi denominó «río de Vera», á la cual reduce la Molybdana de Hecateo, de *molybdos* (grie-

(1) *El elemento alienígena en el idioma vasco*.

(2) *Recherches etc.*: pág. 28.

(3) *Dictionnaire etc.*: pág. 64.

go) «plomo», nombre que, sin duda, tomó de la sierra Almagrera, cuyos plomos argentíferos se explotan desde la más remota antigüedad.

El nombre del «oro» es *urte*, *urhe* en la mayoría de los dialectos, aunque algunas variedades lo denominan *urregorri*, de *urte* y *gorri* «rojo, encarnado», (*gorri*, forma primitiva de *ori* «amarillo»?) revelando, al parecer, que *urte* significó primitivamente «plata», y que ésta, á menos de haberse perdido un nombre anterior, fué conocida por los Baskos antes que el oro. Micoleta llama á la plata *urresuri* (*urrezuri*), compuesto de *urte* y *zuri* «blanco». Si este nombre no hubiese sido formado por imitación, habríamos de suponer que *urte* significó «metal» á secas. Yo, sin embargo, opino que *urte* se aplicó á la plata; que el oro fué denominado *urregorri*; que la plata adquirió un segundo nombre alienígena, el cual suplantó al primitivo, pasando *urregorri* á designar el oro, aunque pronto quedó contraído en *urte* por el principio del menor esfuerzo y porque ya no era preciso marcar la diferencia de significado con el adjetivo *gorri*. Pero como algunas variedades retuvieron el *urregorri*, calcaron sobre éste el *urrezuri*.

Todos esos cambios son perfectamente lógicos, y cualquiera lengua nos presenta otros que no lo son tanto. Certificalos el análisis de los vocablos y el nombre usual de la plata, que es alienígena, como veremos luego. El mismo Micoleta traduce «platero» por *urragiñ*, donde reaparece la primitiva acepción de *urte*. Con arreglo á la posterior, *urragiña* significa, literalmente, el «hacedor (artífice) del oro».

Es *urte*, *urhe* palabra arya? Para Mr. de Charencey la cosa no ofrece duda. El señor Costa entiende que el nombre del río andaluz «Guadiaro presupone un tema ibérico *uro*, del cual dimanarían el euskaro *urte*, *ure* y el berberisco *urar*, *uragh*, *aurar*, *ura* que significan «oro» y cuya procedencia ibero-libya garantizan, de una parte, el adjetivo basko *ori*, *zori*, *zorhi*, y de otra, el kábyla *aurar*, *douragh* «amarillo», siendo, así mismo, afines, el sustantivo berberisco *urar* «oro» y «amarillo» y el verbo *err* «quemar», idéntico al bascuense *erre*.¹ Sea cualquiera el valor absoluto de éstas sugestivas aproximaciones (las cuales, por otra parte, tampoco son una excepción

(1) *Estudios ibéricos*: 3.—*Zori*, *zorhi* se dice, propiamente, del color amarillo, que adquieren ciertas frutas cuando maduran y las hojas en la otoñada.

perentoria contra el origen aryo), yo estimo que *ur-re* es palabra euskara, derivada de *ur* «agua», ora porque se aplicase, de primera intención, al oro que los ríos acarrearán, ora porque el color, en ocasiones brillante, de ese elemento, sirviese para dar nombre al metal. Lo que sí me parece probable es que *ur-re* es palabra muy contraída; de aquí la imposibilidad, dada su forma actual, de aislar más que uno de sus componentes.

La «plata» comunmente lleva el nombre de *zillar*, *zilhar*, *zidar*, *zivar*, cuyo radical concuerda con el del lituanés *sidábras*, del antiguo prusiano *sirabras*, del antiguo alemán *silapar*, etc., etc. Dicha palabra, á todas luces, es aryana, y nos induciría á suponer que los Baskos conocieron el metal blanco en época, relativamente, moderna. Mas ya vimos arriba que hubo de existir otro nombre.

La conclusión que el estudio de la nomenclatura metalúrgica euskara autoriza á formular, es: que los Baskos conocieron, por lo menos, cuatro metales; la plata *ur-re*, el oro *urregorri*, el hierro *burdin* y el plomo *berun*; que conocieron el oro y la plata antes que el cobre y el estaño, y que fueron ajenos á la civilización del bronce, hasta su contacto con los pueblos que la poseían ó habían adquirido.

ARTURO CAMPIÓN.

(*Se continuará*)





CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO VI

SUMARIO: Conocimientos de los Baskos no comprendidos dentro de los que se refirieron al período neolítico.—*Mamíferos*. El gato; su aparición en Europa y sus nombres; dudas acerca de la oriunde de éstos. Etimología de *katu* según Moguel; origen africano del nombre y del animal El gato en el *Fuero de Navarra*. El asno; sus nombres europeos, derivados del euskaro *asto*, *arsto*; éste es independiente de las formas semíticas. El mulo; si la voz *mando* es de origen latino El coejo; su nombre bizkaino *kui* y la oriunde española de *cuniculus*. El raposo; sus dos nombres euskaros. Etimología de *azeri*, según Moguel.—*Aves*. Nombres genéricos del ave y del pájaro. Etimología de *hegastin*, *egasti* El pato y el ánade; probabilísima oriunde arya de sus nombres. La gallina. Inadmisble etimología de *ollo*, propuesta por Mr. de Charencey. Semejanzas aryas de *kukurusta*, cresta. La paloma. Etimologías que no convienen á *uso*, *ürzo* y etimología probable. Absurda etimología que á *eper*, perdiz, aplica Mr. de Charencey. Los nombres de la codorniz. El ruiseñor. La golondrina y el murciélago. El gorrión El cuervo, la corneja y el gra-

jo. Los dos grupos de nombres euskaros de la grulla. Origen posible del sonido *U* en la forma castellana El buho y la lecl. uza; etimología de *mazolito* y origen del castellano *mochuelo*. El nombre euskaro del águila y los germánicos. Origen aryo de *miru*, milano. Explicación de *abendu* por Astarlea. Etimología céltica de *ulhain*. El halcón y el gavilán El luitie; la raíz euskara *sak*.—*Reptiles*. Semejanzas aryas y origen euskaro de *narrasti*, reptil. La culebra. Etimología de Moguel, sacada de su frialdad. La serpiente. El lagarto y la lagartija. El sapo. Etimología de sus nombres euskaro y castellano. La rana. Cuestiones etimológicas planteadas por sus nombres.—*Icces*. El nombre de la trucha y el del anzuelo. El salmón, la merluza y el mere. Nombres latinos de otros pescados.—*Articulados*. El cangrejo. Exámen etimológico de *changurru*. Afinidades aryas de *karamarre*; el radical euskaro *kar*. El camarón. El insecto, el gusano y la lombriz. La etimología de *chichari*, *ceden*, etc. y el radical *zi*. La araña; sus nombres euskaro y aryo. La abeja. Etimología euskara y arya de su nombre. Exámen etimológico de los nombres de la avispa. La miel y la cera: *argizagi*, cera y luna. La colmena. Etimologías euskara y arya de sus nombres. El panal. Verdadera etimología de *abaraska*. Semejanzas euskaro-berberiscas. La apicultura entre los Iberos. La mosca; referencias célticas. El mosquito. El piojo. Etimología de *arkakusu*, pulga, según Moguel. Nombre totalmente euskaro de dicho insecto. La chinche. Cuestiones acerca del origen de su nombre. El grillo.—*Moluscos*. El nombre genérico de la concha. El caracol. Tentativa de una etimología euskara de sus nombres más comunes.

He procurado reproducir escrupulosamente con elementos léxicos del baskuenze el cuadro de la civilización aryana primitiva que los lingüistas modernos más insignes nos trazan. Comparando los datos de ellos y los míos podremos averiguar si, efectivamente, el pueblo euskaldun fué pueblo estacionario, horda infeliz de salvajes groserísimos, incapaz de elevarse por propio esfuerzo hasta la civilización agrícola siquiera, mientras los famosos Aryas, dechado de todas las perfecciones imaginables, no le hicieron el favor insigne de franquearle el tesoro de sus progresos continuos y espontáneos. «¿De dónde proceden esos hombres (los Baskos)—pregunta Mr. Vinson siempre propenso a denigrarlos,—que han experimentado la poco frecuente malaventura ó la cruel necesidad de *tomarles prestado todo*, excepto la lengua, á pueblos más jóvenes que ellos, ó llegados más tarde á la región que ellos habitan?»¹

Yo estimo, con fundamento racional, que la comparación de los

(1) *Les Basques et le pays basque*: 80

idiomas aryanos, no nos suministra todos los elementos de la civilización primitiva de los Aryas, porque muchísimos vocablos de cosas entonces poseidas y conocidas, se perdieron, ora absolutamente, ora en alguna de las ramas de la supuesta raza aryaná. Tal sucede, por ejemplo, con el nombre del «padre» entre los Eslavos, el del «hijo» entre los Latinos, el de la «hermana» entre los Griegos, diferentes todos ellos de los nombres retenidos por los idiomas hermanos. Si dichos nombres no figuraron en el vocabulario primitivo, cuáles figurarán?

La deficiencia de la información lingüística, evidente respecto á los Aryas, lo es infinitamente más respecto á los Baskos. Por eso no me cansaré de protestar contra las deducciones atropelladas que quieran sacarse del exámen de una lengua solitaria y sin literatura antigua, de una lengua que sólo hemos llegado á estudiar en el período de la más completa decadencia, en el período de su agonía lamentable, después que los idiomas extraños la desfiguraron y envilecieron con sus continuas infiltraciones. ¡Milagro grande que, aun así y todo, haya burlado al tiempo!

Inútil es encarecer la conveniencia de ampliar el caudal de las noticias apuntadas, aportando otras que se refieran á la naturaleza que rodeaba á los Baskos en las comarcas donde los hallamos establecidos y á la domesticación de animales, cultivo de plantas, instrumentos y labores agrícolas, medición del tiempo y otros conocimientos que no rebasan las mugas de la llamada civilización patriarcal, propios de una sociedad sedentaria que vive de los productos de la ganadería y de la agricultura, á la sombra de instituciones familiares civiles y políticas, más ó menos desarrolladas.

Comenzaré por los nombres de animales.

Mamíferos.—El «gato» que es el «más sagrado de los muchos animales venerados por los Egipcios» y cuya muerte ó robo, según una ley galesa de Howel Dha (siglo X), se indemnizaba con una oveja ó cordero, ó con un montón de trigo que cubriese el cadáver del gato, suspendido por la cola, de suerte que el hocico tocase el suelo, lleva en los idiomas europeos nombres emparentados con el latino *catus*, *cattus*, idéntico, salva la desinencia gramatical, al euskaro *katu*.

No fué, sin embargo, animal doméstico ni de los Romanos ni de los Griegos. Se atribuye su domesticación á los Egipcios, y algunos piensan que su importación á Europa no tuvo efecto hasta la Edad

Media. Pictet contrapone á ésta opinión el hecho de haberse hallado osamentas de gato en Moosedorf, estación de la época de la piedra; afirmación que no concuerda con los datos de Lubbock, el cual resueltamente niega su presencia en las habitaciones lacustres de Suiza y los kjokkenmødings daneses, sosteniendo, por el contrario, que su introducción en Europa data del siglo IX de nuestra era.¹

La significación primitiva de *catus* fué, indudablemente, la de «perro». Busca su etimología Pictet por medio del árabe *kitt*, plural *kittat*, el siriako *kató*, *kaitótó*, nombre que late en el affadek *gada*, el nuba *kadiska* y el bábrabras *kaddiska*, deduciendo de todo ello que la primera raíz puede ser africana.

La palabra *catus* se reputa del latín vulgar y sólo aparece en autores relativamente modernos: Palladius y San Isidoro. Los buenos autores, (Ciceron, Plinio) decían *filès ó fælès*, *filis ó falis*. La tardía aparición de aquel vocablo le sugiere á Littré la idea de que su origen es céltico-germánico. Si realmente el gato doméstico fué traído en el siglo IX ó después, es todavía más extraño que se sacase su nombre del latín, donde su presencia es un enigma.

También llama la atención que entre todas las formas que algunos suponen derivadas del latín, como son el castellano *gato*, el catalán *gat*, el kymrico *kath*, el antiguo eskandinavo *kötttr*, el alemán *katze*, el walón *chet*, el francés *chat*, etc., etc., la que más se acerca á la latina es el vocablo euskaro *katu*; que sólo experimentó la caída de la *s* del nominativo.

Lo dicho significa que el origen del nombre del gato es desconocido, ó por lo menos sumamente problemático. Moguel traduce *katu-a* por «el ligador»; es el animal que sabe trabar con la garra.² Pero aunque fuese exacta la etimología, aún resultaría alienígena el vocablo, puesto que *katigatu* es variante de *katibatu* «cautivar» y próximo pariente de *kateatu* «encadenar», voces cuya prosapia latina nadie puede poner en duda.

(1) Pictet: *Les Origines*, etc., 473-475. Lubbock: *L'homme préhistorique*: 183, 214. Cierta es que mi edición de Lubbock es del año 1876 y la de Pictet del año 1878, pero los datos de ésta se remontan al año 1857 y no han sido confirmados posteriormente. El gato conocido en la edad prehistórica es el salvaje ó montés.

(2) «*Katigatuten da'iyana bere atzaparra'taz*»: *Pera Abarca*, diálogo sexto, 175.

Lo que parece más probable de todo es que el animal y su nombre han pasado de África á Europa por España. No es imposible que la forma euskara *katu* haya servido de tipo á la vulgar latina *catu-s* y al castellano *gat-o*.

La propiedad del gato estaba garantida por el *Fuero General* de Navarra. Probado el hurto, el dueño del gato le ataba al cuello una cuerda de un palmo y la otra punta á una estaca clavada en lugar llano. Desde la estaca hasta el pescuezo del animal había de medirse un palmo de cuerda y nueve á todas partes en ancho. El ladrón tomaba *mijo* é iba echándolo con el puño sobre el gato, poco á poco, hasta cubrirlo; y la cantidad resultant era la «calonia» ó multa.¹

El nombre del «asno» es *asto*, actualmente; Oihenart escribió *arsto*. Si esta forma es correcta, se ha de rechazar el origen latino de la palabra que corresponde á los nombres céltico, teutón y eslavo del animal. Vimos en el cap. II de ésta 3.^a parte que los lingüistas no saben explicar satisfactoriamente la presencia de la *s* en los nombres europeos. Dicha letra es desconocida en las formas semíticas, que se supone son las originales. Acaso el asno, oriundo del Asia y del África llegó á Europa, no por el Este, como dicen muchos, sino por el Sur, ó sea por España. Es decir, que los nombres con *s* pueden provenir del euskara, ó de los idiomas ibéricos ó libyicos. La caída de la *r* se habría producido temprano en la mayor parte de los dialectos.

Creo firmemente que *asto* nada tiene que ver con el semítico *átón*, *átaná*, etc. La misma dificultad surge para explicar la *s* de los idiomas aryanos, que la del baskuence. La *t* intervocálica pudo, muy bien, mojarse, ó sea, pasar de dental á dental-palatal (*ato*=*atyo*), pero no exigir la eufonización con *s*. La sílaba final de *as-to* es el sufijo diminutivo *to*. El paralelismo con el latino *as-ellus* es completo.

«Mulo» se dice *mando*. El dialecto bajo-nabarro otorga, además, á esta palabra otro significado; el de «estéril». De este hecho toma pié el distinguido lingüista Mr. Luchaire para proponer la comparación de aquel vocablo con el osalés *mane* «oveja que aun no ha parido» y con el armañaqués *mane* «mujer, hembra, estéril», suponiendo que provienen del latino *mannus*.² Prescindiendo de que *mannus* significa «caballo de poca alzada»,—pues de semejantes cambios de sentido

(1) Lib. V, tit. VII, cap. XX — «Qué enmienda deve fazer qui furta gato».

(2) *Les origines linguistiques de l'Aquitaine*, 46.

se registran ejemplos, aunque siempre los provoca alguna razón que aquí no descubrimos, como existiría, por ejemplo, para trasladar ese nombre al asno,—prescindiendo de ésto, digo, está por justificar la presencia de la *d*. Dado el fonetismo basko, lo natural es que *man-nus* produjese *manu*, *mainu*, *mañu*, *mano*, *maino*, *maño*, pero no *mando*. No veo, tampoco, razón que nos induzca á atribuir la paternidad del vocablo al latino *mando*, *onis* «glotón», pues la glotonería no caracteriza particularmente al mulo, y en todo caso ese apelativo hubieron de imponerlo primeramente los que hablaban el latín como lengua propia y de ellos pasar á los Baskos. Ni aun Mr. de Charencey ha logrado descubrir palabra alienígena que se parezca á *mando*. Dice que el vocablo es ibérico y por él explica el nombre del famoso *Man-donio*, el compañero de armas de Indibil.

El «conejo», además de los ridículos neologismos *konejua*, *Ulapin* («lapin»), posee un nombre que me parece indígena, y es *unchi*, cuyo radical figura en *uncharta* «hurón». El final de éste vocablo, *arta*, es derivación ó alteración de *artu* «tomar; (agarrar)». Otro nombre del hurón es *udo*, el cual, por la traza, es adaptación euskara del castellano hurón. Araquistain, en su suplemento al Larramendi, inserta *enche*, variante dialectal de *unchi*.

Moguel llama al conejo *kuiya* y afirma que «se llama *kuiya* porque anda *cui*, *cui*, saliendo aquí, entrando allá, ahora asomando la cabeza y luego ocultándola».¹

El nombre latino *cuniculus*, que pasó al griego *koniklos* y produjo el armoricano *konikl*, el alemán *küniglein*, etc., y el castellano «conejo», lo explica Benfey por el sánscrito *khan* «fodere» (resuelto el sonido *kh* en *k*), raíz que palpita en otros nombres de animales excavadores. Plinio afirma que el vocablo latino es palabra oriunda de España, y lo refiere á *cuniculus* «mina; galería subterránea». Pictet admite que la raíz era celtibera y el sufijo latino; hecho que se repite en los nombres célticos del conejo, cuyo sufijo es diferente.² A mí me ocurre que la llamada raíz celtibera puede ser el propio nombre bizcaino *kui*, ú otra forma muy próxima, y en este caso hay grandes

(1) *Esaten yako kuiya, kui kuika, edo kukuiska legez dabiltzalako, emen urten, an sartu, burubak orain agertu ta gero ezkutean*.—*Peru Abarka*, dial. sexto; 91.

(2) *Les Origines* etc., tomo I, pag. 653.

probabilidades de que el origen aryo de la palabra sólo se funde en una homofonía fortuita.

La «zorra» posee dos nombres baskongados: *luki* y *azari*, *azeri*, *aiseri*, *acheri*. El primero de ellos se parece notablemente al hindostánico *lutki*, de igual significado. Moguel pretende que *luki* significa el «enterrado», ó «encavernado», pero excusa la prueba etimológica. *Lu* pudiera ser residuo de *lur* «tierra». *Ki* desempeña hoy: a) funciones adverbiales, *gaizki* «malamente», de *gaitz* «mal»; b) funciones de sufijo derivativo que indica fragmento ó porción, *idiki* «tajada de buey». c) En algunas variedades retiene su primitiva acepción de sufijo sociativo ó unitivo, generalmente encomendada al sufijo compuesto *kin*. En toponimia, ésta acepción unitiva resulta de localidad, sin duda por analogía: *Oloki* «sitio de gallinas», *Zirauki* «sitio de víboras», *Lúkin* «sitio de zorras», etc. Ninguna de estas acepciones conviene á la etimología de Moguel. El nombre indostánico pasó al griego, al germánico y al eslavo, pero sin retener siempre su significado primitivo.

Más feliz estuvo Moguel en su etimología de *azeri*, nombre francamente euskaro, matriz del castellano «zorra», según la Academia. Lo atribuye á las ventosidades que el animal expele.¹ No es el único animal carnicero que á ésta circunstancia debe su nombre en otros idiomas. La forma más primitiva de las conocidas es *azari*; de *ats* «soplo» y *ari* «estar haciendo ó trabajando algo»: verbal que forma sustantivos.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)

(1) «*Atseriya* da atsaren gacha, ta aseriya alan dabee etc.»—*Peru Abarka*, dial. sexto, 173. Moguel añade que las ventosidades las lanza el raposo para despistar á los perros. Los libros de Historia Natural que yo manejo nada dicen de esto.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Aves. —El nombre genérico del «ave» es *hegatzin*, *egazti*. *Hegats*, *egats* significa «pluma», y *hegatzin*, *egazti* equivale á *hegatskin*, *egatskin* «con pluma». Al del pájaro *chori*, no le descubro etimología, fuera de su primer elemento *ch*, que indica pequeñez.

El «pato» y el «ánade» llevan el mismo nombre: *ate*, *ataa*, *ahate*. Charencey lo explica por el latino *anas*, con permutación de *n* en *h* (*liho* en vez de *lino*, por ejemplo). La etimología es plausible, mediando siempre la suposición de que la *h=g=k*, no sea primitiva. Es notable que los Vedas designasen á cierta ave acuática (?) con el nombre de *āti*. La raíz *at*, *ad* significa movimiento. En Irún al «pato» le llaman *piro*. La familia arya posee un grupo de nombres que comienzan con *p*, de la raíz *plu* «natare». El lituanés *pyle* es el que más se acerca á *piro*. Paréceme demasiada coincidencia que los dos nombres euskaros del pato puedan referirse con tan grave probabilidad á voca-

blos arios. Y como á su tiempo supusimos fundadamente que otra ave del orden de las palmípedas y de la familia de las lamelirostras, ó sea el ganso, lo conocieron los Baskos gracias á los Romanos, se robustece la sospecha de que del conocimiento del pato sean igualmente deudores á gentes que hablaban idioma ariano. Pictet admite la posibilidad de que *ate-a* sea celtibero: pero ¿qué idioma hablaban los celtiberos? Por el mero hecho de ser pueblo mestizo, ¿no había de estar saturado su idioma de vocablos alienígenas?

La «gallina» se llama *ollo*, *oillo*, *oilo*; el gallo *ollar*, *ollo+ar* «gallina+macho», el «pollo» *ollasko*, la «polla» *ollanda*. Charencey, sin pararse en barras, de buenas á primeras, afirma que *ollo* es el castellano *pollo*, con pérdida de la labial.¹ Verdad es que la *p* inicial cae á veces, pero de que un hecho acontezca no se deduce que siempre. Más casos hay de lo contrario. Tampoco pretenderá hacernos creer Mr. de Charencey que los Baskos, á pesar de haber vivido en contacto inmediato con los Romanos, los Godos, los Francos y los Árabes, no conocieron la gallina hasta la época, relativamente reciente, de la formación del castellano. Puesto á buscar etimologías latinas, bien podía haber subido al punto de arranque, al bajo-latino *pulla*, derivado de *pullus*. Si Mr. de Charencey acertase con su etimología de sonsonete, habríamos de suponer que el nombre euskaro, ó por lo menos, otro nombre más antiguo de la gallina, se perdió, porque es irracional atribuir á los Castellanos la tardía importación de esa ave de corral.

Moguel declara la etimología de *ollo*, del siguiente modo:² «el que acostumbra dormir *en alto*; y las gallinas suelen subirse para dormir, cuando pueden, á encima de la leña...»

Aquí se presenta una curiosa correspondencia, fortuita, probablemente, entre el nombre euskaro de la «cresta» *kukurusta*, *kukurasta*, *kukur*, y un grupo de nombres arios del gallo y la gallina, puramente onomatopéicos: *kukkuta* (sánscrito), *kokotu* (antiguo eslavo), etc., etc. El lituanés *kukuttis*, pariente de los aludidos, significa, al igual del basko *kukusta*, «cresta».

Mr. de Charencey, consecuente con su sistema, insinuó que *uso*

(1) *Recherches* etc.: pág. 19.

(2) «*oi edo goyan lo egin oi dubena; ta oiloak igon darue lotara al dabengan egur gain edo otaan*». *Peru Abarka*, dial. sexto, 175

«paloma», pudiera ser ¿quién lo diría? el castellano *pichón*, convenientemente manipulado. Pero retrocediendo ante tamaño absurdo, añadió: «Sin embargo, esa aproximación es todavía (?) problemática y podríamos, acaso, atribuir á *usoa* etimología indígena». ¹ Esta etimología la suministra, á su juicio, la raíz *eusi*, *ausi*, *usi* «hacer ruido, resonar». *Usoa* equivale al pájaro que hace ruido, que arrulla. *Ausi* en el baskuenze que yo conozco significa «ladrar», y lo mismo *eusi*, según Larramendi; *usi* significa «selva, bosque».

Uso es contracción de la forma bajo-nabarra y suletina *ürzo*, la cual me impide referirla á *usi*. La paloma es ave que busca la proximidad del agua para su vivienda. ¿Tendrá algo que ver su nombre con el de dicho elemento *ur*? ¿O más especialmente con *urdiñ* «azul», por alusión al gris azulado de las torcaces? La permutación *d=z* es normal. La terminación *o* resulta obscura en cualquier caso.

Con idéntico desenfado que redujo *ollo* á «pollo» y *uso* á «pichón», reduce Mr. de Charencey *eper*, *epher* á «perdiz». La manipulación es sumarisima; *e* es letra prostética y *diz* se elimina. ² Ni más ni menos. Como el origen del latino *perdix* es desconocido, un Charencey euskarófilo disfrutará de absoluta libertad para afirmar que *perdix* es *eper* sin *e* prostética y con *dix* añadido.

La etimología de Moguel peca, á mi juicio, de libre. «*Eperra* significa zarpa-hermosa; y así tiene éste ave sus dos zarpas». ³

La significación etimológica de *galeper* «codorniz», es sumamente clara: *gari-eper* «perdiz del trigo, pèrdiz triguera». Es notabilísimo el parecido, por la forma externa y por el significado con el irlandés *garteun* «pájaro del trigo» (*gart-eun*). Larramendi, además, cita el nombre de *pospolina*. Otros nombres suyos son *kalla*, del francés *caille* y *parpara*, de origen imitativo; la forma primitiva sin duda fué *kár-ka-rá*.

Los nombres usuales del «ruiseñor», *errechinoleta*, *rusiñola*, *erruiseñora* proceden del latino *lusciniola*, *lusciniolus* (*luscinia*), por mediación de los idiomas románicos. Micoleta cita un nombre actualmente desusado y que pudiera ser indígena: *epéch*. Ignoro su etimología.

(1) *Recherches*, etc., pág. 20.

(2) Id., id., id.

(3) «*Eperra da erpe-ederra; alan ditu egazti onek bere erpe biyak*».—*Peru Abarka*, dial. sexto, 179.

La «golondrina» posee varios nombres; mejor dicho, uno sólo, diversificado por los dialectos: *ainhara*, *inhara*, *iñara*, *añhera*, *enhara*, *enada*, *enere*, *claya*, *clac*. El radical, al parecer, es *ainh*, cuyo sentido me es imposible precisar. La terminación *ara* forma parte del nombre del murciélago: *saguzara*, *sagusyarra*, á no ser que, combinando ambas, supongamos que la verdadera es *saguzarra*, de *sagu* «ratón» y el sufijo aumentativo *tzar*, ó el adjetivo *zar* «viejo» (*char* «malo»), por su sentido peorativo y despreciativo; en composición *zar* suele adquirir, á veces, el sentido de grande. Según Pouvreau, el nombre labortano del murciélago es *gau-enhara* «golondrina de la noche». La forma moderna correspondiente es *gayanher*.

Los numerosos nombres del «gorrión» han sido formados, casi todos, con el genérico *chori* y varios de ellos son modernos: *choarre* «pájaro pardo», *echachori* «pájaro de la casa», *ormachori* «pájaro de la pared», *elizachori* «pájaro de la iglesia», etc. *kurroce* proviene, sin duda, del castellano «gorrión» y éste del latino *garricns*.

Todos los dialectos del baskuenze conocen el vocablo *bele* «cuervo», cuya relación con *beltz* «negro» es evidente, así como la de *beltzur*, *belach* «corneja», *belachi* «grajo». El nombre del alto-nabarro septentrional es *otsoarrai* y su contraído *erroi*, el cual, si en alto-nabarro meridional y en antiguo bizkaino (Porrals) significa «cuervo», en labortano significa «corneja» y en bizkaino moderno «grajo».

Una especie de corneja en sánscrito se llama *bala*.

Los nombres baskos de la «grulla» constituyen dos grupos. Del primero forman parte los vocablos de origen aryo: *kurrullo*, *gurlo* que provienen del latino *grus*, griego *geranos*, y del segundo los que se pueden reputar de origen euskaro: *lersun*, *lerson*.

El final de *kurrullo* y *gurlo* á mi entender es *ollo*, no con la significación de gallina, sino con otro más genérico de ave. Es formación que se observa en otros nombres.

El dialecto pamplonés la denominaba *chugarima*.

El latino *grus* lo derivan algunos del sánscrito *gur* «comer», y otros del radical sánscrito *gar* «gritar», *gir* «voz».

Sólo en el nombre castellano aparece el sonido *ll*; los demás derivados de *grus* que yo conozco, carecen de él. Sospecho que «grulla» no pasó directamente del latín al castellano, sino mediante el basco *kurrullo*.

Muchos nombres aryo del «buhu» y la «lechuzas» son onomato-

péicos. Ni éstos, ni los compuestos de raíces especiales que me son conocidos, presentan relación ni semejanza de ningún género con los baskongados.

Mozollo «buhu». Compuesto de *ollo*. *Motz* significa «rapado, mondo, lirondo, pelón, mondado». Larramendi, á quien sigue Moguel,¹ dice que *mzollo* equivale á *motz-ollo* «gallina mocha, por su cabeza redonda y mocha». Esta composición es opuesta á las reglas sintáxicas, que son muy rigurosas; el adjetivo sigue al sustantivo. *Mozollo*, en la hipótesis, realmente significa «gallina del (ó de lo) rapado». Lo que sí me parece fuera de duda es, como opina Larramendi, que el castellano *mochuelo* proviene de *mzollo*.

Otro nombre del buho es *hüntz* (en el dialecto suletino), denominación que los demás dialectos aplican á la «lechuzca»: *ontz*, *hontz*, *huntz*. Es idéntico al nombre de la «hiedra» *untz*, *huntz*, *hontz*.

Micoleta al buho le llama *gauontz*; actualmente equivale á «lechuzca de la noche». ¿Poseyó *ontz*, acaso, significación más genérica?

El «águila» se llama *arrano*. Parece como que forma parte del vocablo el sustantivo *ar* «varón, macho», con el sentido, sin duda, de vigor, fuerza, valentía, etc. Si esto fuese exacto, la oriundez euskara quedaba demostrada. Pero el nombre, bajo su forma actual, es inexplicable.

Las lenguas germánicas ofrecen algunas notables semejanzas: *ara*, *aran* (gótico), *aro*, *arn* (antiguo alemán), *ari*, *arin* (escandinavo), etc. De la raíz sánskrita de movimiento *r*, *ar*.

El nombre usual del «milano» *miru*, es aryo. Milano procede del latino *miluus*, *milvus*, *milvius*; la forma de transición *milvanus*, se ha perdido. Cabe, así mismo, acudir á los idiomas célticos: *mill* (gaélico) «destruir», *cun*, *ian* (gaélico) «pájaro», *ein* (armoricano), *hen* (inglés) «gallina»: milano=destructor de pájaros, de gallinas.²

Moguel estima que *miru* es palabra euskara; «se le llama *miruba* porque suele *hilar delgado*; y se dice que hila delgado porque es muy astuto y de grandes artes para cazar los pájaros y los polluelos».³ Esto

(1) «*Mozolua* edo *motz-ollua* da *ollo-motza*, ta agertuten dau bere *motztasuna* arpegiyan». *Peru Abarka*, dial. sexto, 177.

(2) Ch. Toubin: *Dictionnaire etymologique*, 494, 495.

(3) *Miruba* esaten yako *me iruten* dabelako; ta esaten da *me iruten dabela*, chito ziuorra ta arte andiyetakua dalako, chori ta chitachubak atrapetakoa». *Peru Abarka*, dial. sexto, 180.

es hilar aun más sutilmente que el milano. ¡Como que la etimología es suministrada por el sentido que las palabras euskaras adquieren dentro de una frase familiar... castellana!

Astarloa afirma que los Baskongados llaman al milano *abenduba*. No citan este nombre ni Larramendi, ni Aizkibel, ni Van Eys, ni ninguno de los lexicógrafos que yo conozco. Tampoco lo he oído yo pronunciar. Esto no obsta á que el hecho afirmado por Astarloa sea cierto. En cambio, la etimología que acerca de dicho vocablo propone, relacionándola con la del nombre de «Diciembre», *Abendu*, á cuya evidente derivación de «Adviento» se opone, es inadmisibile. He aquí cómo descompone el vocablo; *abe* «bosque, monte» y *endu* «estar inmovil». De donde *Abenduba* designa: a) al mes en que los bosques y montes están detenidos sin adelantar ni atrasar cosa alguna; b) al ave de rapiña que se cierne inmovil y en equilibrio sobre su presa.¹ Astarloa aún hila más delgado que el milano y Moguel.

El nombre *ulhain* me parece tomado directamente á los idiomas célticos: *mill*(=*mull*=*ul*); *ein*(=*hain*). También cabe que sea derivación del castellano «milano». La propia etimología que á *ulhain* habrá de adjudicársele á la forma suletina *ilhaints*, no obstante la asibilación final.

Miru forma parte del nombre del «halcón» y del «gavilán», *mirrotza*. La terminación es obscura. Acaso es la misma palabra *motz* que vimos en *mozollo*.

Los dos nombres euskaros del «buitre» poseen cierto sabor céltico. *Buzoka* recuerda al kymrico *bod*, *boda* y al irlandés *badhb*, de la raíz sánscrita *badh* «herir». *Saierre*, *sai*, *sahi* al irlandés *segh*, *seigh* «halcón», derivado, probablemente, de la raíz sánscrita *sah* «poder, forzar, soportar», de donde provienen *saha* «potente», *sahas* «fuerza», *sahuri* «fuerte, victorioso», *sahari* «toro».²

La forma bajo-nabarra *sahi*, nos encamina á un primitivo *saki*, cuya raíz *sak* es, sin duda, euskara, á juzgar por su abundante prole. Las lenguas toman prestados vocablos formados, no raíces, cuyo sentido es impenetrable para los que ignoran el habla que las posee. Con efecto tenemos *sakail* «matanza, mortandad; llaga», *sakaildu* «llagar», *sakaillatu* «hacer la matanza», *sakho*, *sakhi* «herida grave»,

(1) *Apología de la lengua bascongada*: 394, 395.

(2) Pictet: *Les Origines etc.*: tomo 1.º; 577.

sakabanatu «dispersar (ahuyentando)», *sakar* «calentura», cuya forma ordinaria *sukar* ha sido causa de que se atribuya su paternidad á *su* «fuego». *Sak* hubo de significar alguna acción que daña ó estraga. Y cuando se quiso indicar que privaba de la existencia se le añadió *ill*, «matar, morir». Vistos tantos derivados, y otros que omito, los cuales denotan la presencia de una raíz viva en la lengua, estimo que *sahi* es nombre genuinamente euskaro, sin que me impresione la nueva coincidencia de existir en sánskrito una raíz *çak* «valere», cuyos derivados expresan fuerza y viveza, germen del lituanies *sakalas* «halcón», forma que se aproxima al primitivo *saki* euskaro.

Reptiles.—El nombre genérico del «reptil», *narrasti*, recuerda los nombres germánicos y célticos de la «víbora» que reuní antes: *nadrs* (gótico), *nacddra*, *nadder* (anglo sajón), *nadr*, *nadra* (escandinavo), *nattara*, *natra* (antiguo alemán), *nathair* (irlandés), *nadyr*, *neidyrr* (kymrico), de la raíz sánskrita *nah* «nectere, ligare».¹

El radical *nar*, sin embargo, puede referirse á diversos vocablos euskaros: *narru*, *larru* «piel, cuero», *narrío* «mancha, tacha», *narría* «rastra», de donde proviene el advverbial *narraz* «á rastra, arras-trando». El referido componente puede indicar el serpeo de los reptiles, ó el jaspeado común de su piel. Opto por la primera acepción: *narrasti* es *narraz-ti* «el que anda á rastras». *Ti* hoy es sufijo abundancial; pero también lo fué derivativo ó formativo.

La «culebra» se llama *suge*. Moguel asegura que «*sugia* quiere decir *sin fuego*, porque es muy fría, y esto cualquiera lo sabe».² Etimología más ingeniosa que sólida. *Su* en baskuence es el fuego material; *bero* el «calor» que le falta á la culebra. Además existe el adjetivo *otz* «frío» y por tanto huelga la perífrasis. Al decir hoy *subage* (*suge*) ningún Baskongado entendería que falta calor, sino fuego.

Sugarrast, *sugarrasta* nombre de la «serpiente» es compuesto. *Arrast* no es el castellano «arrastrar», como hubiese pensado Mr. de Charencey si hubiese examinado ese nombre, sino el euskaro *narrasti*. Esta composición pudiera indicar que *suge* no designó primitivamente á la culebra ni á ningún otro animal reptabundo, puesto que para dar nombre á la serpiente hubo que añadirle la nota de la reptan-

(1) Pictet: *Les Origines*, etc, tomo 1.º. 685

(2) «*sugia* da *subagia* otz otza dalako, ta au edozeñek da'ci». *Peru Abarka*, dial, sexto, 174.

ción. Al estudiar el nombre geográfico de las islas Oestrymnidas, el Sr. Costa que lo deriva de un hipotético nombre ibérico *atxr*, *azr*, *aetxr* ó *aezr* «serpiente», recuerda, con ocasión del euskaro *suge*, al accadiano *tsir*. No veo que esta aproximación, reducida á un sólo sonido *su-ge*, *tsi-r*, sea fundada.

Musker es el nombre común del «lagarto». Moguel lo explica diciendo: «*muskerra* es semblante torcido... Decir *musu-okerra* es afirmar que el semblante es malo y espantoso. Se dice hombre torcido por el hombre que es malo, y también *mustio*». ¹ El lagarto forma parte de esa clase de animales que sin merecerlo, suelen estar mal mirados por el vulgo. Alguna preocupación popular entre los Baskos, justificaría la etimología de Moguel.

Con *musker* presenta alguna levisima analogía el kurdo *mâragòk*, que significa lo mismo. Proviene del sânskrito *mâr*, *mârek* «serpiente, víbora». Íntimo es el parentesco de *musker* con *musar* «marmota», nombre que recuerda al sânskrito *musas* «rata», al griego *mÿs* y al latino *mus*. Sin embargo, yo creo que tanto *musker* como *musar* son palabras genuinamente euskaras, cuyo primer elemento componente es *musu* «cara, rostro».

El dialecto suletino, según el vocabulario de Geze, llama al lagarto *sûskandera*, que se puede descomponer en *sûzk(o)-andera* «la señora del fuego». La razón del nombre no la descubro. Sospecho que dicho nombre fué, si no lo es actualmente, el de la lagartija: *sugalinda*, *surangilla*, *sanguangilu*, *sangongillu*, etc. Los dos primeros nombres están compuestos de *suge* sin género de duda; su nombre pamplonés es *churumbela*. Los dos últimos (formas irunesas) cortados por el mismo patrón, son más arduos. *Sangu*, *sango* difiere demasiado de *suge* para suponer, sin más ni más, que es su forma arcaica. Opino que corresponde á *sagu* «ratón». La *n* es orgánica, ó es nasalización debida á la influencia del segundo componente? Dicho elemento final, *linda*, *angila*, *angilu*, *angillu* á la vista está que es latino. Tales nombres, por tanto, bajo su forma actual, son modernos.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)

(1) «*Muskerra da musu-okerra*... *Musu-okerra esatia da begiraune gaisto ta bildurgarriya eukitia. Esaten da gizon okerra gizon gaistuagaiti, ta mukerra ere bai*». *Peru Abarka*, dial. sexto, 174.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

La Academia española deriva el nombre del «sapo» del latino *seps*, *sepis*, «reptil, sabandija». A mí me parece que la palabra castellana se tomó de la euskara *zapo*, *apo*. Esta ha sido explicada por el radical *zab* (*zap*) que figura en *zabal* «ancho», nota que conviene al sapo, como acertadamente observó Moguel.

La «rana» es designada con varios nombres: *zarrapo*, *andrapo*, *nigal*, *nigel*, *ingel*, *igel*, *ihel*, *ugarabi*, *ugarayo*, *atangel*. La mayoría de ellos se deriva, como lo pensó Moguel, de *igeri* «nadar». Mas se habrá de admitir, previamente, que *igeri* se pronunció antes *nigeri*? *Ugarayo* también puede derivarse de *ug* (*ur*) «agua». *Zarrapo* se liga íntimamente á *zapo*. Aquí surge una cuestión.

¿Es *zapo* contracción de *zarrapo*? Pues el radical de *zapo* no será el *zab* que figura en *zabal* y la etimología de Moguel cae por tierra. Veamos si existe algún otro radical que haga al caso. Tenemos *zabar* «pesado, apelmazado; tardo, lento» y *zar* «viejo» (*char* «malo, ruin»

y también por extensión «feo, repugnante»). Cualquiera de estos conceptos denigrativos conviene mejor al sapo que no á la rana y la etimología que de ellos fluye presta mucha fuerza á la presunción sugerida por el aislamiento del nombre dentro del grupo, ó sea, que *zarrapo* fué nombre del sapo, trasladado posteriormente á la rana.

O por el contrario, lejos de ser *zapo* contracción de *zarrapo*, ¿es componente suyo: *zar-zapo*? A esto se oponen dos razones: *a*) que el peorativo *zar=char*, puesto que califica á *zapo* le debe seguir y no preceder; *b*) que no es verosímil que el nombre *zapo*, al aplicarse á la rana, sea calificado denigrativamente, siendo así que el sapo y no la rana, es animal, de suyo, sumamente antipático.

Opto por la primera solución.

Andrapo se compone de *andre* «señora» y *zapo*. *Atangel* es un compuesto de *angel* variante de *ingel*; ignoro lo que significa *at*. ¿Tiene algo que ver con la raíz de *ate* «pato?»

Aizkibel en su Diccionario cita otros nombres de la rana, ménos conocidos: *harrapo*,¹ *zapallor*, *habuin*, *hagun*, *gahuts*.

Harrapo, sin duda, es variante de *zarrapo*. *Arrapo* significa «espuma», significado análogo al que, por la más extraña de las coincidencias, posee también *hagun*, *habuin*, «espumarajo, baba». Pero estos dos nombres los considero como transformaciones de *igel*, perfectamente posibles dentro del fonetismo euskaro. *Zapallor* proviene de *zabal* «ancho», mas el sufijo derivativo *or*. Al igual de *zarrapo* habría comenzado por ser nombre del sapo. *Gahuts* tiene trazas de nombre imitativo: *gar* (*kar*) y *huts* «vacío; puro, mero», como quien dice «puro cuarreco», el animal que únicamente sabe hacer *kar-kar*.

El persa *magal* «rana», guarda analogía aparente con *nigal*, capaz de sugerir aproximaciones á ciertos etimologistas temerarios. La *g* no aspirada denota una raíz *mang* y por esta razón se reputan vocablos independientes *magal* y el céltico *magan* «rana; sapo», no obstante la homofonía del radical. *Magan* proviene de *mag* «pata». El vocablo persa carece de etimología conocida. Hemos visto que la derivación de *nigal* es muy clara; por tanto, se opone á la referencia persa, y á la céltica.

(1) La *h*, de ordinario, representa á una *k* ó *g* orgánica. Alguna vez es eufónica. Tampoco deja de haber casos en que es ortográfica, singularmente entre los escritores baskos de Francia.

Peces.—Conocido el nombre genérico del «pescado» y del «pez» *arrañ, arrain, arrai*, examinaremos los de las especies más vulgares.

La «trucha» sacó su nombre específico del genérico: *amuarrain, amurrain, amarrain, amuarrin, amorrai, amurrai, arrankari*.

Amu, amo, am sin duda es el latino *hamus* «anzuelo». *Amuarrain* significa, literalmente, «pescado de anzuelo», y es nombre moderno. El bajo-nabarro al anzuelo le llama *gahamu*, palabra híbrida, sinónima de *garranga*, que se me figura es el verdadero término bascongado. La sílaba inicial de dichos vocablos, *gar, ga* es *residuo*, á mi juicio, de una forma más antigua de *arrain*, que se hubo de pronunciar *harrain=garrain=karrain*. De suerte que así como en *gahamu*, segregamos *ga* para dejar aislado á *hamu-s*, en *garranga* practicamos idéntica operación, y nos resulta *anga*, al cual atribuimos la significación de «anzuelo». Supongo que *anga*, designaba al principio á un garfio ó gancho cualquiera; y cuando se utilizó para la pesca, se le llamó *garr(ain)-anga*, literalmente, «gancho del pescado». La fisga de pescar (arpón de tres dientes) se llama *garranzi*.

La terminación *kari* de *arrankari* es derivativa. No se ha de confundir con el verbal de igual forma, usado en composición, que forma parte de *arrankari* «pescador», sinónimo de *arrantzale*.

El «salmón» ostenta nombre euskaro: *izokin, izoki*. De *itz*, radical de *itsaso*, «mar» y *okin, oki* «pan».

La «merluza» se llama *legatz, lebatz*; el «mero» *andeja, antesa*.

Los siguientes son nombres latinos ó románicos: *aingira*, de «anguila»; *atuna*, de «atún» (latín *thunnus*, griego *thunnos*); *kongrio*, de «congrío» (latín *conger*, griego *koggrós*); *errorel*, de «rousseau» (francés antiguo *roussel* «rojo»); *boga* «madrilla», de «bocas»; *char-diña, ehardin*, de «sardina» (latín, *sardina*); *barbua*, de «barbo».

Acaso la palabra «bacalao», que no se encuentra, según creo, en los otros idiomas románicos, proviene del baskuenze *makallu, makallo, bakallu, bakallo*. Una de las acepciones de *makal* es «débil» (flaco, por significación primitiva?) El castellano «besugo», á mi entender, procede del baskuenze *bisigu*, y no al revés.

Los nombres de los peces confirman la observación hecha anteriormente. El elemento alienígena es muy copioso en los términos de pesca y navegación.

Articulados.—El «cangrejo» lleva varios nombres: *changurru*,

chanburru, *amarra*, *amarratz*, *karamarro*. Mr. Van Eys apunta la idea de que *changurru* se deriva del castellano «cangrejo». Pues se habrá perdido la forma intermedia, porque es imposible que de la terminación *rejo* provenga inmediatamente *urru*.

En baskuenze existen las palabras *zango*, *zanko* «pierna, pié», *changu* «mutilado», *chainku*, *chaingi* «cojo»; alguna de ellas, probablemente, figura en ese nombre con sentido especial, ó modificado por el elemento terminativo, aunque no sabemos darnos cuenta de ello hoy. Sabido es que uno de los rasgos más salientes del cangrejo son sus patas armadas de pinzas y que su manera de andar ha llamado la atención hasta el punto de dar pábulo á la idea de que se mueve hácia atrás. También atrae á las miradas el color rojo que toman cuando lo cuecen. Será *gurru* variante de *gorri*? Tengo por indudable que *gurru* es forma arcaica de *gorri*; el *Mendigurria* (hoy Mendigorría) de los documentos medioevales y el actual *Lazagurria* proporcionan una forma intermedia. Esto no significa, sin embargo, que merezca la estimación de indubitable la identificación del *gurru* de *changurru* con *gorri*.

Amarratz, *amarra*, son inexplicables. Cabe sospechar la presencia de *ar* «gusano», no con su actual sentido propio. Según Micoleta, el «pulpo» es el que se llama *amaratz*.

Karamarro, por la forma de su primer elemento, presenta afinidades con nombres aryaos: *karka*, *karkata* (sánscrito), *korkot* (bengali), *kark*, *karkat* (hindostánico), *karkinós* (griego), «cangrejo, carabo (crabe)». Pictet dice que el sentido primitivo de estos nombres es, sin duda, igual al de *karkara*, *karkaça* «duro, rudo, áspero», términos evidentemente imitativos.¹

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)

(1) Pictet. *Les Origines* etc., tomo I, pag. 653.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Si el origen, efectivamente, es debido á la imitación, ésta pudo producirse también en euskara, con independendencia de los idiomas aryanos. Supongo que la afinidad señalada es fortuita. *Amarra* es contracción de *amarratz*; ésta palabra, sin duda, es el elemento final de *kar-amarro*.

Este último nombre presenta notable analogía de forma con el sánscrito *kmar* «ser curvo».

El euskara posee un radical *gar* que indica altura. De él provienen *garaiko* «de arriba», *garaitik* «desde arriba», *garrondo* «cogote, nuca», *garkhora* «corona de la cabeza», *garsoil*, *garbal* «calvo», y otros. *Gar* fué *kar*, y á virtud de su significación de cosa que está encima, pudo servir para designar la piel, que es la parte exterior del cuerpo, y que, por su dureza, es tan notable en los crustáceos.

Del latino *squilla*, el baskuenze sacó *iskira* «camarón».

El nombre genérico del insecto es *arri*, del cual proviene el del

gusano *ar*, *har*, que es el común. Algunas variedades llaman al gusano *kocho*, *zizka*. El dialecto suletino emplea con significación genérica ciertos nombres que la poseen específica: *chichari*, *zizari* «lombriz», *zerren*, *zeden* «carcoma; polilla; gorgojo»; gusanillos parásitos que atacan á las maderas, ropas y alimentos». El dialecto alto-nabarro meridional expresa, igualmente, la idea general de gusano por *zerren*. El término de *kotxo*, *kocho* en bajo-nabarro, se aplica á los cuadrúpedos machos; con el significado de «gusano» proviene del latino *cossus* «gusano de la madera», que en finlandés se dice *koisu*, *koiso*.

Zerren, *zeden*, *zizari*, *chichari*, *chinchare*, son vocablos cuya etimología es obscurísima. Van Eys opina que *chichari*, *zizari* se compone del diminutivo *che*, *chich* y *ar* «gusano». Pero *chich* no existe: se ha de suponer, por tanto, que la asibilación pertenece al segundo componente, el cual es forma arcaica de *arri*, ó sea *zarri*. A que el primer elemento sea el diminutivo *che*, calificativo de *arri*, se opone la sintáxis. *Chichari*, á tenor de ésta, no puede significar «insecto pequeño», sino «insecto de lo pequeño».

Zi es radical euskaro. Tenemos *zi* «punta», *ziri* «espigón, cuña», *zirikatu* «pinchar, picar, estimular, incitar», *zirri* «manosear lascivamente á mujeres» (de *zi* «picar» é *irri* «risa?»), *ziur* «prudente, avisado; perspicaz, agudo», *zital*, *zithal* «ruin, despreciable, sucio», *che* «menudo, pequeño», *chito*, *chit*, «muy», *chita* «polluelo», etc. He aquí cómo por una serie de metáforas naturales, el primitivo significado de punta, extremo delgado, llegó á significar ideas entre sí tan divergentes como son los adjetivos *ziur* «prudente, agudo», altamente laudatorios y *zital* «ruin», sucio», denigrativo de las cosas y de los seres animados. El sentido de *zeden*, *chichari*, etc., es obscuro, pero no hay duda que éstos vocablos derivan de *zi*.

Otro nombre de lombriz es *bizio*, *bisio*. Larramendi cita el plural *bizin-ak* «las lombrices».

De la «araña» son varios los nombres: *armiarma*, *armierma*, *hirmiarma*, *amarama*, *armirima*, *armamau*, *marmara*, *ainharba*, *lupu*, *lipu*.

En algunos se registra la presencia de *ar* ó *arri* y se vislumbra la de *medar*, *mehar*, *berar* «delgado, angosto, estrecho».

Marmara es variante de dichos nombres. La terminación de ellos y de *ainharba*, donde figura un radical *ainh*, idéntico al que da nombre á la golondrina *ainh-ara*, es inexplicable hoy.

Con los citados nombres baskos de la araña se puede comparar, á título de curiosidad, el albanés de la «hormiga», *mermink*.

Lupu, lupi son de abolengo aryo, á mi juicio. Tenemos *lütá, lütiká* (sánscrito), «araña, hormiga»; *lucra* (hindostánico), *lukos* (griego), *lukki* (finlandés) «araña», referidos á diversas raíces.¹ Pero el ascendiente del vocablo euskaro, es, sin duda, el anglo-sajón *lobbe*.

De la hormiga podrían coleccionarse innumerables nombres si se explorasen concienzudamente los dialectos, como sucede respecto á la mariposa, de la cual un amigo mío posee una lista con más de cincuenta.² Los más usuales de la hormiga, son: *chingurri, chindurri, chinaurri, chinurri, iñhurri, iñurri*. Estos dos últimos son contracciones de *chingurri*, cuya semejanza, falaz á buen seguro, con *changurru* «cangrejo» es curiosa. Verosímilmente, el primer elemento *ch* es el mismo que examiné al hablar de *chichari*.

No conozco ninguna semejanza ó analogía con vocablos arjos.

La «abeja» lleva el nombre de *erika, erle*. Moguel dice que *erle* significa el hacedor ó constructor de pueblo, de *erri* «pueblo» y *egille* «hacedor».³ Pero la etimología no cuadra á *erika*; esta forma, al parecer, indica que el primer componente de *er-le*, no es *erri*, sino *eri*. Entre *eri* y *ar* «gusano», median analogías de forma, que se compaginan perfectamente con las de sentido.

El nombre sánscrito de la abeja es *áli, ali, alin*, de *ala* «aguijón», cuya raíz esa *r, ar (al)* «lædere, infigere, transfigere». Nada se opone, lingüísticamente hablando, á que *ali* hubiese producido el *eri* euskaro. Pero la realidad de esta y otras correspondencias euskaro-sánscritas está subordinada á otras cuestiones que no son de este momento.

Nombres de la «abisa»: *ulabio, leizor, listor, listafñ, erlaiztan, kurumino, kurumiño, kuribio, eltzar, abadota*.

Ulabio se compone de *euli* «mosca» y una terminación desconocida: *leizor, listor* y *listafñ* de *erle* ó *euli?* *Erlaiztan*, de *erle*.

(1) Pictet. *Les Origines*, etc. 1.º, 658.

(2) Entre los nombres de la mariposa es notable el de *uli-farfaiñ*, compuesto de *euli* «mosca» y un segundo elemento derivado del árabe *farfur* «mariposa», mediante el provenzal *farfalla*.

(3) *Ertliar esan gura dan errillia, edo osuago, errigillia. Eta bene benetan erliak egiten dabee erri bat*. *Peru Abarka*, dial sexto, 180.

y sin duda, de *laztan*, *lastan*, cuyos actuales significados «abrazo, beso; amante», indican la posibilidad de haber sido usada con el de «valiosa, predilecta» etc. *Listafñ* será nombre modernísimo si, como todo lo indica, la terminación es el adjetivo «fino». *Iz*, *ist* pudieran ser residuos de *ezti* «miel», seguidos del sufijo derivativo *or* (*kor*), que indica tendencia, afición ó aptitud para la cosa significada: *ibilkor* «andariego». *Eltzar* parece compuesto de *euli*; *tzar* (*zar*) significa en el caso presente «grande» y no «viejo». La relación íntima entre ambas ideas, es evidente. Es formación idéntica á la de *ozar* «perro grande; mastín» (de *or-zar*).

Kurumiño, *kurumino*, *kuribio* sugieren reminiscencias aryas. El nombre sánscrito del gusano y del insecto en general (oruga, hormiga, araña, etc.) es *krmi*, *krimi*, *krima*, *krami*. Su ramificación por los idiomas aryanos es muy extensa; los significados difieren bastante. Por cierto, que entre las palabras derivadas se registra una cuya forma es idéntica á la euskara *kurumino*, aunque verosímelmente nada tiene que ver la una con la otra. Es la palabra eslava *cruminu*, «de color escarlata, grana», en latín *coccineus*.

«Miel» se dice *ezti*. Sería aplicar una ley rigurosísima de sospechosos el recelar que *ezti* provenga del armoricano *mez* «miel, hidromel?» Las numerosísimas formas derivadas del sánscrito *madhu* ostentan *th*, *d*, *l*; la céltica ya nombrada es excepcional.

De *ezti* proceden los nombres de la «cera» *ezko*, *ezkide*. Otro nombre es *argizagi*, *argizai*, *argikai*, cuya formación, enteramente diversa, es muy llana: *argi-zagi*, *argi-za(g)i* «odre (vasija, receptáculo, continente) de luz», *argi-kai* «materia, substancia de luz». Recuérdese que *argizagi* es uno de los nombres de la luna. Por tanto, el sentido general de aquella y estas expresiones es el de: «lo que alumbrá ó sirve para alumbrar».

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

«Colmena»: *erlautz*, *erlautz*, *erlach*, *cultz*; *kofoina*, *khobañ*, *kofaua*. Los dos primeros nombres se componen de *erle* y *ontz(i)* «vasija, receptáculo», y *ach* «peña». *Eultz* equivale á «muchedumbre ó multitud de moscas»; *kofaua*, *kofoina*, *khobañ* ofrecen dudas de otro género. El dialecto bajo-nabarro llama *kofa* á lo carcomido, al hueco de los árboles; por aquí la etimología es clara. La cuestión estriba en averiguar si la palabra *kofa* es baskongada. Su aspecto predispone á la negación; *f* primitiva, no es sonido euskaro. Mr. Van Eys formula la pregunta de si será una variante de *koba* «cuba, tina», (que en bizkaino significa «cueva»), designadora del árbol hueco, empleada después como adjetivo. Tenemos, también, el vocablo latino *cophinus*, griego *kophinos*, que significa «cesto de esparto, mimbres ó madera», y el provenzal *cofin* «cesta». Mi opinión es que *kofa* y *kofaua* proceden del latino «cova», «cueva»; y *kofoiñ*, *khobañ*, de *cophinus*.

El «panal» lleva los nombres de *abaraska*, *abaar* (Porrals), *abao*; *extiorraze*. Según dice Mr. Van Eys, el ilustre lingüista Mahn opina que *abaraska* proviene del provenzal *brusc* «colmena», á lo cual replica el lexicólogo holandés que las vocales prostéticas del baskuenze son muy escasas. *Baraska* en vez de *brusc* es posible, pero *abaraska* es menos seguro.¹

Yo entiendo que la verdadera etimología es la que el mismo Van Eys indica, y no se resuelve á aceptar, visto el significado actual de *abaraska*. Este vocablo, sin género de duda, designó primitivamente á la colmena, y después, por un tropo naturalísimo, al panal. *Abaraska* describe el objeto é indica la materia con que está fabricado: *abar* «rama», *aska* «gamella, artesa, pilón (de fuente ó abrevadero)». Dicho primer componente figura, al parecer, en *abao*; vocablo, por otra parte, muy contraído. Y digo al parecer, porque pudiera muy bien estar formado con el mismo radical que se nota en el nombre de la avispa, *abadota*, el cual no puede ser *abar* «rama». La forma bizkaina *abaar* del Refranero de Porrals, reducción de *abaraska*, con su cacofonía nos indica cuál es la etimología de *abar*: *ab(e)* — *a(da)r* «cuerno, asta del árbol». *Extiorraze* se traduce llanamente por «peine de miel». Varios idiomas poseen compuestos idénticos.

El Sr. Costa denuncia algunas semejanzas euskaro-berberiscas. La del nombre del panal *tabachuch* (tema *abachuch*) con *abaraska*; y la más curiosa aún entre *azta* (kabyla) «panal» y *exti* «miel».²

La cría de las abejas ocupaba en la economía de los antiguos Iberos preeminente lugar. Atribuían á Gargoris la invención del aprovechamiento de la miel: «*Rex vetustissimus* (de los Cynetes) Gargoris mellis colligendi usum primus invenit (Justino XLIV, 4)». Entre los seis géneros de producción más abundante de España durante los días de Trogo, figuraba la miel junto al trigo, vino y aceite: «*Hinc enim non frumenti tantum magna copia est, verum et vini, mellis oleique; nec ferri solum materia precipua est, sed et equorum pernicees greces* (Justino XLIV, 1)». Su explotación tenía carácter trasahumante, conservado hasta nuestro siglo. Las colmenas eran trasladadas á lomo de unas á otras campiñas y sierras. Encuéntranse indicaciones de ello en Plinio (XXI, 43). El objeto era aprovechar mayor

(3) *Dictionnaire etc.*: pág. 395.

(2) *Estudios ibéricos*, XIX.

cantidad de flor y huir, todo lo posible, el rigor de las estaciones.¹

El nombre de la «mosca» *euli*, *uli*, *ülü* no lo sé analizar. Puede suponerse que *li* es el sufijo de agente *le*; ¿pero qué es *eu*? Dicho nombre presenta analogías con el que usan los idiomas célticos, los cuales se apartan de los demás aryanos, al nombrar el citado insecto: *cuil* (irlandés), *cuileag* (ersec), etc. Con estos entronca el latino *culex* «mosquito, cínife». La raíz sánscrita *kul* significa «accumulare, colligere».

Del nombre de la mosca se derivan los del «mosquito»: *eltzo*, *elcho*, *ulich*. El segundo se aplica también al «gorgojo» del trigo.

Todos los dialectos llaman al «piojo» *zorri*. Moguel declara su etimología con más ingenio que solidez. Significa *tributo* ó *deuda* porque todos los humanos lo pagan. Para evitar la *pecha* se inventaron los peines.² Pero la idea de deuda es posterior al conocimiento del insecto. Los Aryas discurrieron de manera análoga á la que supone Moguel, para formar uno de los nombres de la «chinche»: *matka*, literalmente, «lo que me pertenece» y es, además, nombre genérico de los insectos parásitos.

Zorri pudiera estar unido á *zorne* «pus, virus», por una raíz común. Nótese la presencia del elemento sibilante que suena en *chingurri* «hormiga» y *zizari* «lombriz». La oriundez euskara parece fuera de duda; no obstante, alguna atención merece el *sar*, *sor*, irlandés.

La «pulga» se nombra con variedad. Pero el tema fundamental es siempre el mismo, y sólo una vez cambia la composición del vocablo: *arkakuso*, *arkukusu*, *kukusu*, *kukusa*; *ardi*.

La etimología de Moguel, relativa á la primera forma, no puede ser más verosímil. Dice que *arkakutsu* significa el «insecto ensuciador ó c....»³ No puntualiza la etimología, porque es de las que por sí mismas se explican. Siento tener que insistir sobre esta *zolesca* materia.

Arkakusu se descompone en *ar-kaka-tsu*. *Tsu* es sufijo abundancial; *ar* ya sabemos lo que significa, y lo otro.... también. *Kaka-zu* es adjetivo que demostrativamente se emplea amenudo, más sin

(1) Costa: *Estudios ibéricos*: XIX, XX.

(2) «*Zorriya da zordoguna, ta gizon ta andra guztien pechuba. Ez da inor au zor ezdabenik. Geugan sortutan dira bartzak, edo zorrikayak. Batzetati urtetan dabe ta azten ditugu. Orretarako ainbeste orrazi*». *Peru Abarka*; dial. sexto, 179.

(3) *Peru Abarka*, dial. sexto: 182.

experimentar nunca el cambio de vocal por asimilación que notamos en *ar-kakutsu*.

Littré, omitiendo la etimología, dice que la palabra «c...» es propia del lenguaje infantil. Pudiera inferirse, á primera vista, que esa palabra la introdujeron, tanto en el castellano como en el francés, las numerosas nodrizas baskongadas que crían fuera de su país. La palabra, no obstante, es latina: *cacata*, *cacare*; y céltica, *caca* (gaélico), *kacha* (armoricano), *cacaim* (irlandés) «defecar»; y sánscrita *çakan*, *çakrt* de la raíz *kac* «expeler, rechazar». Por otra parte, es la única que el baskuenze posee para indicar la deyección intestinal, puesto que *mokordo* designa especialmente al excremento moldeado y consistente (*strundius*, *struntus* del bajo-latín). Si la palabra baskongada en cuestión fuese de origen latino ó céltico, claro es que el vocablo *ar-kakuso* sería, relativamente, moderno. He aquí uno de los muchos casos prácticos en que no se puede deducir de la carencia de palabra indígena, la carencia del conocimiento correspondiente. Los Baskos no se estuvieron aguardando á que viniesen los aprovechadísimos Aryas y les enseñasen la operación que tanto agradaba al duque de Vendome.

La identidad de la palabra euskara y arya es hecho que únicamente cabe atribuir á una de esas coincidencias, sorprendentes á veces, que se observan entre idiomas muy apartados. Aquí es hija, sin duda, de la onomatopeya. Pero también cabe suponer, aunque sería raro por tratarse de palabra muy usual, que dicho vocablo fué importado y substituyó á alguno de los que hoy designan al «estiércol» con que se abona la tierra: *gorotz*, *ximaur*.

La pulga posee otro nombre sin tacha de aryanismo: *ardi*. Moquel supone que significa «insecto fecundo», por el sentido abundancial del sufijo *di*. Yo opino que *di=ti* poseyó sentido diminutivo, idea que frecuentemente se confunde con la de abundancia. Con ese sufijo fabricó diestramente Larramendi una porción de palabras que sólo disfrutaban de vida literaria.

ARTURO CAMPIÓN.

(*Se continuará*)





CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

La «chínche» se dice *chiminch*, *chimich*, *chimika*, generalmente. Moguel preconiza el origen indígena del vocablo, afirmando que significa el «pellizcador».¹ Efectivamente, *chimur* es «pellizco» y *chimurtu* «pellizcar». Ciertamente es que falta el sufijo del agente, pero en rigor, pudo desaparecer, como tantos otros elementos formativos y derivativos en muchos vocablos.

No obstante, cabe oponer á Moguel el origen latino: *cimex*. Y éste se adorna con mayores visos de probabilidad, mediante la ortografía que empleó Pouvreau, escribiendo *ximitx* y no *chimich*. Al latino *cimex* se parecen el ilirico *kimak*, el húngaro *tsimax*; para explicarlos suben los aryanizantes al sánscrito *krmi*, *krmika* «gusano», explicación sumamente débil. El sánscrito posee otros nombres

(1) «*Chimicha* edo *imichia* esaten da *chimurchi* edo *imurchi* egiten dabela-ko», *Peru Abarka*, dial. sexto: 179.

característicos: *gandhin* «el insecto mal oliente», *raktánga* «cuerpo rojo», *talpakita* «insecto de la cama».¹

Es probable que la difusión de la chinche por Europa sea relativamente moderna. Los Celtas británicos no la conocían antes de la llegada de los Sajones. Los Kymris y los Irlandeses carecen de vocablo que la designe. Mac Curtin afirma que los Sajones, así mismo, la llevaron á Francia.

Dicho parásito abunda muchísimo en España. Nada obsta á que lo llevasen de aquí los Romanos, y con él alguno de sus nombres hispánicos, explicándose por la difusión del latín las analogías de *cimex* que conocemos.

El dialecto suletino denomina á la chinche *pürnach*. Es vocablo singularísimo.

Kirkir, *kirrillo* «grillo». Vocablo imitativo. No sorprenden, ni significan nada, por tanto, las numerosas referencias aryánicas y no aryánicas que se pueden reunir.

Moluscos.—El nombre genérico de la «concha» es *maskor*. Se aplica, comunmente, á las de tortuga y otras grandes. Expresa, sin duda, la idea de envoltura ó recubrimiento, como lo revela *mardots*, *markhots* «herizo de la castaña», y presupone un radical *mark*, *mask* con ese sentido.

El «caracol» se llama *barekurkullo*, *barekurkullu*, *barekullo*, *barauskil*; *marraskulu*, *maskulu*, *muskulo*, *marakurrillo*; *koko-laiko*. Esta lista se alargaría si se pusieran á contribución todas las variedades locales.

Larramendi explica *barakullo* por *bare* «limaco» y *kullo* que identifica á *zulo* «agujero». La identificación es arbitraria y constituye un nombre que carece de sentido, si no se aplica á la concha sola: «agujero del caracol». Respecto á *bare* sería muy plausible la hipótesis de Larramendi, si la insistencia con que suena fuerte la *r* en las variantes, no empañase, algún tanto, su probabilidad. Para sacarla á flote hay que reforzarla con otra hipótesis, en verdad levisima: que *bare-a* se pronunciaba *barre-a*. La forma *barakullu* podría suponerse adaptación euskara del castellano *caracol* ó del provenzal *caragollo* si no lo vedasen severamente las formas menos contraídas.

El nombre del «limaco» y el del «caracol» se han expresado por

(1) Pictet. *Les Origines* etc., tomo I, pag. 521.

una misma palabra en idiomas de idéntica familia: *limax* (latín) «limaco», *slímak* (bohemio) «caracol». La semejanza física entre ambos moluscos, justifica el hecho lingüístico de que se haya echado mano de la misma raíz. Por tanto, es sumamente probable que el primer componente de *barekurkullo* (*bara, barra, marra, ma*, según las variantes), sea el nombre del limaco, hoy *bare*. Pero, ¿y el segundo elemento *kurkullo, kullo, uskil, skulu, kurrillo*?

En *uski-l=sku-lu* creo observar la presencia de la palabra *uski* «trасero». Con efecto, al andar el caracol, la parte posterior de su cuerpo arrastra la concha.

Kurkullo; kurrillo=kur(k)i(u)llo; kullo=(kur)kullo son aún más oscuros. A primera vista supuse, y era la explicación más fácil, que *kurkullo* era el románico *gorgollu* «joroba», derivado más ó menos lejano del latino *concurrare*. *Barekurkullo* venía á significar «limaco-joroba», nombre adecuado á su aspecto. También sospeché la presencia de un elemento aryo, derivado de la raíz *kuç* «rodear, envolver», origen del sánscrito *koça, koka* «concha, vaina», del ilirico *kuka* «concha», del ruso *kukla* «capullo de gusano», etc. O un parentesco más cercano con la palabra sánscrita *kukula* «armadura», por su sentido de protección del cuerpo, que es la función de la concha.

El exámen detenido me hizo admitir la posibilidad de que *kurku* fuese la misma palabra *uski*. Dicha forma es, en parte, más arcaica, por la presencia de la gutural, y en parte más moderna, si el *rotacismo* basko lo fuese. He aquí las fases de la transformación, fácilmente reconstruibles cuando se comparan todas estas formas: *kurku, kurki, kuski, uski* (ya por aféresis repentina, ya por degradación lenta: *guski, huski*).

Respecto al sufijo *llo, lu, l*, tercer elemento de los nombres del caracol, se hace preciso recurrir á hipótesis más atrevidas. ¿Es, acaso, vestigio de algún nombre de la concha? ¿ó reliquia de algún adjetivo emparentado con *lo* «dormido; sueño» cuya acepción fuese la de «pe-zoso, lento»? Recuérdese que la impresión causada por el aspecto del caracol es que arrastra su parte posterior con trabajo.

En cambio *kokolaiko* me parece, sin disputa, de stirpe arya.

No extendiendo el análisis á todos los nombres de animales que conocieron ó pudieron conocer primitivamente los Baskos, puesto que equivaldría á escribir un libro dentro de otro.

Pasemos á investigar su conocimiento del reino vegetal y de otros hechos y fenómenos propios de las primeras civilizaciones.

CAPÍTULO VII

SUMARIO.—Nombres principales de la civilización primitiva.—*Organos y partes integrantes de las plantas.*—Nombres de la planta y de la raíz.—Etimologías de *fuñts*, *betar*, *sustrai*, *ondo*, *zurtoin*, *zukoitz*. Los nombres del tallo y el verbal *irten* «salir». La hoja y la flor. El fruto; etimología de *alorta*. La simiente y el grano; *azi* y el sánscrito *ac*; los derivados de *bizi* «vivir». La corteza.—*Arboles forestales.* El bosque. El quejigo, carvallo, fresno, olmo, chopo, tilo, arce, acebo, abeto, pino, tejo, ciprés, sauce y sauce florén. Nombre genérico del árbol forestal. Oriundez arya de *zarika*, *sahats*, *sarats*. Parecido fortuito de *askar* y el norso *askr*. Oriundez dudosa de *alza*, *halza*.—*Plantas y arbustos esp. ontáneos.* La hierba, la argoma, la retama, el brezo. Nombres euskaros y nombres latinos del enebro. El madroño y el tamujo. El helecho. Etimología de *iñaztor*, según Lacoizqueta, y de *iratzse*, según Pott. El espino y la zarza: referencia arya de los nombres que llevan el tema *sas*. Origen euskaro del gascón *gavar* y del castellano *zarza*. Análisis de otros nombres euskaros. El matorral.—*Arboles frutales.* El castaño; su habitación geográfica. Concordancia de sus nombres europeos, incluso el euskaro y cuestiones planteadas por este hecho. Antigüedad mínima del castaño entre los Baskos. El avellano, el nogal, el manzano, el membrillo, el peral; su indigenato y nombres. El ciruelo y el endrino; etimología del *aran* basko y del *arag-noun* gaskon. El cerezo, su antigüedad en Europa. El almendro. El olivo, melocotonero, granado, naranjo, limonero.—*Las plantas cultivadas.* La espelta y su nombre especial escandía. El centeno; los dos grupos de sus nombres europeos; nombres aislados ligur y basko. La berza; distribución de sus nombres europeos en cinco grupos; oriundez del basko *aza*. El haba, la arveja, la muela, y la beza. El garbanzo; etimología euskara de su nombre castellano; su habitación primitiva. El arroz. El nabo. El ajo; etimologías euskara y arya de su nombre basko. La zanahoria; etimología euskara y arábiga de su nombre. La cebolla y el puerro. La lechuga. El melón. La sandía; etimología dudosa de su nombre castellano. La calabaza vinatera; etimología euskara de *kurkubiya*. La fresa; etimologías latinas de *marrubi*. La palabra castellana *marrubio*. Análisis de los elementos componentes de cierto grupo de nombres euskaros. Nombres derivados del latín. El cáñamo.

Organos y partes integrantes de las plantas.—El nombre genérico de la «planta» es *lundare*, *landai*, *landara*, del latino *planta*. La de árboles se dice *sabi*, *sarbi*. Pouvreau atribuye á *sabi* el significado de «vena, nervio».

La «raíz» posee varios nombres: *zañ*, *zain* (también significa «vena»), *izorro* (ronkalés), *betar*, *erro*, *sustrai* y *funts*.

De estos nombres sólo los tres primeros parecen incuestionablemente euskaros. *Funts* proviene del latino *fundus*, emparentado con el kymrico *bon* «fondo, raíz, cepa (souche)». *Betar* es *be-ðdar* «cuerno, rama de abajo». Sospecho que *sustrai* está ligado al románico «sostener»; pero el origen del vocablo ha de buscarse en el léxico de los idiomas y dialectos provenzales. En el *Diccionario Trilingüe* figura un verbo *izoro* «sostener, mantener».

El «tronco» del árbol se expresa con el vocablo *ondo*, pero unido al nombre particular del árbol, p. ej.: *sagarondo* «tronco de manzano», pues propiamente significa parte inferior. La semejanza entre *ondo* y el castellano *hondo* la reputo por fortuita. Axular traduce el latino *profundum* en su sentido de «abismo» por la palabra *hondar* además de usarla con el sentido de fondo: *hondar gabeko lezea*: «la caverna sin fondo». «Pie» se dice *oñ*; *do* es el sufijo aumentativo *to*: *ondo* significa «pie grande».

Existen otros nombres compuestos con igual significado de tronco: *zubil* (*zur* «madera», *biribill* «redondo»), *zurtoin* (*zur* «madera», *oñ* «pie»), *zutondo*, *zukoitz*. Este último puede explicarse por *zu-(rez)ko-(erro)itz*. Si el hipotético *erroitz* es la forma íntegra de *erro*, aumentan las probabilidades de que provenga del latino *radix*. La *t* medial que suena en *zurtoin*, *zutondo* (y otros muchos vocablos) no es eufónica, sino reliquia de la copulativa *eta*, *ta*. Semejantes vocablos suelen estar formados por simple enumeración: *zur ta oin*. Araquistain en su Suplemento al Diccionario de Larramendi expresa «tronco» por *gerri*. Actualmente sólo se usa con su significado de «cintura» que también, según dicho Suplemento, se dice *gerrintze*. El tronco cortado se llama *anpor*, *enbor*. *Ildokin*, como apelativo de «tronco», figura en el *Suplemento* á Larramendi hallado y publicado por Mr. E. S. Dodgson.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

El «tallo» se llama *zurtoin*, *zorten*, *chorten*, *kirten*, *kider*, *girten*, *girtoin*. Excepto acaso el primero, todos ellos han de reputarse por una misma palabra diversamente pronunciada y designan no solamente al tallo, sino también al pedúnculo de la flor y al cabo de la fruta. Además *kirten*, *kider* significa «mango, asa», etc.

Es perfectamente compatible con el fonetismo euskaro que *kirten* provenga de *chorten*, y éste, á su vez, de *zurtoin*. No obstante, ha de tomarse en cuenta la existencia del verbal *irten* «salir», como origen posible; la forma primitiva del verbal, en dicho caso, sería *kirten*.

La «hoja»: *hosto*, *osto*, *ostro*, *orri*. El núcleo formativo es idéntico: *os*==*or*. La forma primitiva ostentaría la gutural fuerte. Según Lacoizqueta, *orri*, que también significa «tira de lienzo, paño», etc., es el limbo ó expansión foliácea. El peciolo se denomina *osto-kider*, *oincho*, etc.¹

(1) *Diccionario de los nombres euskaros de las plantas*; 41, 42.

El nombre de la «flor» es latino: *lore, lora, lili*.

También lo es uno de los dos del «fruto»: *frutu, prutu. Alorta*, que es el segundo, lo explica Lacoizqueta diciendo que viene de *ale* «grano» y *ortua* «huerta». ¹ A mi entender, *alorta* viene de *alor* «heredad, campo de labranza» y *ta*. Acaso la palabra se halla incompleta; pero la copulativa final le comunica sentido indeterminado que pudiera equipararse vagamente á «cosa, algo»; «la heredad y....» literalmente; ó sea, «cosa, algo de la heredad». El sufijo pluralizador toponímico *eta* (*keta*), tampoco parece ser otra cosa: *iturrieta* «fuentes y.... (sitio de fuentes)».

El nombre genérico de la «simiente» ó «semilla» es *azi, hazi*. El del «grano» *ale, bihi, pikor, bikor, pipi, garau*.

Respecto á *azi, hazi*, es imposible no recordar el sánscrito *aç* «edere», de donde se formó *açana* «alimento», como de *azi* brotó *azgurri* de idéntica significación, con tanto más motivo cuanto que el nombre cornuallés de la simiente ó semilla es *haz*. Sin embargo, se me resiste mucho aceptar el origen aryo de la palabra euskara, pues la raíz *as, az* por sus múltiples derivados y su valor significativo, es sumamente importante en el baskuenze. No se olvide tampoco que ciertas formas dialectales conservan una gutural primitiva que se opone á la referencia arya.

Bihi y *pikor* son la misma palabra. La segunda lleva sufijo derivativo y aquella no. El íntimo parentesco de *pikor* con *bizikor, bizkor* «animado, vivo», por sí mismo se delata. Son derivados de *bizi* «vivir», que sería muy arriesgado referir al latino *vita*. *Pipi*, por el contrario, no me parece variante de *piki* (*bihi*), sino residuo del castellano *pepita*, que adoptó en baskuenze la forma de *pipita*. *Garau* sin duda está emparentado con *gari* «trigo», aunque el final no puede ser *au-a* «boca», como supone Lacoizqueta.

La «corteza» se dice *azal, oskol, galatz*. Uno de los nombres del «erizo» de la castaña es *koskol*, cuya identidad con *oskol* es evidente. *Galatz* se compone de *gain, gañ* «encima» y *latz* «áspero». *Azal* ¿será violenta metátesis de *latz*?

Arboles forestales.—La «selva, bosque, floresta» se llama *oian, oyan, oihan, baso, saroi, usi*. *Baso* designa comunmente al monte cubierto de árboles. *Saroi* es contracción de *sara-toki*: *sara, chara*

(1) *Diccionario etc.*, 25.

«jaro» y *toki* «lugar, sitio». La Academia deriva el nombre castellano del árabe *xara* «mata». La palabra baskongada tiene sabor indígena demasiado pronunciado para que sin más ni más le atribuya origen arábigo.

De algunos árboles importantes he hablado en capítulos anteriores; ahora mencionaré las esencias arbóreas más comunes que se crían en el país ocupado por los Baskos.

El «quejigo» y el «carvalho ó melojo», llevan el mismo nombre, *ametx*; cuando el carvalho es chaparro ó arbusto se llama *tarti*. El «fresno»: *luzar, lizar, leizar, letsar, lechar, lejar*.¹ El «olmo»: *zumar, zunhar, zugar, zuhar, zuar*. El «chopo»: *eltzuma, burtzuntzari, burontz, makañ*. El «tilo»: *ezki, izki, erki*. El «arce»: *astigar, gastigar, askar*. El «acebo»: *gorosti*. El «aliso»: *alza, alzo, halza*. El «abeto»: *izai, izei*. El «pino»: *ler*. El «tejo»: *agiñ*. El ciprés: *nekosta*. El «sauce»: *zarika, sarats, sahats*. El «sauce llorón»: *iunsi*. Existe un nombre que designa al árbol forestal genéricamente: *garrasti*.

Los nombres del sauce son aryo. *Sahats* se parece al antiguo alemán *salaha*; *sarats* está tomado directamente del latino *sarix*. El sánscrito *sála* «árbol», es sin duda el que dió nombre al sauce en los idiomas indo-europeos. Pictet supone que proviene de *sala* «agua», de donde procede *salika* «acuático» cuya semejanza con el *sarika* euskaro no he de encarecer.

A los demás nombres de árboles arriba acotados, con dos excepciones, no les conozco semejanzas ó parecidos aryo que pudieran hacer más ó ménos sospechosa su oriundez. La primera excepción mira al nombre del arce *askar* que se asemeja al norso *askr* «fresno». Mas como para mí *askar* es contracción de *gastigar* el parecido queda reducido á nada.

La segunda excepción es de mayor trascendencia porque verosímilmente delata indigenato aryo. Me refiero al nombre del aliso, *al-*

(1) Esta última forma no la he oído pronunciar nunca. Cabe sea debida á haberse escrito antiguamente con *x*, *lexar*; al modificarse la ortografía, de los antiguos manuscritos ó libros pasó á los modernos con una transcripción que resulta viciosa. En Nabarra existe el apellido *Lejalde* «cerca del fresno», pero su existencia, por ser atribuible á la misma causa ortográfica, no me garantiza que haya existido ó exista la forma *lejar*. Ejemplos de este linaje de permutaciones nos los proporciona el adverbio de comparación *bezala, bekala, bejala*.

za, halza, que en latín se dice *alnus*, en escandinavo *elni*, *ölun*, *ell*, en anglo sajón *alr*, *aler*, *alor*, en antiguo alemán *elira*, en alemán *eller*, *erle*, en lituanés *alksznis*, en ruso *olcha* etc.¹ El tema es *al* ó *ale*, *ell* ó *elh*, variando el sufijo, como puede haber acontecido en baskuense: *al-za*. Si embargo, si la aspirada de la forma basko-francesa *halza* es orgánica, la semejanza ha de reputarse por fortuita y sin consecuencias.

Plantas y arbustos espontáneos.—«Hierba»: *belar*, *berar*, *bedar*. «Boj»: *expel*, *urrosta*. «Aliaga, argoma»: *ota*, *ote*, *olhe*, *otaka*, *clarre*, *clar*. «Retama»: *gisats*, *ísats*, *erratz*; éste último nombre, según Lacoizqueta, designa á la *genista tintórea* «hiniesta de tintas». «Brezos»: *gilharri*, *gilhar*, *gillar*, *ilhar*, *illar*, *elhar*, *clar*, *añar*, *inar*. Yo creo que estas diversas formas de una misma palabra, representan al nombre propio de la citada especie que, en algunas partes, se aplicó indebidamente á la argoma. «Enebro»: *orre*, *orri*, *orhe*, *hagintz*, *agintze*, *aginteka*, *larraona*. Dichos nombres, según el nunca bastante ponderado baskófilo Príncipe Bonaparte, son «baskongados netos». ² Además lleva otros: *jenebretze*, *inibre*, *ipurka*, *ipurru*, *umpuru*, relacionados por el Príncipe con el latino *juniperus*. Larramendi cita á *likabra*, palabra que tampoco será euskara si, como es presumible, se compone de *lika* «zumo; viscosidad». «Madro-

(1) Pictet: *Les Origines*, etc., tomo 1.º. 262-263.

(2) Etimología del nombre de Roncesvalles: *Revista Euskara*, año IV, página 113. Excepto los especialistas en idiomas románicos, nadie diría, á primera vista, que el roncalés *umpuru* y el castellano *enebro* son la misma palabra, diversamente eufonizada, con sujeción á los cánones fonéticos de las respectivas lenguas. Para demostrarlo matemáticamente basta colacionar la forma latina matriz *juniperus*. Y pienso que aun ménos se sospecharía que el euskaro *estu* «apretado, apretar», es idéntico al francés *êtreindre*. La palabra francesa se deriva de la latina *stringere* y se dijo *êtreindre*. El parentesco del vocablo francés y del euskaro deslumbra á los ojos en frases como ésta: «...dire le m'estuet je ne puis plus» (il me presse de le dire, etc.) Este es uno de los oficios más curiosos é importantes de la etimología científica: establecer las semejanzas verdaderas, pero ocultas, y destruir las falsas, pero patentes. El resultado cierto se obtiene mediante la historia de los vocablos y la comparación de los idiomas; instrumentos que pocas veces pueden utilizar los euskarizantes y siempre en pequeña escala. Sirva de excusa á sus yerros.

(*) Historia de *Tristan é Iseult* publicada por Paulin Paris. (Vol. I de los *Manuscritos de la Biblioteca del Rey*).

ño»: *aniamani*, *animani*, *kaudan*, *burbuzz*, *burbiz*, *gurbiz*. Lacoizqueta supone que los dos primeros nombres son corrupción de *arri* «piedra» y *mami* «meollo, tuétano, médula, sustancia contenida dentro de otra cosa», y equivale á «sustancia que producen las piedras», aludiendo á la estación de esta especie, la cual vejeta en las hendiduras de las rocas.¹ La explicación es sumamente forzada. Mejor es confesar que ignoramos la razón de dicho vocablo y de sus sinónimos. En *burbiz*, *gurbiz* figura, al parecer, un elemento *iz-i*, componente de *iziar* «tamujo». «Helecho»: *garo*, *ñaztor*, *ireztor*, *iratzte*, *iria*, *iri*, *ira*. Lacoizqueta explica de dos maneras la palabra *ñaztor*: *orri* «hoja» é *ñautsi* «podar», ó sea «fronda ú hoja que se siega»; *orri* é *ñaurtu* «hacer cama para el ganado», ó sea «hoja que sirve de cama».² *Iratze* lo refiere Pott al antiguo céltico *ratis*. La aproximación, no obstante la alta competencia del gran lingüista alemán, me parece inexacta: la forma resultante hubiese sido *arratis*, *arratisa*, *arratitz*, *arratitza*, *erratis*, etc. «Espino, cambrón»: *elorri*. La «espiná» se llama *arantzte*, *arantz*, *lar*, que también significa «zarza». Los lugares donde hay plantas espinosas de cualquiera clase que sean, suelen denominarse *elorriaga*, *larraga*, *arantzadi*, etc. «Zarza, abrojo»: *sasi*, *sartzí*, *sasma*, *sapar*, *zapar*, *saparla*; *lartz*, *lapar*, *lar*, *nahar*, *nar*; *martzoka*, *martoch*. La sílaba final de *sartzí* sin duda es *zi* «punta, pincho». *Sasi* es contracción de *sartzí* y el primer componente de ambos vocablos es *sa-s* (*r*). ¿Tiene algo que ver con el sánscrito *sasa* «hierba, planta», de donde proviene *sasya* «trigo en hierba»? La alteración del sentido es muy violenta y aumenta las muchas probabilidades de la coincidencia fortuita. *Zapar* lo escribió Pouvreau *gapar*, palabra que se parece mucho al gascón *gabarra* «sitio plantado de aliagas», *gabarro* «aliaga», *gavar* (antiguo langüedociano) «zarza, maleza».³ Desde el punto de vista de la corrección otorgo la preferencia á la forma *saparla* (*zaparla*). El vocablo gascón es de origen euskaro, mediante la forma *gapar* de Pouvreau. El castellano «zarza» proviene del euskaro *zartzí*; así lo reconoce la Academia de la Lengua. En *lartz* dudo si el sonido sibilante es un sufijo abundancial ó un residuo de *zi*; *lapar* y *nahar* son la misma palabra: *l=ñ*;

(1) *Diccionario*, etc., 113.

(2) *Id*, id., 177.

(3) *Luchaire: Les origines linguistiques*, etc., 51.

$p=h$. Si la permutación de l en m la usase el baskuenze (de la cual no conozco todavía ningún ejemplo) diría que *lartz*, *lar* formaban parte de *martz-oka* y *mart-och*. «Matorral, maleza»: *berro*.

Arboles frutales.—Desde el mar Caspio á Portugal se extiende el «castaño» por los países montañosos, formando bosques que hermean el paisaje. Dicha especie vive, así mismo, en los montes de Edugh (Argelia) y hácia la frontera de Túnez. Los idiomas europeos coinciden en el nombre del árbol y del fruto; el baskuenze no difiere de ellos. El nombre euskaro *gaztaña*, *gaztaina*, *gaziña* procede del castellano, y no del latino *castanea*. Las etimologías europeas de aquellos nombres de los idiomas aludidos, no satisfacen. Pictet sube al persa *kashtah* «fruto seco», *chistah*, *chastu* «hueso de fruta». Toubin apela á una inverosímil composición sánscrito-latina: *kâsta* «parte, división» y *nux* «nuez». La extremada difusión del nombre por todos los idiomas de Europa (griego, latín, alemán, céltico y eslavo) es gravísimo obstáculo á la hipótesis de un origen euskaro. La etimología baskongada sería: *gazta-ño* «queso pequeño», ora por alusión al aspecto de su parte comestible, ora por su uso doméstico. La simple coincidencia, la homofonía fortuita es poco probable. Pero el préstamo efectuado por el baskuenze, ¿será efecto de la introducción moderna del castaño en el país, ó de la pérdida del nombre indígena? Acerca de la antigüedad del árbol entre nosotros, lo único que puedo decir es que al comenzar el siglo XIV dicho árbol era ya conocido, pero llevaba nombre románico; en unas cuentas del año 1300 aparece el siguiente nombre: *Johan de Gastaynnega*.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)





CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Hur, ur: «avellano, avellana». El avellano silvestre ó de monte se llama *hurritz, urritz*. Es indígena en la Europa templada, Asia media, Ponto, Persia del Norte, Kafiristan, Himalaya. Carece de nombre sánscrito. Los nombres europeos provienen, ámenudo, de la nuez; p. ej.: el francés *noisetier, (noisette)*. Entre dichos nombres del árbol y del fruto, el más antiguo parece ser el latino *corylus, corulus, cosulus*, el antiguo a'emán *hasala, hasul*, etc., y el céltico *coll*, de *cosl*.¹

Giltzaur, heltzaur, inzaurtze, intzaur, inchaur: «nogal, nuez». Este árbol es indígena al mediodía del Cáucaso, Armenia, montañas del norte y nordeste de la India, país de los Birmanes, Japón, montañas de Grecia y del Banat. Se han encontrado nueces en una capa de la época del hierro, únicamente, estación de Fontinellato (Parma).

(1) Pictet: *Les Origines* etc.: tomo 1.º, págs. 292-293

Los Romanos que cultivaron el nogal desde la época de los Reyes, le atribuían origen persa. El nombre sánscrito es *akschôda*, *akhoda*, *akhota*. Ni los nombres germánicos y célticos emparentados con el latino *nux*, ni el griego *karya*, ni el antiguo eslavo *orachu*, *oriechu* y sus congéneres, ni el persa *guz*, *gauz* con sus afines, entre los que figuran los semíticos,¹ están ligados por ningún vínculo á los nombres euskaros.

Sagar «manzana, manzano». En algunas partes al árbol le llaman *sagarrondo*. Exceptuando el extremo norte, se cría en estado salvaje por toda Europa, la Anatolia, mediodía del Cáucaso, provincia persa del Ghilan, norte de la India y de la China. Carece de nombre sánscrito. Probablemente sólo conocieron á este frutal los Aryas occidentales. La comparación de los idiomas europeos hace suponer que dichos Aryas poseían un nombre basado sobre *ab*, *af*, *av*, *ob*. El nombre basko presupone la existencia en Europa del manzano con anterioridad á las invasiones aryas. Los habitantes de los *terramares* de Parma y de los palafitos lombardos, suizos y saboyanos consumían mucha manzana. El manzano salvaje y cultivado es prehistórico en Europa.²

Irasagar, *hira*, «membrillo». Espontáneo en los bosques al norte de la Persia, cerca del mar Caspio, región del mediodía del Cáucaso y Anatolia. Se le supone antigua naturalización en la región oriental de Europa, y sobre todo en la sudoeste y en Argelia. Carece de nombre sánscrito y hebreo.³ Lacoizqueta explana la etimología de nombre euskaro. Descomponiéndolo en *ira* «ponzoña» y *sagarra* «manzana», por alusión á la acidez de su fruto.⁴ *Ira* es uno de los nombres del helecho. Cabe que por alguna razón, para mí ignorada, pueda figurar en el nombre basko del membrillo?

Udari, *madari*: «pera, peral». *Madari* en labortano significa además «cormal». Toda la Europa templada, el Asia occidental, particularmente la Anatolia, el mediodía del Cáucaso y la Persia septentrional conocen á ese árbol en estado salvaje. Carece de nombres sánscritos, hebreos y arameos. Entre los residuos de los lacustres de Suiza

(1) Candolle: *L'origine* etc., 342, 343 — Pic'et: *Les origines* etc.: 289-292.

(2) Candolle: *L'origine*, etc, 186-188.—Pictet: *Les origines* etc, tomo 1.º, 275-276.

(3) Candolle; *L'origine*, etc.: 188, 189.

(4) *Diccionario*, etc., 83.

é Italia aparecen muchas manzanas, pero pocas peras. Los nombres griegos del peral son *ochai*, *apíos*, *achras*; el latino, *pyrus* ó *pirus*. Están emparentados con éste el irlandés *péire*, *piorra*; el erse *peur*; el kymrico y armoricano *per*, *peren*; el anglo-sajón *pera*, *peru*; el antiguo alemán *pira*; el alemán *biru*. El ruso le llama *gruscha*; el bohemio, *hrusska*; el ilirico, *kruska*; el húngaro, *vatzkor*; el georgiano *pauta*.¹ Es evidente que los nombres baskos son absolutamente independientes de ellos.

Okaran, *okan*, *haran*, *aran* «ciruela, ciruelo». Designa tanto al *prunus doméstica* como al *insititia*. El *prunus doméstica*, lo conocen en estado salvaje la Anatolia, la región al mediodía del Cáucaso y la Persia septentrional. Su indigenato europeo es muy dudoso. No se le encuentra en los palafitos de Italia, Suiza y Saboya. *Prunus insititia* vive en estado salvaje en el mediodía de Europa, Cilicia, Armenia, mediodía del Cáucaso y provincia de Talysch hácia el Cáspio. Su espontaneidad es muy notoria en la Turquía Europea y región caucásica. Fué encontrado en los palafitos de Robenhausen. Los lacustres suizos comían los frutos del *prunus spinosa*.²

Al fruto de este arbusto los Baskos le llaman, con nombre compuesto, *basakaran*, *basaran*, *pasaran*, *pacharan*, *beltzaran*, *belcharan*, *sasiokaran*. Sus componentes son: *okaran*, *aran*; y *baso* «selva», por extensión «salvaje, silvestre», *sasi* «zarza», *belz* «negro» (suple «espino»). Mr. Luchaire sostiene que *aran* «ciruela» proviene, en último término, del latino *acer*. Aduce el hecho de que el nombre gascón de la ciruela salvaje es *aragn-oun*, cuyo radical *aragn* sin duda es igual á *agran* ó *agren*, que forma parte de los nombres occitanicos *agren-as*, *agran-as*, *agrun-ier* «endrino». ³ Pero es indiferente para el caso que el *aragn* gascón sea, ó no, idéntico, al *agran* ó *agren*, puesto que el nombre basko íntegro es *okaran*.

Natural es que los Baskos utilizasen antes los frutos del endrino (*prunus spinosa*), que no los de las otras dos especies cultivadas. Sin embargo, el nombre de los frutos de éstas es simple y el de los del endrino compuesto. La explicación es sencilla y conforme á otros he-

(1) Candolle: *L'origine. etc.* : 183, 184.—Pictet: *Les origines, etc.*, tomo 7.º, 277, 278.

(2) Id., id.: 169-171.

(3) *Les origines linguistiques de l'Aquitaine*: 45.

chos, de igual índole, conocidos, El nombre pasó de las endrinas á las ciruelas. Pero como las especies cultivadas adquirieron mayor importancia, acapararon el nombre y hubo necesidad de bautizar nuevamente á las endrinas con alguna nota que las diferenciase de las ciruelas.

Sabido es que el endrino, llamado en baskuenze *arantzabeltz*, *clorribeltz* «espino negro», es arbusto sumamente espinoso. Por esto es muy probable que exista íntima relación entre *aran* «ciruela» y *arantze*, *arantz* «espino». Pero si aceptamos el parentesco y dada la forma *okaran*, se ha de suponer que el vocablo *arantze* no ha llegado completo á nosotros.

El nombre sánscrito de la *premna spinosa* es *arani*, al cual suele referirse el irlandés *airne*, *airnidh*: erse *airncag*; kymrico *evrin*, *irin*; armoricano *irin*, nombres del endrino y sus frutos.¹ Ni los nombres célticos, ni ménos el sánscrito reclaman la paternidad del gascón *aragnoun*, hermano gemelo del castellano «arañón». A mi juicio procede fallar la filiación á favor del baskuenze, desestimando las pretensiones del latino *acer* patrocinadas por Mr. Luchaire.

Gerezi, *kerçisa* «cereza, cerezo». Mr. de Candolle opina que el *prunus cerasus* es árbol extraño á Europa; que fué conocido y se naturalizó al principio de la civilización griega, y algo más tarde en Italia, antes que Lúculo llevase á Roma un cerezo del Asia menor. El nombre árabe es *gárasiyah*. El griego *kerasos* designaba al *prunus avium*. Su etimología es dudosa. Del griego pasó al latín que dijo *cerasus* y se aplicó á la especie denominada *prunus cerasus*. De los Latinos pasó á los Celtas y Germanos. El nombre más próximo al baskengado es el armoricano *keres*.

Mr. Heer encontró cuescos del *prunus avium* en los palafitos de la Suiza occidental, sobre los depósitos antiguos de la edad de la piedra. Todos los hallazgos de este género provienen de estaciones posteriores á dicha edad y acaso no se estiran más allá de la época histórica. Puede suponerse, mientras no ocurran hallazgos más antiguos, que la naturalización del cerezo no es anterior á las emigraciones de los Aryas.²

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



(1) Pictet: *Les origines*, etc. tomo 1.º, 279, 280.

(2) Candolle: *L'origine* etc.: 163-168. Pictet: *Les Origines* etc t 1.º, 281-288.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Almendru: «almendra, almendro». Es espontáneo, ó casi espontáneo, en las partes calientes y secas de la región mediterránea. Es dudoso su indigenato en Sicilia y costa septentrional de África. Fuera de cultivo tampoco está naturalizado en España. Carece de nombre sánscrito. Los nombres hebreos son *Schaked*, *lux*, *lus*. El berberisco *taluzet* está tomado del árabe. Los Griegos le llamaron *amugdalos*; los Latinos *amygdalus*.¹ De estos proceden los nombres europeos, sin exceptuar al euskaro, cuya levisima alteración de forma proclama su reciente importación.

Pikotze «higuera»; *piko*, *fiko* «higuera, higo». Del latino *figus*. Actualmente la higuera es espontánea, ó casi espontánea, en una extensa zona que se extiende desde el Afghanistan, á través de la región del Mediterráneo, hasta las Canarias. De mediodía al norte esa zona

(1) Candolle: *L'Origine*, etc., 174-176.—Pictet. *Les Origines*, etc., tomo I, 288-289.

varía de 25 á 40-42° de latitud. Mas la habitación prehistórica parece ser la región media y meridional del Mediterráneo, desde la Siria hasta las citadas islas.

El nombre griego de la higuera cultivada es *sukai*, y el latino, *ficus*. El guanche llama *arahormaze*, *achormaze* á los higos verdes, *taharemenen*, *tehahunemen* á los secos. Con este último vocablo están relacionados el berberisco *tahart*, *tagrut* «higuera», *tabeksist* «higo fresco». Es imposible no recordar el nombre del higo en antiguo egipcio *teb*.¹

Olivo: «olivo». El olivo salvaje, *oleaster*, existe hoy al este y oeste de la Siria, desde el Punjab y Beluchistan hasta Portugal, la isla de Madera, las Canarias y Marruecos; y en la dirección de mediodía á norte, desde el Atlas hasta la Francia meridional, Crimea y el Cáucaso. Su patria prehistórica, probablemente, se extendía desde Siria hasta Grecia.

La Biblia contiene la primera mención del olivo en el episodio de la paloma del arca. El nombre hebreo es *sait*, *zeit*, de donde arrancan el árabe *zeitun*, *sjetun*, *zenbudje*, *zitun*, el turco y tártaro *seitun*. El nombre egipcio era *tat*; bajo la forma de *taz* ó *tas* es raíz de varios nombres berberiscos: *tazebbujt*, *tamahinet*, etc. El griego era *elaia*, de donde los Latinos sacaron su *olea*.²

Aceituno, *aceite*, vocablos vulgares del castellano, proceden del semítico, y los vocablos más entonados *olivo*, *oleo*, del latín. ¿A cuáles adorna mayor antigüedad? La Academia deriva *aceite* del árabe *azeit*. Pero se ha de recordar que los Fenicios, cuyo idioma era cananeo, muy próximo al hebreo, estuvieron en la Peñínsula muchos siglos antes que los Árabes, ocupando, precisamente, algunas regiones donde es más común decir *aceituno* que no *olivo*. El baskuenze *olio*, *orio* procede del latino *oleum*, directamente. En cambio, el nombre del árbol lo tomó al castellano. Fuera de cierta región de Nabarra los olivos no se cultivan en país euskaro.³

Los Celtas no usaban el aceite; les parecía desagradable.⁴

(1) Candolle: *L'Origine*, etc.: 235-238.

(2) Id., id.: 222-227.

(3) El Sr. Labayru, en su eruditísima é importante *Historia General del Señorío de Bizcaya* dice: «El olivo puede clasificarse de espontáneo en Bizcaya, aunque parezca una paradoja. So ha señalado á Bermeo como punto de ejemplar. Actualmente no se cultiva en el Señorío, y el que se ha cultivado tenía mal sabor, quizás por no hacerlo en condiciones». (Tomo I, pág. 477).

(4) Atheneo, reproduciendo á Possidonio el estóico: lib. IV.

Merchica, mutsika, musika, muisika; torasuna; tuacha: «melocotón, melocotonero». Los cuatro primeros nombres, del latino *persica*. El penúltimo sólo lo he visto citado por Lacoizqueta; la terminación es euskara; su primer elemento, no sé. El último vocablo es término local, según creo (Hazparren). Puede estar relacionado con *tu, thu* «saliva»; ¿alusión á la acuosidad de la fruta?

Mingrana «granada; granado». Sinónimo, según Larramendi, *pillaltun*, vocablo actualmente desconocido, por lo menos dentro del círculo, bastante extenso, de mis averiguaciones. El primer componente *pilla*, á todas luces, es latino: por tanto, el nombre es moderno.

Laranja, larandía, lihanja; lararana: «naranja, naranjo». A mi juicio, los tres primeros nombres son el castellano, «naranja», pronunciado euskaramente, no obstante el *lar* «zarza» y el *andi* «grande», que algunos etimologistas creen descubrir. El cuarto, por sus elementos formativos, sin disputa, es baskongado: *lar-aran-a*. Pero se me figura que es un simple calco de la palabra castellana, mediante la elección de vocablos euskaros que produjesen la similitud auditiva buscada. ¿Cómo, si no, hubiesen dado los Baskos á la naranja un nombre que conviene perfectamente á la endrina? El nombre castellano proviene del árabe.

Limoya: «limón, limonero». *Zidroa, zidroin, zidroñ* «cidro, toronjo». El castellano *limón* proviene del persa *leimon*, El euskaro *zidroin* del francés *citron*.

Plantas cultivadas.—La «espelta» carece de nombre en el sánscrito, persa, é idiomas indos modernos. Los nombres europeos son numerosos, acreditando la antigüedad de la cultura: *spelta, spelza* (antiguo alemán), *spelt* (anglo sajón), *dinkel, dinkil, dinchil* (alemán moderno), *orkisz* (polaco), *pobla* (ruso). En castellano se le llama también *escanda, escandia*, que Mr. de Candolle califica de «vocablo asturiano». Yo opino que *escandia*, ó como dicen en Navarra, *exkandia* (sin que nunca se diga espelta), es uno de los nombres euskaros de la planta, á pesar de la etimología latina que le adjudica la Academia, recurriendo á la voz *scandula*. Por lo menos ingresaría en el castellano á través del baskuenze. Larramendi llama á esa especie *garizuri, gaichuri*, «trigo blanco», Araquistain *xirauzi*. Los lacustres de Suiza é Italia no conocieron la espelta, aunque cultivaban formas próximas. Su origen probable se sitúa en la Europa oriental templada y parte vecina de Asia.¹

(1) Candolle: *L'Origine*, etc.: 291, 292.—Pictet: *Les Origines*, etc. tomo I: 348, 349.

Se supone que el «centeno» es originario de la región comprendida entre los Alpes austriacos y el mar Caspio. Esta especie no se ha encontrado en los monumentos egipcios, ni aun en las estaciones lacustres del bronce. Prospera mejor en los países septentrionales que en los meridionales. Las lenguas semíticas, sin exceptuar las modernas, carecen de nombre para designarla, y lo propio sucede al sánscrito é idiomas indos derivados de él. Su nombre griego, relativamente moderno, pues los Griegos antiguos no conocieron ese cereal, es *bri-za*. El nombre principal pertenece á los pueblos del norte de Europa: *ryge*, *rig* (anglo sajón), *rågr* (escandinavo), *roggo* (antiguo alemán), *ruji* (antiguo eslavo), *rez* (polaco), *rasc* (ilirico), *ruggys* (lituanies'), *rudzi* (lético). Es sumamente probable que dicho nombre provenga de época anterior á la separación de los Germanos y los Eslavos. El nombre tártaro es *aresch*, el oseta *sil*, *syl*. Según Plinio, el que usaban los Taurinii era *asia*. Recuérdese el euskaro *azi* «semilla». Dicho pueblo hablaba un idioma céltico mezclado de ligur. Pictet compara *asia* al antiguo irlandés *es* «alimento», y refiere ambos á la raíz sanskrita común *aç* «edere». Existe otro grupo de nombres europeos: *secale* (latín), *segal* (bretón) *zekhale*, *zekale*, *zehele*, *zekel*, *zikirio* (basquenze). Existe la cuestión de si los Latinos tomaron el vocablo á los Galos ó Iberos, ó al contrario:¹ problema de difícil solución, sobre todo aisladamente considerado. Pudiera formar parte del nombre la palabra euskara *ale* «grano, semilla». El dialecto roncalés ha conservado otro nombre que no es sospechoso de aryanismo: *hanaia*.

Es probable que los Iberos y Ligures cultivasen la «berza» antes de la venida de los Aryas, dice Mr. de Candolle. Las variedades innumerables de esta especie se han formado en Europa, y su origen, probablemente, es europeo también. Los nombres vulgares europeos son numerosos; escasos y modernos los asiáticos.

ARTURO CAMPIÓN.

(*Se continuará*)



(1) Candolle: *L'Origine*, etc, 297-299.—Pictet: *Les Origines*, etc., tomo I. 334-347.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Los nombres europeos forman cinco grupos: *a*), nombres célticos y eslavos con la raíz *kap*, *kab*; *b*), nombres latinos, germánicos y célticos con la raíz *caul*, *khól*; *c*), el nombre latino *brassica*, de origen céltico, emparentado con el kymrico *bresych*, el irlandés *braisech*, etc., de donde procede el castellano «berza»; *d*), el griego *krambe*, *koramble*; *e*), el euskaro *aza*! Mr. de Candolle afirma que éste nombre difiere poco del grupo tercero, ó *c*. Realmente, algún elemento común se observa entre *br-assi-ca*, por ejemplo, y *aza*, pero la aféresis y la apócope sufridas no se explican satisfactoriamente. De *brassica* lo natural es que surgiera *parasika*, *barasika*, *barasiga*, ó *aparasica*, *abarasica*, etc., pero de ninguna manera *aza*. Tampoco se obtiene mejor resultado haciendo intervenir á los vocablos célticos. La fisonomía de *aza* es francamente euskara; para incluirla en el acervo

(1) Candolle: *L'Origine*, etc., 66, 68.—Pictot: *Les Origines*, etc., tomo I, 379-381.

aryo, habría que apelar á una derivación directa del sánskrito *ac* sumamente improbable á priori, é injustificable en el terreno de los hechos lingüísticos.

La cultura del «haba» es prehistórica en Europa, Egipto y Arabia. Los lacustres suizos é italianos de la época del bronce cultivaban una variedad de la *faba vulgaris*, cuyo grano era pequeño. La misma variedad se encuentra en los yacimientos neolíticos de Aggtelek (Hungría). Su habitación espontánea acaso fué doble: el mediodía del mar Cáspio y el África septentrional. Fué traída á Europa probablemente por los Aryas occidentales, cuando las primeras inmigraciones de los Pelasgos, Celtas y Eslavos. Su nombre griego antiguo es *kuamos*; el latino *faba*, emparentado con el prusiano antiguo *babo*, el eslabo antiguo *bobu*, el armoricano *fao*, *fav*, el kymrico *fa*. La referencia sánskrita es *bhag* «comer», ó *bhang*, *bhag* «romper, dividir». El euskaro común *baba* proviene directamente del latino *faba*. En algunas regiones le llaman *ekosari*, de *egosi* «cocer».

La «arveja» ó «guisante» se ha encontrado en las habitaciones lacustres suizas y saboyanas de la época del bronce, y aun en las estaciones de la edad de la piedra en Moosseedorf. No la cultivaron los Egipcios ni los Hebreos. Su nombre griego es *pisos*, *pson*; el albanés *pizelle*, el latino *pisum*; el irlandés *piseán*, *pesair*; el kymrico *py-sen*; el armoricano *piz*.² El nombre euskaro es *illar*, *ilhar*, *irar*, *idar*, *igar*, aplicado á la alubia en algunas localidades. La adjudicación de los nombres de una especie á otra, es fenómeno registrado por todos los idiomas.

En Goyerri (región alta de Gipuzkoa), según comunicación que tuvo la bondad de dirigirme mi ilustrado amigo D. Juan Carlos de Guerra, á los guisantes y á la arveja que sirven de pienso al ganado, se les llama *idar*, *chidar* (¿sinónima ó respectivamente?), variantes que nos conducen á una forma *chillar*, *chilhar*. Ignoro si dicha arveja de Goyerri es el *pisum arvense* ó el *ervum ervilia* de Lineo.³

La «muela» ó «almorta» (*lathyrus sativus*) se llama *illarlatz* «arveja áspera», literalmente, y en tierra de Pamplona *aiskol*, *aizkol*,

(1) Candolle: *L'Origine*, etc.: 263-267.—Pictet: *Les Origines*, etc., tomo I, 353-359

(2) Id. id.: 262-264.—Id. id., tomo I, 359, 362.

(3) Según el Diccionario de la Academia el nombre de la arveja designa á una especie distinta del guisante. Aquí en Navarra, y supongo que en otras regiones de España, ambas voces son sinónimas, y tanto se dice «comeremos guisantes» como «comeremos arvejas».

que Lacoizqueta supone de origen árabe. La fisonomía, no obstante, es francamente euskara.

La «beza» ó «alberja». En baskuenze pamplonés *zalki*. Es planta espontánea en toda Europa, excepto la Sajonia. No se le conoce nombre sánscrito. El latino *vicia* procede de *vik*, palabra existente en albanés, reputado por representante del idioma de los antiquísimos Pelasygos. También conocen dicha palabra, con ligeras variantes, los pueblos de lengua eslava, sueca y germánica.¹

La palabra «garbanzo», según el P. Larramendi, proviene del baskuence: *garau* «grano» y *antzu* «seco, enjuto». Esta etimología que tiene á su favor la insigne autoridad de Federico Diez me parece mucho más verosímil y probable que la acogida por el Diccionario de la Academia, el cual se va á buscar el griego *erebinthos*. La forma de transición cree hallarla el Sr. Colmeiro en el portugués *ervanzo*. Otro nombre euskaro de la especie es *chichirio*. De este no hay duda que proviene del latino *cicer*.

Reina alguna probabilidad de que el garbanzo fuese indígena en la Europa meridional. Concurren razones para suponer que su habitación estuvo situada en los países del mediodía del Cáucaso y norte de Persia. Si la planta no fué indígena en Europa, su introducción podrá achacarse á los Pelasgos y Helenos. No ha sido hallada en los palafitos de Suiza, Saboya é Italia. La crudeza del clima justifica la falta en las dos primeras regiones.²

El «arroz», *arroza* en baskuenze, fué traído á España por los Árabes. Del sánscrito *arunya* se derivan el *oruzá*, *oruzón* de los antiguos Griegos, y el *ruz*, *arus* árabe, origen, á su vez, del castellano. La habitación de la planta se adjudica á la India, y con menos seguridad, á la China meridional. La antigüedad de su cultura se remonta á más de cuatro mil años.

Arbi, *harbi*: «nabo». Lacoizqueta explica la etimología de esta palabra por *ar* «gusano» y *bihi* «grano», haciendo notar que algunas orugas se parecen mucho á la nabina.³ Mr. de Charencey propone una etimología latina: *arbi* de *rapes*.⁴ Afirmación inadmisibile. *Rapes* hubiese producido *arrapeiz*, *errapeiz*. El nombre de lugar *Arbeiza*,

(1) Candolle: *L'Origine*, etc., 86, 87.

(2) Id., id., 258-260.

(3) *Diccionario*, etc., 52.

(4) *Recherches*, etc., 23.

donde pudiera sospecharse la presencia de un *arbeiz*, forma de transición entre *rapes* y *arbi*, encierra muy diversos componentes. Con *arbi* tenemos el pueblo de la Barranta *Arbizu*.

Todos los *brassica* son originarios de Europa y Siberia. Lineo señala el *brassica napus* como planta espontánea en Suecia (Gotland), Holanda, Inglaterra; el *brassica campestris*, tipo del *brassica rapa*, crece espontáneamente en la península escandinava, Finlandia, Dinamarca, Rusia, Siberia y orillas del Báltico. Los *brassica* de raíces carnosas son oriundos de la Europa templada. Esta planta carece de nombre sánscrito. He aquí varios nombres del *br. rapa*: *meipen*, *erfinen* (galés), *repa*, *rippa* (eslavo), *neipa* (anglo sajón), *rapa* (latín) *subjumi* (árabe). El *br. napus* se llama en galés *bresych*, *bresyr*, *bresyd*; en irlandés *braisseagh*, *buig*; en polaco *karpiele*; en lituanés *jellazoji*; en árabe *selgam*.¹

La única región del globo donde se ha encontrado el «ajo» en estado salvaje, es el desierto de los kirghises de Soongaria (sudoeste de la Siberia). Su nombre sánscrito es *mahushuda*, en bengalí *loshum*. En griego se llama *skorodon*, *skordon*; en latín *allium*; en irlandés *bugha*, *tirpin*; en bretón *quinen*; en galés *craf*, *cenhinen*, *gartleg*; en ilirico *bili*, *cesan*, etc., etc.; en hebreo, *schum*, *schumin*, de donde proviene el *thum* ó *tum* de los árabes.²

Los nombres euskaros son: *baratzuri*, *baachuri*, *barakhatz*, *barakatz*, *berakatz*, compuestos, todos ellos, de *baratz*, *baratz* «huerta». El segundo componente es *zuri*, *churi* «blanco», ó *azi* (*khatz-i*, *katz-i*) «simiente, semilla». Mr. de Charencey no se atreve á atribuirle resueltamente etimología arya, pero se inclina á ella, aduciendo el persa *bárnis* «bellota», el kurdo *berru* del sánscrito *bhr* «sustentare, nutrire», de donde provienen el persa *bâr* «alimento» y el breton *bara* «pan».³ Mr. de Candolle otorga crédito á esa vanísima hipótesis y entiende aumentar su fuerza citando el nombre berberisco *tiskert*; y vista la diferencia entre éste y los nombres euskaros deduce que «al parecer, habrían recibido los Iberos la planta y su nombre de los Aryas, mejor que de sus antepasados probables del norte de África».

La «zanahoria» en baskuenze *zanaori* es planta europea, y acaso también del Asia templada. La antigüedad de su cultivo excede á dos

(1) Candolle: *L'Origine*, etc., 28-31.

(2) Candolle: *L'Origine*, etc., 50-52. Pictot: *Les Origines*, etc., 368-474.

(3) *Recherches*, etc.: 23.

mil años. En sánscrito su nombre es *pitakanda*, que quiere decir «raíz amarilla», y en persa *zardak*, de *zard* «amarillo». Hay otros nombres aryoos orientales. El francés *carrotte* proviene del latino *carota*, en griego *karoton*: palabras de origen aryo. El castellano *azanoria*, *zanahoria* lo deriva la Academia del árabe *içfeneria*. Larra mendí explica el segundo de dichos nombres, idéntico al euskaro, por *zañ* «raíz, vena» y *ori*, *hori* «amarillo» etimología idéntica á la sánscrita que él no conocía. La aféresis de la *a* es frecuente, y no hay motivo para negar que *zañ* haya sido *azañ*. De todas maneras, la etimología euskara es tanto ó más llana y plausible que la arábica.

La «cebolla» es una de las especies cuyo cultivo es más antiguo. Su habitación primitiva es desconocida, pero se supone, con algún fundamento, que era muy extensa en el Asia occidental, ensanchándose tal vez, desde la Palestina á la India. Su nombre euskaro único es *tipula*, *thipula*, cuya íntima conexión con el latino *capulla* es, de suyo, evidente. *Capulla* viene de *cepa*, *cæpa*, albanés *kjepe*. En sánscrito no existe ningún nombre semejante, pero se encuentra la palabra *çapha*, *çiphâ* con el sentido de raíz fibrosa.¹

El nombre del «puerro» *porru*, es, también latino, tomado directamente de *porrum*.

Urraza «lechuga». Carece de nombre sánscrito, aryoano y hebreo. El nombre persa é indostánico es *kahu*; el árabe *chuss* ó *chass*; el griego *tridax*; el latino, que se ha ramificado por varios idiomas germánicos y eslavos, *lactuca*. La cultura de esta legumbre parece haberse propagado desde el mediodía al norte de Europa.² Su conocimiento por los Baskos es posterior al de la berza, puesto que el nombre de ésta, *aza*, figura en el de aquella. *Ur* ¿será «agua»? *urraza* ¿«berza del agua»?

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)

(1) Pictot: *Les Origines*, etc.,: 372.

(2) Candolle: *L'Origine*, etc.,: 75, 76.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

El «melón» constituye una especie que comprende muchas variedades. Los sitios de origen de sus diversas formas son la India, el Beluchistan y Guinea. Es posible que la cultura de algunas de sus variedades comenzase en la India y en África. Su introducción en los países greco-romanos data, probablemente, del principio de la era cristiana. No se le conoce ningún nombre sánscrito. El tamul *molan* se parece al nombre latino *melo*.¹ Este vocablo puede explicarse por la raíz *mel* «dulzura, suavidad», que figura en varios nombres de los idiomas aryanos. Los diversos nombres euskaros *meloï*, *moloï*, *molo-ka* son latinos por su origen.

La «sandía» ó melón de agua es indígena en el África intertropical. Su nombre hebreo es *abbatichim*, de donde proviene el árabe *battich*, *batteca*, origen del francés *pasteque*. El nombre berberisco es *tadellaât*.²

(1) Candolle: *L'Origine*, etc., 205-208.

(2) Id., id., 209-210.

El castellano *sandia*, *zandía* tiene aspecto euskaro muy pronunciado. La academia acude al árabe *cindia*. Pero *cindia* ¿es árabe realmente? El nombre sardo es *cindria*. La verdad es que *zandía*, *sandía* está aislado y pudiera ser de origen basko, ó de origen ibérico. Violenta resultará la etimología; pero en fin, conviene, por lo menos, tener presente, que en labortano y bajo-nabarro *zi* significa «bellota (de roble)».

El nombre euskaro usado, aunque poco, es *angurri*. Lacoizqueta lo descompone en *andeza* «edema, tumor acuoso» y *gorri* «colorado». La etimología, por lo que mira al primer componente, sobre todo, es simplemente posible, pero no segura, ni mucho menos. No cabe, por otra parte, prescindir de su notorio parecido con el nombre italiano *anguria*, que tan curiosas referencias sánscritas sugiere á Pictet: *anguri*, *anguli*, *angula* «dedo; pene».¹

La «calabaza vinatera» es de origen indio y abisinio. Los autores griegos no la mencionan, pero sí los romanos de principios del imperio. El conocimiento que de ella tuvieron los Árabes no fué temprano. Una de sus variedades lleva el nombre sánscrito de *kutu-tumbi*.² De todos sus nombres arjos el más interesante para nosotros, por su relación con los euskaros, es el latino *cucurbita*, que algunos suponen ser reduplicación de *curvus*. Pero Pictet vacila ante las formas persas *kurbuz*, *charbuz*, que, al parecer, responden al tema simple *curbita*.³

Los nombres euskaros son: *kuya*, *kuhia*, *kubiya*, *korkoita*, *kurkubita*; *kurkubiya*. Es *korkoita* contracción de *kurkubita*, euskarismo flagrante del latino *cucurbita*. En cuanto á *kurkubiya*, de quien son contracciones las formas restantes, Larramendi la explica por *kurku*, *korkoi* «joroba» y *bi* «dos». No obstante la explicación que en contra del autor del Diccionario Trilingüe *curvus* y *corcova* sugieren plausiblemente, y de que *korkoi*, sin género de duda, proviene de *corcova*, no deja de ser probable que el primer elemento de *kurkubiya* sea genuinamente euskaro. Tenemos *konkor*, *kunkur*, *zunhur* «jorobado» y en toponimia «alto, eminente» que se enlaza con *goi*, *koi* «alto», *gañ*, *kañ* «encima», y otra porción de palabras cuyas alteraciones eufónicas y de sentido no ofrecen dificultades.

(1) *Les Origines*, etc. tomo I: 385.

(2) Candolle: *L'Origine*, etc.: 195-199.

(3) Pictet: *Les Origines* etc; tomo I. 283-284.

La «fresa» es espontánea en Europa, desde las islas Shetland y Laponia hasta las regiones montañosas del mediodía. También se cría en Asia, desde la Siria septentrional y Armenia hasta Dauria. Los Griegos y los Romanos no cultivaron el fresal. Su cultura data del siglo XV ó XVI, probablemente.¹ Los nombres euskaros de la fresa serrana (y de la de huerta ó jardín, á la cual no le conozco ninguno exclusivamente suyo) son numerosos, y varios se derivan de un mismo radical: *marrubi*, *mariguri*, *marabio*, *margu*, *magauri*, *marauri*, *mahuri*, *malluki*, *mallugi*, *mallubi*, *metra*; *arraga*, *arrega*, *arriba*. A los ojos de Mr. de Charencey, *mallugidia*, *marrubidia*—que él traduce por «frambueso», en vez de por «fresal»,—procede del latino *morus*, cuyo significado, por él omitido, es el de «morera», árbol.²

La alteración fonética corre parejas con la significativa. Pensar que los Baskos de la montaña tomaron el nombre latino de un árbol que sólo excepcionalmente se cría en las llanuras de Navarra cercanas al Ebro, para designar á una planta silvestre que de continuo veían, es inadmisibile. La morera en baskuenze lleva el mismo nombre que la «zarza-mora», única que se cría en la región donde hoy se habla el baskuenze. Los nombres de una y otra son: *marzusta*, *masusta*, *martusa*, *martusera*, etc., etc. Mr. Van Eys supone que la terminación *rubi* de *marrubi* es el castellano *rubio*. (!!) En cuanto á *mar*, sin duda es el castellano «mora» y *mariguri* alteración de *marigorri*, viniendo todo ello á significar «mora encarnada».³ Bien es verdad que enseguida reconoce la imposibilidad de concordar el bizkaino *malluki* con las otras formas dialectales. Si la hipótesis de Van Eys fuese exacta, habríamos de admitir la pérdida del nombre indígena, porque los Baskos no habrían aguardado á enterarse de que existían fresas en sus montañas hasta que el castellano formase la palabra *mora*.

De la comparación de las diversas formas citadas deduzco que el tema es *malg*, *marg*, y mirando al segundo componente supongo que las formas más primitivas son *malluki* y *mallugi*. Después vinieron las formas con *r* y *b*: *marrubi*, *marabio*, *magauri*, *mariguri*; éste se contrajo en *maguri* y *mahuri*. *Mall-g*, *mar-g* (dejando apar-

(1) Candolle: *L'Origine*, etc., 161-163.

(2) *Recherches*, etc.: 26.

(3) *Diccionario*, etc., 266-267.

te la difícil cuestión sobre la prioridad de la *r* ó de la *l* en baskuenze, y por consiguiente sobre la respectiva antigüedad de ambas formas), difícilmente se pueden explicar por el *morus* de Charencey y el *mora* de Van Eys.

En castellano hay un nombre de planta que se dice *marrubio*, cuya filiación del latino *marrubium* es directa, así como la del francés *marrube* y el italiano *marrobio*. Ni la especie que se cría en los parajes secos, ni la de los pantanos y orillas de los arroyos, presentan caracteres físicos por los cuales se haya podido aplicar su nombre á la fresa. Por tanto, opino que el sorprendente parecido de *marrubi* y *marrubium* es fortuito. Salvo el caso de la existencia de un antiguo elemento aryo *mar* que haya designado á especies más parecidas á la fresa, y siempre que se repudiara mi fundada suposición de que el tema basko es *malg* ó *marg*. El origen de *marrubium* está por averiguar.

El segundo componente de dichos nombres euskaros es *uki*, *ugi*, *ubi*, *abi-o*. Yo lo refiero al alto-nabarro septentrional *oku* que quiere decir «racimo», sinónimo del comun *mardo*, *mordo*.¹ El *Suplemento* de Araquistain á Larramendi menciona las palabras *matsakio*, *matsokio* «racimo de uvas», que nos suministran otra forma más íntegra de la palabra: *okuo*=*okio*. De suerte que *mall-uki* equivale á «racimo ó fruto de la planta llamada *mall-g*». Conocida es la semejanza del fruto de la fresa con el de la zarza-mora; por eso es tan íntima la conexión entre los nombres de la fresa *marr-ubi* etc. con los de la mora *marz-usta* etc., (*uzta* es «cosecha»).

Guri, *huri* significa «blando, suave» y por extensión «sabroso». Es calificativo que cuadra perfectamente á la fresa.

Arraga, *arrega*, *arriba* provienen, sin género de duda, del latino *fraga*. Por repugnancia á la *f* se la eliminó y hubo de utilizarse la *a* prostética. No me sorprendería que este nombre se hubiese dado primeramente á la fresa de jardín.

El «cáñamo» crece espontáneamente en el mediodía del mar Caspio, en Siberia, cerca del Irtysh, en el desierto de los Kirghizes, más allá del lago Baical, en Dauria. Es menos segura su habitación en la Rusia meridional y media y al mediodía del Cáucaso.

Los libros chinos más antiguos mencionan el cáñamo; los hebreos,

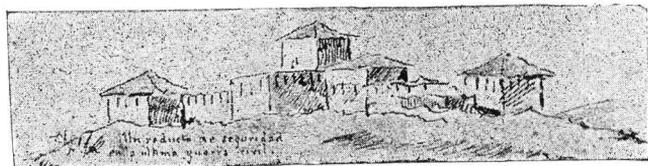
(1) Lacoizqueta: *Diccionario* etc.: 34.

no. El vendaje de las momias de los antiguos Egipcios no está fabricado con él, ni se le encuentra en los palafitos de Suiza y norte de Italia. Los Escitas, según Herodoto, lo empleaban como materia textil, pero los Griegos de la época del historiador apenas lo conocían. El rey de Siracusa Hieron II compraba el cáñamo de sus cuerdas para navíos en la Galia. Lucilio es el primer escritor romano que habló de dicha planta (100 años antes de C.).

Son nombres sánscritos suyos *bangá* y *gangika*. Su raíz *ang* ó *an* se encuentra en los idiomas aryanos y semíticos modernos: *bang* (indo, persa), *ganga* (bengalí), *hanf* (alemán), *hemp* (inglés), *kanas* (céltico y bajo-bretón), *cannabis* (griego y latín), *cannab* (árabe).¹ El nombre euskaro es *kalamu*, *kalama*; indudablemente del latino *calamus* «caña». Salvo el caso de haberse perdido el nombre indígena (accidente con que ha de contarse siempre), este neologismo indica que los Baskos conocieron tarde la planta de que hablamos.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



Un reducto de seguridad en la última guerra civil

(1) Candolle: *L'Origine*, etc.: 117-139.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO VIII

SUMARIO.—Nombres principales de la civilización primitiva (continuación). Los elementos; la geografía física. La tierra, *bur*, lo seco *leor* etc.; semejanzas célticas. El viento, *aixe*, palabra indígena; términos aliongenas que designan al huracán. El fuego, *su*. El agua, *ur*; reflexiones acerca de la forma primitiva de esta palabra. Origen latino de *erreka* y euskaro de *chirripa*, arroyo. Nombres del valle; etimología de *ibar*; semejanza céltica de *aran*. Palabras que indican la idea de llanura: explicación de *naba*; particularidades dialectales acerca de la significación de *xelai*, *soro* y *landa*. *Mendi* y *montem*, monte. El nombre del mar *itsaso*, *ichaso* y la raíz sánscrita *is*.—Astronomía. Los nombres del sol; etimologías de Astarlea, Darrigol y Bonaparte; nueva etimología. Los nombres de la aurora; su análisis. La estrella *ixar* y otros astros. El cielo estrellado; análisis de *orxaizki* y *zohardi*. El nombre popular de la osa mayor, *ithohoinak* y la leyenda del robo de los bueyes. El nombre primitivo del cielo *ox*, *orx*, y el de la nube en bajo-nabarro; otros nombres de la nube. Nombres de la noche; *xaro* y la división primitiva del tiempo: *gau* y el sufijo privativo *gabe*, etc.: *arrats*. La orientación entre los pueblos primitivos. El norte, *ipar* etc.; el nombre del viento sur *ego* y el del sur, *hegoalde*; el levante *sortalde* y el poniente *sartalde*; el nordeste *okill*, *eskol*; nomenclatura de Pedro de Urte y del *Suplemento* á Larraamendi. La hipótesis de Michelet relativa á *atxe* espalda, detrás; extranjero; opiniones del Sr. Costa acerca de la composición del nombre *Æstrymnis*.—Cronología. Las subdivisiones del día y de la noche; etimología de *goiz* mañana; la tarde y el anocheecer; el instante, el momento; etimologías de *ergai* y *erixpi*. Expresión de la idea metafísica del tiempo. Los vocablos *ordu* y *oren*. El mes y el año lunares. Nombres euskaros de los meses; su clasificación y etimología. Subdivisiones naturales del mes lunar. La semana; pueblos que prime-

ramente la establecieron. Su nombre entre los Baskos y en los pueblos de idiomas aryanos. Análisis de la palabra *aste*. Nombres euskaros de los días de la semana y su clasificación. Los nombres con *aste* y la semana de tres días; objeciones. Significación de *aste* y sus compuestos, confirmada por la etimología de *len*. Nueva hipótesis fundada sobre el salacenco *ilaski* «luna». La semana y los nombres de las fases lunares según Astarloa. Opiniones de Mr. Darrigol. Cuestiones interesantes relativas al nombre del jueves *ostegun*, *orxegun* y del viernes *ostirala*, *orxirala*. Hipótesis de la identidad de *orx* y *ost*; hipótesis de la diferencia de dichos componentes. El final *irala* ó *rala*. Crítica de la etimología de *egubena*, *eguená*. *Barilá* viernes, de *barur* ayuno. Obscuridad, de *larunbata* y *egubakoitz*. Etimologías de *irakoitz*, *neskanegun*, sábado, *igandía*, domingo, *astegun*, día de labor, *jayegun*, festividad, y *jayarín* media fiesta.—Los colores. Sus nombres euskaros; cuáles fueron creados por los metalurgistas. *Gorri* «rojo» y la desnudez de la piel. Etimología de *beilegi* «amarillo». Etimología de *urdin* «azul». El alienígena *ferde* y el castizo *exe*.—La labranza. Los nombres del labrador. La raíz arya *ar*, *or*, *ur* en los nombres de la heredad, campo, etc. Examen etimológico de *erein* «sembrar» y etimología de *erur* «nieve». Nombres de otras labores agrícolas. La guadaña y el dental.—Elaboración de las telas. La palabra «hilar», *irun*; los nombres de la rueca; etimología de *murkilla*; el huso; la cuerda. El euskaro *eo* «tejer» y el latino *neo*. El telar, *euntegi*. Etimología de *iraxkai* «trama». La aguja de coser.—La casa; la habitación. El nombre de la pared y el del hielo; *orna*. Consideraciones acerca del *murus* latino y del *murru* euskaro. El tejado; su nombre castizo. La ventana; el cuarto ó sala; la cocina.—Muebles y utensilios domésticos. La cama y la sábana. Etimología de *alki* «banco»; la silla; la mesa, coincidencia aryo-euskara, reconstitución de su forma primitiva; la cesta.—Vocablos relacionados con la guerra. Etimologías de *aomen* etc., «gloria», *ospa*, etc. ronombre y *etsai* «enemigo».—Ideas psicológicas y morales.—El tema *ik* y la raíz sánkrita *ih*. La voluntad y el querer. Posibilidad de una conexión entre *opa* «deseo» y la raíz arya *áp*. La opinión, creencia, etc.; *gogo* y sus diversas acepciones; la locución francesa *á gogo*; dictámenes acerca de su origen y solución más probable. La memoria; etimologías de *oroitz* y *oroitzayen*. El bien y el mal; origen de *on* y de *gaitx*; explicación de *char*. Lo hermoso y lo feo.—Mitología y supersticiones. Los kiklopes en la literatura oral euskara; el *Baso-jain* y el *Tórtaro*. El *hehensuge* ó *leherensuge* y la tempestad y la fauna pirinéica; análisis de dicho vocablo. Las lamias. La brujería. Indicaciones acerca del estado religioso de los Baskos desde la era cristiana; las dos mitologías.

Los elementos; la geografía física.—El nombre baskongado de la tierra, es decir, del suelo que pisamos, donde se construye y cultiva, es *luur*, *lur*. Existen semejanzas célticas: *lar* (irlandés), *lair* (er-se), *ler* (córnico), *llawr* (welse), de idéntico significado. *Duar* (bajo-bretón) «tierra, terreno». El nombre de lo «seco y árido» *leor*, *lior*, *leihor*, *legor* con que los dialectos franceses expresan, además, la idea de «tierra firme» en contraposición al mar, aumenta la intensidad del parecido que algunos de esos vocablos célticos ostentan.

Aize, *haize*, *wiche* «viento»; derivado, no del greco-latino *aer*, como dirían los predisuestos á reducir el número de las palabras euskaras indígenas, sino de *ats*, *hats* «aliento, soplo, respiración», tallo de muchos nombres secundarios. El viento, cuando llega á huracan, lleva nombres alienígenas, lanzados á la circulación, sin duda, por el vocabulario marineró: *hurakana*, *bendabala*, *bendabalaitze*. Según la Academia, «galerna» *halerna*, procede del bretón *gwalern*. No me sorprendería que hubiese pasado al castellano á través del bas-

kuenze. Larramendi cita *sartaiza*: de *aize* y *sartu* «entrar». Es palabra hechiza, que quisiera significar «viento del poniente».

Su «fuego». Probablemente emparentado con *zur* «madera». Aquí afluye una curiosa concordancia arya. Varios nombres del «pino» están sacados de su combustibilidad: *sosna* (antiguo eslavo) «abeto», *sosni* (id.), *sosna*, (ruso) «pino». Estos nombres sugieren el recuerdo del persa *sozidan*, *sochtan* «arder», *soz* «inflamación», *sózân* «ardiente». Por cierto que la palabra oseta *sugin* «arder» (fortuitamente idéntica á la euskara *su-egin* «hacer fuego, encender»), guarda con el nombre oseta de la madera *sug*, una relación que acredita á la que yo creo sorprender entre *su* y *zur*.

La importancia del vocablo *ur* «agua», me anima á ampliar,—puesto que estoy examinando los nombres euskaros de los cuatro elementos,—las ligerísimas observaciones que tocante á dicha palabra estampé en el capítulo IV.

La forma *uur* nunca la he oído pronunciar y su empleo en la literatura escrita es rarísima. ¿Qué significa esa aliteración? ¿supervivencia de una forma arcaica? ¿vicio de pronunciación local? Dada la imposibilidad de resolver hoy esta duda, es inútil insistir sobre la hipótesis que indiqué en el capítulo IV. Atengámonos, ahora, á la forma corriente de *ur*, la cual plantea cuatro problemas:

- a) La palabra *ur* ¿es forma reducida por la apócope?
- b) La *r*, hoy final, ¿suena siempre suave?
- c) La *r*, hoy final, ¿es primitiva ó permutación de otras consonantes?
- d) La vocal de *ur* ¿permanece siempre invariable?

Existen algunas palabras, al parecer formadas con *ur*, las cuales terminan en vocal: p. ej.: *iturri* «fuente», *curi* «lluvia». La expresión de la idea de fuente y lluvia corre, sin duda á cargo de *it* y *e*, elementos prefijados, pues si correspondiese á *i* no se diferenciarían etimológicamente entre sí ambas palabras. Por tanto hay probabilidades de que la *i*, ú otra vocal, sea orgánica.

Hoy la *r* de *ur* suena suavemente cuando se le aglutinan el artículo y los sufijos comenzados por vocal: *ura* «el agua», *uretan* «en las aguas». Pero hay indicios de que ese hecho lingüístico no es absolutamente invariable. Si *elur* «nieve», que da origen á *elurra* y *elurretan* es, como parece lógico, compuesto de *ur*, dicho se está que la *r* suena fuerte en algunos casos. El nombre topónimo nabarro *Urroz*

se considera compuesto de *ur*. Por lo menos, no se le asigna etimología más plausible. La primera mención que de *Urroz*, aldea del valle de Lerín, conozco, la encontré en una cuenta del año 1265: el nombre aparece escrito *Urrotz*. La segunda es del año 1291, y dice *Urraotz*. Si esta segunda transcripción nos hubiese transmitido una forma más íntegra del nombre, como quiera que la *a* no puede ser el artículo, porque detrás viene el adjetivo (*otz* «frío»), habríamos encontrado la prueba de que *ur*—supuesta la hipótesis de haber dado nombre á *Urroz*,—además de poseer la *r* fuerte, terminaba en vocal.

La *r* de *ur* en algunas palabras compuestas suena *g*. He aquí varios ejemplos que lo demuestran cumplidamente: *ug-atu* «ánade silvestre», *ug-arrantz* «trullo»; *uga-petu* «zambullirse»; *uga-pea* «debajo del agua»; *ug-abere* «nutria»; *uka-tz* «aguazal, pantano»; *uga-ch* (roncalés) *uha-itx* (bajo-nabarro), *ug-alde* (baztanés) «rio»; *uga-intz* «riego», etc., etc. Hasta tal punto se halla viva en la conciencia de la lengua la equivalencia de las formas *ur* y *ug*, que la segunda aparece en las palabras sabias: *ugarotari* «navegante», *ugasari* «flete», *ugemar* «sirena», etc., etc.¹

Comprobada la existencia de la doble forma *ug*, *ur*, «agua», nace el deseo de averiguar cuál es la original ó primitiva; es decir, si la permutación se verificó de la *g* á la *r*, ó al contrario. *Ug* sólo aparecē en las palabras compuestas. Ahora bien, diré que éstas suelen conservar mejor que las simples los sonidos mediales primitivos, que están como protegidos por una coraza. Pudiera citar muchos ejemplos, particularmente de conservación de la *k* primitiva: *emakume* «mujer», de *eman* ó *ema* y *hume*, *ume*, *sukalde* «fogón», de *su* y *halde*, *alde*, etc. Esta razón la estimo yo de peso á favor de la prioridad de *ug*, aunque no me atrevo á notarla de decisiva. La *r* de *ur*, además, no ha

(1) Se cuentan bastantes palabras que, á primera vista, parecen haber retenido la gutural: *ugarri* «escollo», *ugarte* «isla», *ugolde* «diluvio, torrento», *ugaste* «manantial», etc. Pero las formas basko-francesas *harri*, *holde*, *haste* y *karte* (véase *arrikarte* «entro piedras»), demuestran la posibilidad de que la gutural pertenezca al segundo componente. Tanto cabe descomponerlas en *ug-arri*, *ug-arte*, *ug-alde*, *ug-aste*, como en *u-garri*, *u-garte*, *u-golde*, *u-gaste*, formaciones semejantes á *u-bixi* «agua viva». *u-jayotz* «manantial», *u-bera* «vado», *u-sull* «pozador», etc. Al chocar la *g* de *ug* y la gutural del segundo componente, las leyes eufónicas exigen que se elida una de ellas, sea la primera, sea la segunda, endureciéndose ó permaneciendo invariable la otra, según los casos.

Procede, por tanto, substituir *ugarte*, *ugarri* y *ugalde*, quo á título de ejemplo constan en una nota del artículo IV por otros más incuestionablemente demostrativos de *ug*. En mi *Vocabulario histórico* de mis «Datos históricos referentes al Reino de Navarra» señalé el fenómeno moncionado, precisamente al hablar de la palabra *ugarte*.

arraigado completamente en dicha palabra; se observa cierto titubeo ó vacilación. En Arbizu, Lizarragabengoa y Echarrri-Aranaz, según advirtió el P. Bonaparte y he comprobado yo, al tomar el artículo suena con un sonido intermedio entre la *d* roncalesa (idéntica á la *r* fina) y la *z* italiana suave; en vez de *ura* pronuncian *udza*, poco más ó menos. En Ormaiztegi es *d* franca, según aparece de la curiosísima forma local *uide*, cuyo conocimiento debo á la amabilidad de mi buen amigo D. Serapio Múgica. Otras veces suena como *z*: *uzearle* «presa». *Uztarroz*, pueblo del Roncal, también se escribió *Urtarroz*. La objeción más certera contra la prioridad de *g* se derivaría del hecho de que la hipotética *r* fuerte de *ur* hubiese precedido á la suave.

De esta larga discusión lo único que resulta demostrado es la equivalencia, importante para las investigaciones etimológicas de *ur* y *ug*. La prioridad de *g* es simplemente probable.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)

LA FACTORÍA DE RÍO DE ORO

Allá por el año 1890, se dijo que el Gobierno español proyectaba abandonar la factoría de Río de Oro, ó mejor dicho, el protectorado que nuestra nación ejerce sobre los territorios de la costa occidental del Sáhara. Afortunadamente, tal proyecto reduciase á una propuesta poco meditada, para no darle otro calificativo, del Ministerio de Marina. El Gobierno de S. M., por conducto del Ministerio de Estado, pidió informe sobre tal propuesta á la Sociedad de Geografía Comercial, y fácil es presumir en qué términos la Sociedad hubo de contestar al señor ministro de Estado.

Nunca el descuido ó abandono en que un Gobierno pueda tener á determinados territorios será razón que justifique el abandono oficial de los mismos; antes al contrario, procede en tales casos atender á ellos con mayor celo, y procurar su desarrollo y prosperidad. No basta que la bandera española siga ondeando en la costa occidental del



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Queda por examinar la cuestión de si la vocal de *ur* permanece invariable siempre. Mi respuesta es negativa. Creo que permuta frecuentemente con la *i*. Comparando *linz-ur* «paraje aguanoso» con *aintz-ir* «laguna» y *zing-ir* «pantano», deduje que el final de ambas palabras era idéntico. En contestación á una pregunta que, acerca de la etimología de *Irún* se sirvió dirigirme el inteligente, ilustrado y laborioso inspector de los archivos municipales de Gipuzkoa D. Serapio Múgica, arriba nombrado, le hablé de esa identificación, y prendándose de ella, formó una lista de palabras donde á su juicio—y al mío,—la *u* de *ur* (ó *ug*, añadido), se trocó en *i*: *ibai* «río», *igari* «nadar», *igel*, *igarabi* «rana», *idoi* «lodazal», *idol* «diluvio», *irakin* «hervir», *ito* «ahogar», *itoi* «gota de agua», *igara* «aceña», etc., etc.¹ Por tanto,

(1) En algunos de estos vocablos permanece íntegro el elemento *ir*; en otros se elide la líquida; en otros, la gutural le substituye; en otros, dicha gutural puede pertenecer al segundo componente, ó permutar con la labial y dental, salvo el caso de que estas letras se hayan de adjudicar á aquel.

en etimología toponímica, no se han de referir indefectiblemente, como hasta ahora, los nombres comenzados por *ir* á *iri* «pueblo, ciudad», sino que se ha de admitir la posibilidad de que pertenezcan á *ur*: tal *Iruña* «Pamplona», que se ha escrito *Irunnia*, *Iruinna*, *Urunia* (año 1073). Lo propio advierto respecto á las restantes equivalencias ó transformaciones de *ur*, arriba apuntadas.¹

Entre todos los nombres aryaos que del «agua» conozco, el más parecido al euskaro *ur* es el irlandés *suir* «agua, río», correspondiente al védico *sirā* «río» y *surā* «agua».

Además de los nombres locales del «río» antes consignados, el basconze posee el comun de *ibai* (*ib-a-i*), que yo no vacilo en asimilar á *uhaitz* (*uh-a-itx*), *ugach* (*ug-a-ch*), mediante la pérdida de la sibilante del sufijo abundancial, y permutación de la gutural y aspirada en la labial. *Ibai*, *uhaitz* y *ugach* confirman, al parecer, por su parte, la hipótesis de que la palabra *ur* terminaba en vocal: *iba-i*, *uha-itx*, *uga-ch*. El «torrente» posee varios nombres: *ugolde*, *uholde*, *urolde*, *uharre*, *ujol*: voces compuestas respectivamente de *ur=ug=uh* y *olde* (*holde?*) «copia, masa, cantidad grande», *jori*, *iori*, «abundante» y *arre* «gris», sin duda para indicar el color súcio de las avenidas, pues *uharre*, así como sus sinónimos *ugolde*, *uholde*, *uralde*, además de «torrente», significa «diluvio, lluvia torrencial».

El «arroyo» se llama *erreka*, *chirripa*; y *lats* cuando es más caudal y copioso. *Erreka* es palabra de origen latino, cuyos similares castellanos son *regajo*, *regato*, que en Navarra decimos *regata*: del latino *rigare*. En *chirripa* los aryanistas señalarían, sin duda, la raíz sánscrita *ri* «correr, fluir» que figura en *arivi*, *rivus*, *ripa*, *ruisseau*, *río*, etc. Pero la incapsulación de una raíz arya en palabra extraña á ese origen por sus demás elementos, me parece inverosímil. Al rededor de *chirripa* se pueden agrupar muchos vocablos de formación análoga: *churripita* «aguacero», *chort*, *chorta* «gota», *zurrat* «sorbo», *churru* «chorro de agua, torrente», *zurumuru*, *churimuri* «rumor»,

(1) Acabado de poner en limpio este pasaje recibo una carta del Sr. Múgica, la cual, como todas las que me dirige, contiene noticias y observaciones interesantes. Copiaré algunos párrafos: «Después acá he continuado mis observaciones sobre la analogía que existe entre las voces *Ir* y *Ur* y cada vez voy reuniendo nuevas pruebas de ello. En Gudugarreta me encontré con un caserío que no está sobre el pueblo, pero sí sobre el río, y se llama *Irigoyen*. En Ichaso hay otro que está muy lejos del casco de la población, pero cerca del río en un valle y se llama *Iribar*. En Ormaiztegui hay tres *Iriarte* que están dentro del casco, pero también entre dos ríos muy próximos. Las voces *Iria* y *Uria* se han traducido siempre por «población», pero voy creyendo que en muchos casos significan ambas «río». (Fecha de la carta 19 de Abril de 1898; desde Fuenterrabía).

etc. Los dialectos alto-nabarrros usan de la frase adverbial *zirripi*, *zárrapa* para indicar cierto movimiento rápido, ó desordenado y estrepitoso, de las cosas y de los seres animados. No obstante el *ir* de *chirripi* y el parecido entre *zurrut* y *sorbo* (latino *sorbere*), estimo que todas estas palabras son indígenas, y creadas por onomatopeya varias y compuestas de *ur* otras. El diccionario de la Academia refiere el castellano *chorro* al sánscrito *tchara*. La referencia al euskaro *churru* es más verosímil.

Uno de los nombres del «valle» *ibar*, está íntimamente unido á *ibai* «rio». El segundo componente es obscuro. ¿Será apócope de *ara* término de toponimia que indica «planicie, llanura, extensión»? La dificultad pudiera provenir de ser fuerte la *r*, mientras no estemos autorizados á sentar que dicho sonido ha precedido al suave.

Hay otros nombres: *aran*, *haran*, *irura*, *belau*.

En kymrico *aran* significa «montaña». Uno de los nombres sánscritos del bosque es *aranya*, derivado de *arana* «lejano, extranjero», como quien dice, región yerma y desierta. El cambio de sentido de «montaña» á «valle», no es mucho más violento que el de «bosque» á «montaña». Así como los montes suelen estar cubiertos de arbolado, el valle se abre entre montañas. Cabe, por tanto, la sospecha de que el origen de *aran* sea céltico; pero la forma *haran* disminuye la probabilidad.

Zelai, *zelhai*; *lauba*, *naba*; *ordeka*, *ordoki*; *soro*. Estos nombres indican, de una manera general, la idea de llanura, pero con significaciones particulares.

Naba se dijo de una llanura circundada de montañas. Como palabra suelta, no la he oído, ni visto usar. Pero la conservaron ciertas palabras compuestas: *esku-naba* «el hueco que se forma con la palma de la mano, al cerrarla levantando y reuniendo los dedos». La Academia prefiere, no sé por qué, derivar el castellano *nava* del hebreo *nava* «pradería».

Zelai y *soro* cambian, entre sí, la significación. El «prado» en gipuzkoano se dice *zelai*, en labortano *soro*; en alto-nabarro irunés *zelai* significa «campo» (de labor), y *soro* «prado», como en labortano;

(1) El ilustre Oihenart al hablar de la etimología de *Nabarra*, dice «Nominis ratio á Vasconum lingua petenda est que voce *Nava* planitiem aliquam montibus proxime succedentem, solet denotare. Inde et manus vola seu concave pars apud eandem Gentem *escu-nava* nomem habet» etc. (*Notitia* etc.; pagina 74.)

á la vez que *soro* en gipuzkoano significa «campo (de labor), denominado en labortano *landa*, palabra de origen germánico. Los idiomas arayos han conservado vestigios del paso del estado pastoral al agrícola en algunos nombres de terreno de pasturaje, convertidos en nombres de terrenos de cultivo. Esto mismo creo que denota la indeterminación significativa de *zelai* y *soro*, sea cualquiera el sentido especial de cada uno de ellos al principio. *Soro*, que en bizkaino es *solo*, ha sido referido, por supuesto, al latino *solum* «suelo, tierra». Pero si *soro* fuese el nombre primitivo del «prado», según la concordancia nabarro-labortana, la derivación latina quedaría reducida á parecido fortuito, porque los Baskos habían entrado en el período agrícola antes de su contacto con los Romanos.

Ordeka es llanura, en general, lo mismo que *ordoki*, pero éste último nombre también se aplica al campo sembrado.

Mendi «monte». Algunos lo refieren al latino *montem*. Sería chocante que los Baskos hubiesen tomado prestado un vocablo del cual, continuamente, por la configuración de su país, estarían usando. La derivación euskara del latino *montem*, lógica y correcta, es *monti*, *mondi*, *munti*, *mundi*. De *montón* han sacado *montoya*.

El nombre basko del «mar» *itsaso*, *ichaso*, es absolutamente independiente de los que emplean los idiomas aryanos europeos. Todos estos, con excepción, acaso, del griego, coinciden en uno común que también se encuentra en el sánscrito *mira*. Su sentido etimológico es el de «esteril, desierto». (De la raíz *mr* «mori»). En sánscrito existe la raíz *is* que significa lo que va de prisa. Ha dado nombre á varios ríos; *Isana*, hoy *Isen*, afluente del Inn; *Isana*, hoy *Isenach*, afluente del Rhin; *Istros*, el nombre más antiguo del Danubio; *Isca*, hoy *Exe* en el condado de Devon (Inglaterra); *Isara* hoy *Oise* (Francia), etc., etc. La idea de «corriente» no conviene al mar; otra cosa sería la de «móvil, agitado», etc.

Astronomía.—Los nombres baskongados del «sol» constituyen, al parecer, dos grupos desiguales, á causa de que el primer tipo de los aludidos vocablos, cuenta muchas variantes. He dicho que, al parecer, constituyen dos grupos, pues no falta quien supone que los dos tipos son uno sólo.

Eguzki, *eguzgi*, *iguzki*, *iduzki*, *iluski*, *iruzki*, *ivzki*, *yuzki*; *ekhi*.

Verdaderamente, cuando se compara la forma gipuzkoana *eguzki*

á la burundesa contraída *yuzki* se aminora ó disipa la repugnancia á admitir que sea, asimismo, contracción, la forma suletina y bajo-nabarra *ekhi*. ¿Pero esto es exacto?

Analícemos dichas formas y procuremos desentrañar su etimología; empresa que no es llana.

El elemento inicial de *eguzki*, ó sea, *eg*, se une tan íntimamente á *egun* «día» por su forma y por el significado, que no es de admirar haya nacido la idea de asociar ambas ideas.

Así Astarloa afirma que *eguzkiya* está compuesto de *egun* y *ki*, *kiya* «cosa», equivaliendo á «cosa ó astro del día». ¹ Añade luego que «uno de los más sobresalientes baskongados creyó que la voz *eguzkiya* sol, significaba hacedor del día, juzgando que su *qui* ó *quiya* era lo mismo que *guin* ó *guina*, «hacedor». ²

Darrigol titubea entre dos etimologías: *iguz*, equivalente á *ikus* «ver» y la terminación *hia*, que expresa el servicio y el destino; *iguzki* significa lo que sirve para ver. De *iguzki* ó *eguzki*, por contracción, provino *eki*, y unido este vocablo á la flexión relativa *dun-a*, resulta *ekidun*, *egun* «día», literalmente «que tiene sol».

Segunda etimología: *egun* y la terminación *hia*, *geia*, *ekeia* que significa «materia ó composición». Luego *eguzkia* ó *egunkia* significa «aquello por cuya virtud el día es día». ³

Mr. Van Eys admite la probabilidad de que *eguzki* esté formado de *egun*. La terminación le parece dudosa; conjetura que pudiera ser *gai* contraído en *ki*. *Eguzki* significaría, en este caso, «objeto apropiado para producir día ó luz». ⁴

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



(1) *Apología* etc., pág. 285.

(2) *Id.*, *id.*, *id.*

(3) *Dissertation* etc., págs. 26 y 27.

(4) *Dictionnaire* etc., pág. 102.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

El insigne Príncipe Bonaparte asienta que «nada sabría convenir mejor al «sol» que el sentido de «con día». Su análisis está resumido en el siguiente párrafo: *ek*, radical de la palabra «sol» formando *eki* y *ekhi*; *ekun* ó *egun* en vez de *ekiun* ó *ekidun*, ó *egun* ó *egidun* «día», es decir, «que tiene sol»; *egun* ó *egu* (aezkoano) «día», asociándose al instrumental *z* y al unitivo *ki* forma *eguki* ó *eguzki* «sol», es decir «que tiene día» («de con día», literalmente). *Ekhi* suletino y *eguzki* gipuzkoano se relacionan perfectamente entre sí. *Ekhi*, evidentemente es el más antiguo.¹

Pero si *ek* radical de *ekhi* «sol» y ya con dicho significado forma parte de *eguzki*, no se me alcanza el motivo de esta laboriosa combinación de elementos gramaticales (*z—ki*) para crear, de nuevo, un nombre que ya existía. Y si *eg* representa al sustantivo *egun*, el resultante «con día» no conviene al sol, así como convendría perfectamente al «día» la frase «con sol».

(1) Carta lingüística á D. Arturo Campión; Revista EUSKAL-ERRIA, tomo IX año 1888: 80 de Septiembre.

He aquí mi opinión. Sin disputa *ekhi* es el más antiguo y *egun* proviene de *ekhidun*. *Eguzki* es formación secundaria, puesto que su primer componente es *egu*, *egun*. En cuanto á la terminación *-ki* supongo que es un doble sufijo de composición ó materia, análogo al actual *-ko*. De suerte que tomado *egu*, mejor que en su acepción estricta de «día» en la figurada de luz ó claridad, viene á significar, poco más ó menos, el «luminico», así como *zillar-ekho*, *arri-z-ko* significan, respectivamente, «argénteo» y «pétreo».

A la «aurora» se le designa con varios nombres: *eguantz*, *egun-sentia*, *eguaize*, *arbats*, *ozkorri*, *argiaste*. Los tres primeros son compuestos de *egun*. *Antz* significa «imágen, parecido, semejanza»; *sentia* (palabra de origen románico) «impresión, sensación»; *aize*, «viento». *Arbats* y *argiaste* se descomponen en *argi* «luz» y *beatz*, *atz* «dedo, huella, señal», *aste* «principio». *Ozkorri* es palabra importantísima, por la presencia de *oz* «cielo»; *korri* es *gorri* «rojo, encarnado». Dicho vocablo, sin duda, es el más arcaico.

Los principales nombres arianos del «sol» han sido referidos á dos raíces: *sur* «brillar» y *su*, *sû* «producir, engendrar». El sol fué personificado, y dió vida á numerosos y bellísimos mitos, lo mismo que la aurora.

El nombre de la «estrella» es *izar*, palabra de difícil análisis. Acaso se compone de *diz* «brillo» (*disti*, *distir*) y *ar* «piedra». La «estrella polar», el «lucero» (Venus) se llaman *aurkizar*, *artizar*, *arthizar*, nombres que también se aplican á la «estrella matutina», de donde, sin duda, pasaron á la polar y al lucero, pues la etimología de *artizar* parece ser: *ardi-izar* «estrella de la oveja» ó *artzai-izar* «estrella del pastor».

El «cielo estrellado» en labortano se dice *izartegi*, literalmente, «sitio de las estrellas». El antiguo y clásico nombre del cielo *oz*, *orz*, reaparece en el bajo-nabarro *orzaizki* «claridad del cielo», ora lo ilumine la luna, ora las estrellas, y por extensión «serenidad del cielo». A mi juicio, este vocablo, sumamente contraído, se descompone así: *orz* «cielo», *zaro* «noche» (obscuridad?), *izar* «estrella», *ki* «con». El propio dialecto llama al «cielo estrellado» *zohardi*. De *zaro* «noche», *argi* «luz» y *di* «pluralidad»?

Larramendi designa á la osa mayor y á la menor con un nombre que es traducción ó equivalencia del castellano: *artzizar-andia*, *artzizar-chikia*. Indudablemente el vocablo es sabio. Nombre popular

de las estrellas de la osa mayor, nos lo suministra el bajo-nabarro que dice *ithohoin-ak*, cuyo significado es: *ith* «buey», (compárese con *itegun* «medida de tierra que se labra en un día con una yunta») y *ohoin* «ladrón». Este nombre se liga íntimamente á la leyenda del robo de los bueyes de cierto rico labrador: los dos animales y los dos ladrones, y el labrador, su hija, el criado y el perro que salieron á perseguirles, constituyen la constelación de la *osa mayor*.¹

En el capítulo I de esta tercera parte, pisando las huellas de mi sabio amigo Mr. Inchauspe, enumeré varias palabras que demuestran cómo el castizo nombre basko del cielo es *oz* ú *orz*, por más que el vocablo universalmente usado hoy sea el pegadizo *zeru* (del latino *cælum*). El dialecto bajo-nabarro á la «nube» le llama *orz*, término que Mr. Salaberry califica de «envejecido»; Larramendi pone *os-a*. Esto no denota *á fortiori*, que los Baskos considerasen al cielo como sinónimo de nube, ó sea, que proceden de un país donde ordinariamente estaba el cielo cubierto. *Oz*, *orz*, significó puramente «cielo»; la prueba es que uno de los nombres del «cielo sereno» ó raso es *ozkarbi*, *ozgarbi* «cielo limpio», literalmente. El que luego adquiriese la significación de «nube» pudiera muy bien indicar cambio de residencia desde una región meridional á otra que lo fuese menos. Los nombres actualmente usuales de la «nube» son *hedoi*, *odei*, *ore*. El «tiempo sombrío» ó nublado se dice *goibel*: *goi-beltz* «altura negra».

La «noche» posee varios nombres: *gau*, *gai*; *arrats*; *zaro*. Este último nunca he tenido ocasión de oírlo aisladamente; Larramendi lo inserta en esa forma. Pero lo conserva uno de los nombres de la Noche-Buena: *onentzaro*, *olentzaro*, *olentzero*.

Zaro, no obstante lo que afirmé en una nota de la página 148 de mi *Gramática*, ha de reputarse como la forma íntegra de *aro* que significa en las palabras compuestas cierta medida de tiempo, estación ó período: *gaztaro* «juventud», de *gazte* «joven»; *zartzaro* «vejez», de *zar* «viejo».

Después de la elementalísima división del tiempo en día y noche, vino, sin duda, la de las lunaciones ó meses lunares. Y como las fases lunares se observan de noche, la noche fué usada á título de unidad de medida *Daçarâtra* (sánscrito) «diez noches», en vez de «diez días»; *heno* (kymrico) «esta noche», en vez de «este día; ahora»;

(1) *Revista Euskara*, tomo I, págs. 76 y 77.—Julien Vinson: *Le folk-lore du pays basque*, págs. 8 y 9.

wyth nos (id.) «ocho noches», ó sea, una semana; *nith erne* (sajon) «la noche última», es decir, «ayer».¹ De esta antigua costumbre se me figura que es reminiscencia el *zaro*, *aro* basko en composición. *Zaro* llegó á usarse como unidad de medida, mayor, naturalmente que el espacio de tiempo comprendido estrictamente al principio bajo el concepto de noche.

Astarloa y otros baskófilos han establecido relación entre *gau* «noche», y el actual sufijo privativo *gabe*, *bage*, *laga* «sin», el cual, propiamente, significa «carencia, privación, nada». Aunque la relación parece sutil en extremo, puesto que la carencia se ha de referir á la luz, cuya falta caracteriza á la noche, y por extensión de sentido á la nada, también los aryanistas han señalado un parentesco análogo entre *nakta*, *nakti*, *naktan* «noche» y la raíz *naç* «perire, interire», equiparándose la noche á la muerte del día.

Arrats parece estar emparentado con *arre* «gris». Es posible que comenzara por designar al crepúsculo vespertino, al anochecer.

Los pueblos primitivos marcaban los puntos cardinales mirando á oriente, de suerte que el norte y el sur los señalaban con los nombres de las manos izquierda y derecha, respectivamente, pues la distinción entre ambas manos les sirvió, pronto, de instrumento de orientación. Por tanto el occidente debía significarse con la misma raíz que sirviera para formar las palabras «espalda, detrás, trasero, posterior».²

Los Aryas de la India, los Semitas y los Egipcios adoptaron dicho sistema de orientación, según lo revelan varios de los nombres de los puntos cardinales.

En baskuenze «norte» se dice *ipar*, *iphar*, *hiphar*, nombre antiquísimo, sin duda, y por tanto, in-analizable, como otros muchos. Es curioso que la única referencia que podamos señalar á alguno de sus elementos constitutivos, sea con el inicial de *ipurdi*, *iphurdi*, *epurdi*, *eperdi* «trasero», ó *ephel*, *epel* «templado», inconciliable el segundo con su actual significación y opuesto el primero al susodicho sistema de orientación.

Ego, *egoí*, *hego* significa «viento del mediodía». Su etimología probable es *eg* (*eki*), *oi*, *ohe*: «cama del sol»; apelativo que conviene al occidente. Esta palabra ha formado el nombre suletino del «sur» *hegoalde*, ó sea, literalmente, «región del viento sur». Larramendi lla-

(1) Pictet: *Les Origines* etc.: tomo III, pág. 333.

(2) Joaquín Costa: *Islas Libycas*, pág. LXXIV, Pictet: *Les Origines* etc. tomo III: 221-223.

ma al sur *eguerdialde*, por las trazas, mera traducción de «medio-día», *egu(n)-erdi* y *alde* «región».

Sortalde es el «levante» y *sartalde* el «poniente»: de *sortu* «nacer» y *sartu* «entrar». Parecen meros calcos de las denominaciones románicas.

Silvain Pouvreau al nordeste le llama *okill*. Van Eys indica rectamente el íntimo parentesco de esa palabra con *oker* «oblicuo, al sesgo, de soslayo». El labortano posee el vocablo *eskel* que, además de «nordeste», significa «bizco» y es variante de *ezker* «izquierda», ó palabra derivada de la misma raíz. Aquí tenemos un vestigio de la antigua orientación.

Pedro de Urte¹ trae algunos nombres ménos conocidos de los puntos de orientación: *iguzkiilkhialde* (*ilkh* «salir») «oriente»; *iguzkies-talalde* (*estal* «cubrir, esconder»), *iguzkisaralde* (*sar*, *sartu* «entrar») «occidente». El «mediodía» lo expresa por las conocidas expresiones de *eguberdi*, *eguberdialde*, *hegoalde*.

El *Suplemento* á Larramendi editado por Mr. Dodgson expresa el «oriente» por *goizaldi* «región de la mañana» y el occidente por *arrathaldi* «región de la noche», palabras cuya bella formación denota la espontaneidad del pueblo.

Atze significa «espalda, parte trasera de una cosa» y también «extranjero». De esta doble significación deducía Michelet que los Baskos, desde tiempo inmemorial, habitaban la extremidad de Europa y situaban el extranjero á retaguardia.² Apuremos algo más esta hipótesis ingeniosa. A cual punto llamarían «detrás» los Baskos? Probablemente al occidente, pues los pueblos primitivos vuelven la cara á oriente para orar y señalar la región delantera. Es posible, y aun extremadamente probable que *atze* haya sido el nombre primitivo del «oeste», en cuyo caso, si la relación establecida por Michelet fuese exacta, el extranjero lo situarían los Baskos á poniente, hácia el océano. No concurre verosimilitud mayor, por otra parte, dentro de la hipótesis, en pró de que *atze* significase el sur, pues de ser así habrían reputado los Baskos

(1) Pastor protestante, natural de San Juan de Luz. Nació en el siglo XVII. Mr. Wentworth-Webster publicó las veinticinco primeras páginas del Diccionario *Latino-Cantabricum* que consta de cinco volúmenes manuscritos y no acaba la letra e. Urte tradujo al baskuense el *Génesis* y los veinticinco capítulos primeros del *Éxodo*. Mr. Llewelyn Thomas dió á la estampa en Oxford los veintidos capítulos primeros del *Génesis*, acompañados de un vocabulario de las formas verbales usadas, dispuesto por Mr. Vinson. Estos manuscritos pertenecieron á lord Macclesfield.

(2) *Histoire de France*, tomo I, éclaircissements.

que sus congéneres habitaban al norte de la «extremidad europea», solución que, por el momento, supera á todas en dificultades y que no se debe estudiar incidentalmente.

El diligentísimo Sr. Costa, disertando acerca del nombre de *Æstrymnis* habla de una raíz *az* que produjo el nombre berberisco del «occidente», raíz «representada actualmente por el vasco *azia* (*sic*) y el kabila *azugur* que significan «espalda» y emparentada con el verbo basco *etzin*, kabila *etzes* (*etthe*) «acostarse»..... La idea de «posterior» se expresa en basko, según hemos visto, por dos vocablos, *atze* y *oste*, derivados probablemente de la misma raíz primitiva que produjo el nombre geográfico *Æstrymnis*. Y aun no es imposible que de ahí haya dimanado el vocablo europeo *oeste*, occidente, referido comunemente al antiguo alemán *West*, escandinavo *vestr* y que conceptúo vocablo anayo, aunque Pott quiera emparentarlo con el sánscrito *va-sati*, noche, como otros con el escandinavo *vast*, mar, ó con el anglosajón *west*, desierto»¹.

De todos los nombres de orientación, á mi juicio, los que poseen sabor más añejo, son: *ipar*, *iphar*, *hiphar*; *ego*, *egoí*, *hego*; *okill*, *eskel*; *goizaldi*; *arrathaldi* (*arratsaldi*); y el hipotético *atze*. Se han perdido varios; otros han cambiado de significación, como *ego* y probablemente *ipar*.

Cronología: el día; los meses; la semana.—El día *egun* y su complemento natural la noche *gau*, *gai*, *arrats*, *zaro*, resultan duraciones demasiado largas, para que no conviniese subdividirlas desde luego. El paso del sol por el zenit y el de ciertas estrellas sirvió para determinar el «mediodía» *eguerdi*, y la «media-noche» *gauerdi*, *gaberdi*, *gaiherdi*, *gauberdi*, etc., etc. Los idiomas aryanos concuerdan en esta manera de designar dicho período con el vocablo «medio, mitad», aunque también existen algunos nombres especiales.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



(1) *Estudios ibéricos*, pág. 26.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

La «mañana» se dice *goiz*, nombre puramente naturalista: *goi-diz* «resplandor de arriba». Abarca el punto de arranque de la mañana que es la aurora ó amanecer. Algunos nombres sánskritos de la mañana y de la tarde se refieren, por el contrario, á la vida pastoral y agrícola: *gósanga* «alba», estrictamente, «reunión de las vacas»; *gósarga* «salida de las vacas», *tishthadgu* «tarde», ó sea, «inmovilidad de la vaca» (sin duda por el ordeñamiento vespertino). Varios idiomas aryanos retienen en sus nombres de las divisiones del día rastros de la importancia que para esta nomenclatura disfrutó la ida y vuelta de los rebaños.

Mi etimología de *goiz* creo que cerrará el camino á las temeridades del etimologismo que pretendiese establecer alguna relación entre *gósanga*, *gósarga* y dicha palabra euskara.

Supuesta la presencia de *goi* en *goiz*, ¿sería descabellado suponerla en *g-au*, *g-ai*? la terminación sería inexplicable, por ahora.

La «tarde» *arratsalde* significa «costado, proximidad de la noche». El «anochecer» lo expresa el bajo-nabarro con el vocablo *astiri*, compuesto de *ats*, contracción de *arrats*; *iri* pudiera ser residuo de *iriki*, *idiki* «abrir», significando, poco más ó menos «abrir (entrar) de la noche».

«Instante, momento» y posteriormente «minuto», se dice *lipar*, *ergai*, *erizpi*. Ignoro cuál es la composición de *lipar*; á mi juicio, *ergai* se resuelve en *erdi*+*gai* «materia de división» y *erizpi* equivale á *ari*+*z*+*izpi* «brizna, hebra de hilo». *Izpi* significa, además, y ésta es su significación primitiva, «rayo de luz»; y por ser cosa sutilísima se aplicó á la designación de cualquier objeto pequeño y tenue. Su radical *iz* que significa «brillo, fulgor», por la idea de tenuidad que embebe, figura, al parecer, en *expal* «astilla».

Ciertas ideas de tiempo las expresa el baskuenze con vocablos propios. Es decir que los Baskos concibieron esa idea metafísica antes de adoptar el macarrónico *denbora*. *Aspaldi* «tiempo pasado remoto»; *aresti*, «tiempo pasado próximo». Son vocablos, para mí, obscurísimos. He aquí otros sinónimos del inútil y ridículo *denbora*: *ordu*, *thenore*, *tenora*, *haro*, *aldarte*, *bidaro*. *Thenore*, *tenora* los reputo por de origen románico; *haro* es *zaro*; *aldarte* se descompone fácilmente en *alde* «costado, proximidad» y *arte* «entre; espacio de tiempo; espacio de lugar», pero la significación resulta muy oscura á primera vista. Otras palabras nos ayudarán á comprenderla: *aldatu* significa «cambiar, transportar, transmitir», *aldaketa*, «cambio»; *aldakoi*, *aldakor* «movil»: todas formadas con *alde*. Esto quiere decir que la noción de donde arranca *aldarte* para expresar el tiempo es la de cambio, equivalente á la de sucesión. *Bidaro* es *bide* «camino», más *aro* (*zaro*).

Ordu, *oren* «hora». Si se hubiese de suponer, *á fortiori*, que dichas palabras han significado siempre «hora» serían modernas. Pero de que esto no es así tenemos pruebas directas respecto á una de ellas, confirmadas por lo que revelan otras lenguas é idiomas. *Ordu* significa, según vimos ya, «tiempo».

El parentesco entre *oren* y *hora* (latín, castellano), *cres*, *cre* (francés antiguo) «presentemente, enseguida», es tan grande que asalta la sospecha de que son el mismo vocablo, y así lo afirman algunos. Pero en este caso habríamos de suponer que el nombre estaba en locativo, *oran* «en la hora», como lo está el adverbio de lugar *orduan*

«entonces», formación semejante á la del francés *alors* (*à l'ores* «á la hora», es decir, «ahora», etimológicamente, y sin embargo, prácticamente, «entonces»).

Mas la forma locativa de *ora* es absolutamente inverosímil, y tampoco se explica por ninguna razón eufónica la prongación del vocablo. *Or-du* y *or-en* ostentan el mismo radical, y yo estimo que éste es baskongado. Podemos identificarlo á *ur* «agua» y referirlo á la clépsidra ó reloj de agua, como quería Chaho?

En cuanto al latino *hora*, griego *ora*, alemán *uhr*, welche *aur*, gaélico *uair*, etc. etc., se les supone derivados del sánskrito *hórâ* «trazo, línea (sobre el cuadrante solar)». Son congéneres suyos el alemán *jahr*, el gótico *jêr*, el zendo *yâré* «año».

Después de la del día y la noche, la división más natural del tiempo es la del mes, porque durante este espacio de tiempo la luna presenta fases que á todos es dado observar directamente. Así se explica que en la base de la cronología de los pueblos, figure el mes *lunar*. Este, á su vez, admite cómoda subdivisión, guiándose por las fases.

El año que equivale á la revolución de la tierra al rededor del sol, no es de observación directa como el mes. Pero como ciertos fenómenos naturales (foliación de los árboles, nevadas, lluvias, inundaciones, sequías, etc., etc., según la variedad de países), reaparecían al cabo de ciertos períodos de tiempo, se estableció una relación entre éste, llamado año, y los meses. Así nació el año lunar.

No hace á mis propósitos recordar los tanteos y las rectificaciones que fueron necesarios para establecer la duración real del mes y la más exacta correspondencia entre los años y los meses lunares, ni la substitución del año lunar por el solar. Busco, en cuanto cabe, las ideas é instituciones primitivas.

El año de los Baskos fué, como vimos, puramente naturalista, circunscrito por el acaecimiento de un fenómeno acuoso: inundación ó grandes lluvias. El mes, dicho se está, era lunar.

Los nombres de los meses no concuerdan siempre en todos los dialectos. Las variantes y sinonimias son numerosas, y estas aumentarían si se registrasen, ó mejor dicho, si se hubieran registrado á su tiempo, los rincones del euskara.¹ Voy á dar la lista de los que cono-

(1) Micoleta en su *Modo breve de aprender la lengua vizcaína*, (ed. Dodgson, año 1897), dice: «Los doce meses tienen también sus propios nombres bascongados; pero ya no se usan sino en las montañas y entre labradores, porque en las villas los llamamos de los mismos nombres del romance, y así se practica, y nadie los entendería, aun entre Vizcaínos, en las Villas....» Pues desde la época de Micoleta (año

co, con la correspondencia castellana que ahora se les adjudica, aunque en buena parte resulta artificial, porque son creaciones independientes, descontando, naturalmente, los meros calcos y adaptaciones del calendario romano.

«Enero»: *beltzilla, ilbeltz-a, illbaltz-a, urtarrilla, urtharri-lla, urtharil-e, izotzilla.*

«Febrero»: *otsailla, otsail-e, zezeil-a, barantall-a.*

«Marzo»: *epailla, marchó-a, marti-a.*

«Abril»: *apirilla, aberila, abereill-a, aphiril-e, jorrailla, jorraill-e, opailla, opeilla, ope-a.*

«Mayo»: *ostaro-a, orrilla, ostoilla, maihatze-a, mayatz-a, lorail-a.*

«Junio»: *garogarrilla, bagilla, errearo-a, ercaro-a, eraje-roa, arramayatz-a, ekhain-a, garagarzaro-a.*

«Julio»: *uztaril-a, uztailla, uztail-e, garogarrilla, garilla.*

«Agosto»: *agorrilla, dayenil-a, aboztu-a, abuztu-a.*

«Septiembre»: *burull-a, buruilla, buruil-e, iraila, garoil-a, setemer.*

«Octubre»: *urri-a, urrilla, urrieta, urriete, bildilla.*

«Noviembre»: *azaro-a, azilla, hazil-a, hazil-e, zemendilla, zemendia, gorotzil-a.*

«Diciembre»: *lotazilla, lotasil-a, negil-a, abendca, abendu-a.¹*

Descartados los nombres francamente románicos: *marchoa, marti, aboztu, abuztu, setemer, abendo, abendu*, los restantes pueden clasificarse en tres grupos: nombres formados con *illa, ila*; nombres formados con *aro, zaro* y nombres de formación independiente. Todos ellos son descriptivos, y adaptados, por punto general, al clima y país que actualmente habitan los Baskos. Cuando no se concretan á la mera descripción, se derivan del estado pastoral y del agrícola. Procuraré explicarlos.

a) Nombres con *illa, ila*:

1653), calcúlese los estragos que los idiomas forasteros han causado entre esos mismos labradores y montañeses que ya entonces estaban muy contaminados. Las palabras de Micoleta nos convierten en testigos de la desaparición de una categoría entera de palabras. Y de los restos de una lengua tan atrozmente mutilada, pretender ciertos sabios se-dicentes *positivos* argüir contra el desarrollo mental de los Baskos! Nunca he visto atropellamiento semejante.

(1) La *a* de *ila, illa* es orgánica, pero muchos, erróneamente, han llegado á considerarla como el artículo y la suprimen en los casos que no procede la presencia de esto.

Beltzilla «luna de lo negro» (*beltz* «negro»); *ibeltza*, *illbal-tza* «luna negra»; *izotzilla* (en Obanos) «luna del hielo» (*izotz* «hie-lo»); *urtharrilla*, *urtarile*, *urtarrilla*, según Astarloa, «mes de las aguas» ó «mes acuoso»¹ (*ur* «agua», *ar*, *arra*, terminación patronímica), pero si esa etimología cupiera, sería más exacto traducir «mes de la inundación», ó de la «avenida» (*ur* «agua», *te*, abundancia). Pero ¿cabe? esta es la cuestión. El componente es *urtar*, *urthar* y Van Eys pregunta: ¿qué significa? Este vocablo, estrictamente, significa hoy «oriundo del agua; acuático», y no vemos qué papel desempeña en dicho vocablo, donde no puede calificar á *illa* la luna. Aunque es adjetivo, pudo muy bien sustantivarse, como tantos otros en diversos idiomas, y dar nombre á algún dios de la antigua mitología euskara. Según Baudrimont significa «luna del año»; pero esta etimología, aun omitiendo otras objeciones fundadas sobre la contradicción de los términos, no es científica, porque prescinde de la verdadera forma del vocablo analizado. *Urtaril*, á juicio de Darrigol,² se descompone naturalmente en *urte* «año», *ar* «coger, agarrar», *ill* «mes, luna», es decir, «luna que coge el año». Etimología forzadísima, cuya inverosimilitud resplandece comparándola á otra que aduce en pró de su opinión: *urtats* «día primero del año», de *urte* y *as* «comenzar». El propio Mr. Baudrimont afirma que *beltzilla* é *ibeltza* convienen á las tierras polares árticas, donde la lunación de fin de diciembre y de principios de Enero corresponde á la mayor oscuridad de la noche polar de seis meses.³ Sea de esto lo que quiera, pues un nombre aislado no da cuerpo á tan atrevidas suposiciones, es lo cierto que el apelativo de negro, aplicado á la luna de Enero resulta poco exacto, en nuestro clima, pues la luna de Enero, á causa de las habituales heladas, suele ser de las más claras y limpias del año.

Otsailla, *otsaile*. Puede estar formado con *otso* «lobo» ú *otz* «frio», de donde resulta el significado de «luna de los lobos» (ó del lobo), ó «luna del frio».⁴ A estos posibles componentes añade Darrigol el de *osa* (*sic*), deduciendo la significación de «luna complementaria».⁵ No hay porqué discutir esta idea del mes complementario.

(1) *Apología* etc., págs. 378, 379.

(2) *Dissertation* etc., pág. 29.

(3) *Histoire des Basques* etc. pág. 75.

(4) Astarloa, *Apología* etc., págs. 379, 380.

(5) *Dissertation* etc., pág. 29.

Oso significa «todo, entero, completo» y *osoil* equivale á una charada, como no merezca el dictado de frase sin sentido. Precisamente el significado de los nombres euskaros de meses, cuya etimología entendemos, es siempre concreto. Mr. Baudrimont añade á la lista de significados, además del de «agradable», (?) el de «sonido, ruido».¹ Con efecto, *ots* es «ruido, estruendo, estrépito», y no es imposible que sirviese para señalar una época de festividades bulliciosas, de carácter religioso ó patriótico. Dentro de este orden de ideas me ocurre señalar las relaciones que pudiesen mediar entre *otsailla* y *ostegun* «jueves», *ostiral*, *ortzirak* «viernes», y de estos con *Urtzi* «Dios» (Codex Comp.) y *orz*, *oz* «cielo». Pero á todas las etimologías de los demás autores preferirán muchos, por más llanas y menos hipotéticas, las de Astarloa.

Zezeila, la «luna del toro» (*zezen* «toro»). Esta etimología es tan plausible, que á todo el mundo se le ocurre. Atinar con la razón del nombre, es más difícil. Que un pueblo pastor haya dado á un mes del invierno el nombre del lobo se explica perfectamente, porque durante el invierno, y sobre todo durante el período álgido de éste, son más frecuentes las acometidas de dicho carnicero á los rebaños. Pero el rasgo característico con que el toro atraiga sobre sí la atención en ese período, lo ignoro. ¿Era *Zezeila*, como indica Mr. Baudimont,² la época de las cacerías y batidas organizadas contra esa fiera? ¿Mira á un sacrificio de orden religioso, en cuyo caso *ila* pudiera muy bien ser *ill* «morir, matar», asimilado dicho vocablo por el uso á la terminación corriente de los nombres de meses?

Los hombres han llevado nombres de animales. Los descendientes de alguno que se hizo famoso por sus hazañas, llegaron á creer que procedían, realmente, del animal nombrado. Dicho ascendiente daba nombre á la familia, y después al clan y tribu. Combinado este hecho con el culto á los antepasados (que es una de las etapas religiosas de los pueblos olvidadizos de la revelación primitiva), nació la zoolatría ó culto á los animales. Residuo de este atrasadísimo estado mental, son los emblemas que usaban las tribus, sacados del reino animal, y aun del vegetal, todavía subsistentes en los blasones de la nobleza moderna, después de haberse borrado completamente las ideas primitivas.

(1) *Histoire des Basques, etc.*, pág. 75.

(2) *Id.*, id., pág. 76.

Dichos emblemas, tallados groseramente en piedra, sirvieron de términos para amojonar las fronteras de las gentes, behetrías y clanes. Más de trescientos monumentos de esta clase se han encontrado, esparcidos por la Península ibérica, consistentes en lobos, osos, toros, jabalíes, becerros, caballos, elefantes, sierpes, etc. Según el Sr. Fernandez Guerra, el animal favorito de los Celtas era el cerdo, el de los Iberos, el lobo. La tribu de los *Cerritanos* ostentaba como enseña nacional, el cerdo, cuyo nombre había adoptado. También servía de emblema á los Celtas la encina, cuyo fruto come el cerdo. El cabrío lo hallamos figurado en algunas monedas de plata de las más arcaicas pertenecientes á Ampurias. Según Strabón (III, 4, 7) los Lusitanos sacrificaban á su Marte nacional machos cabríos. Así mismo, fueron emblemas monetarios el cerdo, el jabalí en la ciudad turdetana *Celti*, el ginete ó simplemente el caballo en poblaciones indiscutiblemente célticas y celtibéricas,¹ entre estas *Cascantum*, según inclusión del señor Costa, no obstante constar era baskona; los peces, el elefante, el toro, etc., etc.

Según vemos, diversos motivos pudieron influir sobre los Baskos para inducirles á consagrar un mes al toro, considerándolo como animal sagrado, ó emblema tribal, ó simplemente como caza favorita por sus peligros ó rendimientos. Y lo supuesto respecto al toro, cabe extenderlo al lobo, epónimo de *otsaila*. Los Accadianos poseyeron un mes llamado *gud sidi*, correspondiente á abril-mayo, cuyo nombre simbólico significa «el toro propicio».

El nombre suletino *barantalla* es susceptible de explicación, pero muy poco aceptable: *beran*, *berant* «tarde; tardar», *alla* en vez de *illa*. Pero ¿qué significa esto de mes tardío ó de la tardanza?»

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



(1) Joaquín Costa: *Poesía popular española y mitología y literatura celto-hispanas*, págs. 237, 250.—*Estudios ibéricos*, pág. 203.—El Sr. Costa afirma, contra el Sr. Fernandez Guerra, que el jabalí no es en España emblema de la raza céltica como pensó Delgado, pues únicamente figura en el monedaje al sur de Sierra Morena.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Epailla; la «luna de la corta ó de la poda» (*ebaki* «cortar, cerceñar, mutilar»). Astarloa afirma que esta corta ó poda sólo se refiere á los árboles. La única razón para afirmarlo es que *epailla*, por ser el tercer mes del año, corresponde á «marzo». Pero nos falta la seguridad de que haya siempre ocupado ese puesto. Cuanto más antiguos sean los nombres, mayores son las probabilidades de que algunos de ellos, dentro de su significación más ó menos vaga, hayan sido aplicados á otras lunaciones que las actualmente designadas. El encasillamiento de los doce meses euskaros en los doce romanos, se efectuó como se pudo. ¿Quién se atrevería á afirmar que *ilbeltz*, por ejemplo, no se aplicó anteriormente al llamado «diciembre? Tampoco conocemos la época en que los Baskos comenzaban á contar el año, y faltando esta base, falta la razón exacta de la correspondencia numérica. La corta ó poda del *epailla* tanto pudo designar la de los árboles como la de las viñas, heno, trigo, helecho. Existen las palabras *garo-*

paita «corta del helecho» y *garipaita* «corta del trigo» (siega). Concretándonos á los tiempos actuales, la explicación de Astarloa es exacta.

Apirilla, *aphirile*, *aberilla*, *alcreila*. Vistas las dos primeras formas, la solución que ocurre es que aquí tenemos una adaptación euskara del latino *aprilis*, segundo mes de los Romanos. Pero aun suponiendo que *apirilla*, *aphirile*, no sean alteraciones de *aberilla*, *abereilla*, producidas por imitación al latín, estos dos últimos vocablos reclaman filiación euskara, «mes de los ganados» (*abere* «ganado, animal mayor»). Esta etimología de Astarloa satisface á la materialidad del vocablo, pero deja obscuro el concepto. ¿Por qué mes de los ganados? ¿qué sucedía entonces de notable? ¿comenzaba ó concluía entonces el pasturaje de invierno ó verano? ¿subían los rebaños á las sierras? ¿bajaban á las llanuras? *Abrildu* significa «inmolar, sacrificar»; como quien dice, «matar ganado». La terminación *illa*, según advertí en *zezeila*, puede provenir de *ill* «matar, morir» y referirse á una ceremonia ó rito religioso.

Jorrailla, *jorraille*: la «luna de la escarda» (*jorra*, «escarda»). Adolece de la misma vaguedad que *epailla*. Astarloa dice que esa «etimología es muy análoga á la época que indicamos con el Abril», porque es la más á propósito para escardar los árboles y el trigo, vegetales los más famosos». Silvain Pouvreau traduce *jorrailla* por «marzo».

Opailla, *opeilla*, *ope*. Según Astarloa «mes de ofrendas ó regalos», ya porque los antiguos Baskos acostumbraban regalarse mutuamente corderos ú otras crías lanares, ya porque dedicaren algunos sacrificios á su Hacedor. Mr. Van Eys pregunta si *opa* significa «regalo» realmente. Solo Astarloa le señala ese significado. El común que le reconocen los lexicólogos es el de «deseo». También significa «rabo ó cola muy peluda». Notando Mr. Van Eys la existencia del adverbio *oparo* «abundantemente», se pregunta á sí propio si *opailla* no significará «mes de la abundancia». En esta hipótesis no veo la necesidad absoluta de concordar el nombre con un clima distinto del actual, como hace Mr. Van Eys, porque cualquiera que fuese el clima habitado por los antiguos Baskos, el vocablo *opailla* habría de referirse á un período de cosechas importantes. Esta circunstancia no se da en el actual país de los Baskos durante el mes de Abril, por lo que venimos á concluir, ó que la palabra se creó en diferentes latitudes como supone Mr. Van Eys, ó que se aplicó primitivamente á otro mes. *Ope*

significa, así mismo, «torta; panecillo; pastel; galleta». Este sentido, á mi juicio, explicaría perfectamente el de «regalo» que le atribuye Astarloa. Recordemos los *piporropiles* que se regalan durante las *mezetas* de las aldeas pamplonesas. *Opaila* pudiera significar la «luna de las tortas». Las etimologías de algunos nombres de meses baskongados, por haberse borrado las costumbres ó creencias de que se derivaron, forzosamente resultan dudosas y problemáticas.

Orrilla, ostoilla: la «luna de las hojas» (*orri, osto* «hoja»). Diga lo que quiera Astarloa, esta denominación no es propia de Mayo, y si se aplicó siempre al quinto mes, comenzando por Enero, fué formada en países mucho más fríos. Aun el mismo calendario republicano, dispuesto para climas más septentrionales que el del país baskongado, denominó *floreál* al mes comprendido entre el 19 de Abril y el 18 de Mayo. Más adecuado es el nombre *loraila*; pero este es moderno, como lo demuestra su composición con *lore* «flor».

Garagarrilla: la «luna de la cebada». Los antiguos alemanes llamaban á su séptimo mes *Heuin-Manoth* «mes de heno».

Bagilla, según Astarloa, significa «mes de las habas»; equivale á *babailla*. No lo creo. Es mucho más plausible la etimología de Van Eys: *ebaki-illa* «luna de la corta». En este caso, habrá que considerarlo como variante del nombre aplicado á «marzo». Indudablemente al principio el nombre designaría á una sola lunación; el aislamiento de las tribus fué causa de que se aplicase á lunaciones diferentes, mirando cada región á la importancia de sus labores campestres. ¿Tendrá algo que ver *bagilla* con *bago* «haya»? La razón del nombre no la alcanzo.

Garilla: la «luna del trigo» (*gari* «trigo»). *Uztaila, uxtaile, uxtalla* la «luna de la cosecha» (*uxta* «cosecha»). Parece idéntico al suletino *üztarila*. La composición con *uztarri* «yugo» no es imposible, ciertamente, pero suministra un significado mucho más oscuro que el obtenido con *uxta*. Este vocablo se compone, al parecer, de la abundancial *ta* y *uz*, palabra hoy desconocida (¿grano, semilla, trigo, etc., etc.?) La *r* de *üztarila* sugiere la sospecha de que la forma íntegra de *uxta* sea *uztar*. En bizkaino á Julio y no á Junio le dicen *garagarrilla*. Ningún hecho agronómico justifica esta discrepancia; tan pronto madura la cébada en Bizkaya como en cualquier otro punto de las montañas euskaras. No alcanza esta afirmación á las llanuras de Nabarra, donde es más precoz. Però recluido el baskuenze á la región

montañosa que constituye una zona bastante homogénea, las divergencias de denominación demuestran cuán artificialmente se han ido estableciendo las correspondencias entre los meses latinos y los euskaros.

El antiguo calendario germánico conoció un «mes de la siega» *azan-manoth*, análogo, por su composición significativa, al *uztailla* basko. Los Accadianos al cuarto mes de su año (Junio-Julio) le llamaban *sá kulga* «el beneficio de la semilla».

Agorrilla: la «luna de la sequía» (*agor* «seco, agotado, estéril»).

Los *Refranes y Sentencias* (Porrals) traen un nombre desconocido: *dagenila*. Si la *d* no fuese orgánica (y son pocas, relativamente, las palabras euskaras donde es inicial), podría suponerse que el componente es *agan* «panizo; mijo menor». También cabe que *agan* haya sido *dagan*. Ignoro si esta planta, por las circunstancias de su cultivo ó rendimiento es susceptible de dar nombre á Agosto; pero la negativa no es obstáculo, porque la correspondencia entre el calendario basko y el románico no siempre es exacta.

Irailla, garoila: la «luna del helecho» (*ira, garo* «helecho»).

Buruilla, burulla, buruile. Mr. Van Eys, en tono hipotético, explica este nombre basko-francés por *buruka-illa*, de *buruka, buruchka*, en labortano y bajo-nabarro «espiga de trigo». Cabe; pero solo en países muy septentrionales conviene ese nombre á «Septiembre». Para esta época en el actual país basko el trigo está ya recogido en las trojes. Con dicha etimología, sería aplicable á Junio y Julio. *Buru* significa «cabeza; remate, extremo, fin». Acaso *luruilla* designó al último mes del año primitivo, acabase ó no en el actual Septiembre.

Bildilla: la «luna de la recolección» (*bildu* «recoger, reunir»). Término vago, que mejor pudo aplicarse á otros meses en que caen cosechas más importantes. Astarloa cita el helecho y la hoja, á título de acopios, durante esta temporada. Cabe que aquel nombre lo usaran primeramente las regiones vitícolas y designase al mes de la vendimia.

Urrilla, urrieta, urriete, urri. Darrigol supone que *uril* (*sic*) es la «luna de las aguas». Con efecto, este mes abría el período de las pertinaces lluvias; y digo abría, porque desde hace unos años la sucesión de las estaciones está perturbada y nuestro clima es menos lluvioso. Astarloa propone otra etimología, sacándola de *urri* «escaso».

No la estimo segura, porque las formas *urrieta*, *urriete* denotan ideas positivas, abundancia material. El genio de la lengua tampoco se aviene con la pluralización de la «escasez», como hace el castellano. Si *ur* «agua», alguna vez hubiese sido *urri*, la etimología más plausible sería la de Darrigol.

Azilla, *hazila*, *hazile* la «luna de la simiente» (*azi* «semilla»). Es la época de la siembra.

Gerotzila la «luna del abono» (*gerotz*, «estiercol, abono»).

Zemendilla, *zemendia*, á juicio de Astarloa, es vocablo euskaro. Su etimología es más sutil que sólida. «*Zemendiya*—dice—significa *monte desmenuzado*, como compuesto de *ze* ó *zia* cosa menuda, y *mendi* ó *mendiya* monte, y no hay duda que lo es en este tiempo, pues los montes en el Noviembre se hallan deshojados, ó más bien, desmenuzados; esto es, sin aquella frondosidad que en el tiempo del verano los ensancha y les da mayor aumento de extensión». Esta pertenece á la clase de las etimologías de acertijo, al igual de las que figuran en cierto *Diccionario etimológico*. Dudo que quien no esté en el secreto adivine que «monte desmenuzado» equivale á árboles sin hojas. Ni por otra parte *ze-mendiya* significará jamás «monte desmenuzado», sino «monte de lo desmenuzado». *Zemendilla* es palabra híbrida; su primer componente es románico; proviene del bajo-latín *sementia* y esta de *semen* «semilla». Los Accadianos tuvieron un mes (Febrero-Marzo) denominado *sekin-tur* «colocación de la siembra», conmemorativo de la restauración de la labranza después del diluvio.

Lotazilla, *lotasilla*. Según Astarloa, de *lotu* «detenerse», y vale tanto como «de detenerse mes». Proviene ese peregrino vocablo de que los Baskongados conocieron el año solar, y en dicho mes se detenían ó paraban más que en los otros cuya duración era de treinta días, para incluir el pico ó sobrante de cinco días y horas que corresponde al año solar. Inútil me parece denunciar el cándido subjetivismo del autor, ni soplar sobre su castillo de naipes. *Lotu*, por lo demás, significa «atar, ligar, juntar, enlazar». *Lotazil* para Darrigol es equivalente de *locho*, *lotzeko*, *lotako* ó *lotazko-il* y parece convidar al reposo y al sueño. Baudrimont, siguiendo esta pista, traduce *lohi-lla* (*sic*) ó *lotazilla* por «luna del sueño», y añade que este nombre conviene perfectamente á Diciembre en las tierras polares, porque el hombre se encuentra como abotargado, y en estado semejante al de la invernación de los animales. En nuestro clima significa «reposo del

«labrador» ó «sueño de la naturaleza». Yo, por mi parte, descompongo la palabra del siguiente modo: *lot+azi+illa*. El bajo-nabarro y el labortano llaman al acto de prender ó arraigar una planta ó un ingerto *lot, lotu*. Por tanto *lotazilla* significa sencillamente la «luna del arraigo de la semilla», y se diría por la época en que los cereales comienzan á nacer y á mostrar al descubierto los tallos, que es cuando se adquiere la seguridad de que arraigó la siembra. Claro es que este período no corresponde á Diciembre, exactamente; pero ya hemos visto que esa inadecuación actual entre el nombre y la cosa no basta para desvirtuar las etimologías que sean, de suyo, plausibles. Recordemos, ademas, que el *ilbeltz* ó *beltzilla* mejor cuadra á Diciembre que no á Enero.

Negila la «luna del invierno» (*negu, negü* «invierno»).

b) Nombres con *aro, zaro*:

Dije anteriormente que *zaro* es uno de los nombres de la noche y que llegó á significar cierto espacio de tiempo más ó menos largo. Por la relación que existe entre la luna y la noche, *zaro* sirvió para denominar á algunos meses. Esto no significa que *zaro* haya sido sinónimo de *illa* «luna»; pero equivale á *illa* «mes», ó sea, al tiempo por aquella medido. La significación se extendió paulatinamente, hasta hacerse indefinida la duración que expresa.

Ostaro: «mes de la hoja». *Garagarzaro* «mes de la cebada». *Errearo, erearo, erayero* «mes del calor» (*erre* «quemar, asar»). La última forma, así como la acogida por Pouvreau, *erero*, me parecen corrupciones de la primera, é inexplicables si no se refieren á ella. Los Accadianos adoptaron una idea semejante: *dhe dhegar* «fuego haciendo fuego» (Julio-Agosto). *Azaro* «mes de la semilla».

c) Nombres diversamente compuestos. El suletino *arramayatz* parece compuesto con *mayatz*. Pero ¿qué es *arra*? ¿Alteración de *gar* «llama»? Resulta la siguiente etimología: *garra-mayatz* «mayo de la llama», es decir, un mayo más cálido, descripción que conviene á Junio. La composición con *arrai* «alegre», es ménos probable y plausible. *Maihatze, mayatz* se parece mucho al *maius* latino y convida á incluirlo en la misma categoría que á *marchoa, abuztu* y *abendu*. Pero la conversión de la desinencia *ius* en *hatze, atz* presenta dificultades y abre la puerta á una probabilidad de oriundez euskara. *Mahats* «uva» es la única palabra del actual léxico que hubiese podido formar ese nombre. Si esto fuere así, la semejanza fónica con

maius explicaría la aparición de la *i* en el vocablo euskaro y hasta su atribución al quinto mes de nuestro año común.

La etimología de *ekhaina*, según Darrigol, es como sigue: *eki*+*gain* «sol encima», y describe la época de la mayor elevación del astro. Con efecto, el solsticio de verano tiene lugar en Junio. La etimología es aceptable: por lo menos, pienso que nadie negará la presencia de *ekhi* «sol». *Ekhaina* es notable por ser el único, entre todos los nombres de meses, que se refiere al luminar del día. Los Bizkainos expresan la misma idea de *ekhaina* por medio del vocablo *izkiota*. Después de aislarlo hábilmente de las frases vulgares *izkiot dago eguzkiya* «el sol está que pica, calienta ó abrasa», Astarloa lo analizó con mucho acierto: *izki* contracción de *eguzki* «sol» y *ota* «altura». Pero ninguno de dichos vocablos tiene nada que ver con el conocimiento del año solar que algunos, gratuitamente, atribuyen á los primitivos Baskongados.¹ El calendario antiguo de los Germanos consagró un mes, el sexto, al sol: *brach-manoth*.

La observación de la luna es la más antigua de todas las observaciones astronómicas. Es susceptible el mes, así como el día, de ciertas subdivisiones naturales, determinadas por las fases del astro. La luna llena y la nueva luna parten al mes en dos porciones. Esta división precede á la marcada por el primer y tercer cuarto, la cual se liga al establecimiento de la semana.

El momento de la luna nueva, el momento en que comienza el mes lunar, ese instante preciso llamado *conjunción*, no puede ser determinado por observación inmediata. De aquí la mayor diversidad que presentan las lenguas al nombrar esta fase. Algunos términos se refieren al momento que precede, otros—y es lo más común—al que sigue á su invisibilidad, otros á la invisibilidad misma ó ausencia del astro. Los idiomas aryanos poseen palabras que se refieren á todos estos momentos de la evolución lunar.

Desde el instante que se hacía visible el astro comenzaba á contarse la nueva luna, cuya aparición, por diversos motivos, acaso era atisbada con impaciencia. Nada tiene de raro que la *neomenia*, al igual de la plenitud de la luna, fijase la hora de asambleas públicas, de expediciones guerreras, de ceremonias religiosas y otros actos importantes

(1) Sobre los nombres baskongados de los meses y explicación de su año, véanse: Astarloa, *Apologia* etc., 377-390; Darrigol *Dissertation* etc., 28-32; Baudrimont, *Histoire des Basques* 74-78; Chao, *Les Légendes d'Aïtor (Histoire primitive)* etc., 223-226; Van Eys, *Dictionnaire basque français*.

como la historia nos lo acredita con ejemplos copiosos. El plenilunio, para los Celtíberos y sus vecinos del Norte, constituía un período famoso de su religión.

Los Bascongados poseen nombres adecuados á dichos fenómenos físicos, cuya sucesión era imposible no percibiesen. En el capítulo IV quedaron enumerados. Nada de particular ofrecen; son meramente descriptivos.

La semana; los nombres de sus días; los días de fiesta y de trabajo.—Así como la división del tiempo en meses lunares es medida con que la misma naturaleza, por decirlo así, brinda, la de la semana de siete días es más artificial, y por de contado, posterior á ella, aunque antiquísima entre los pueblos del Asia occidental y el África que la conocieron primeramente. Ni los Aryas, ni los Iranios, ni los Griegos, ni los Romanos, (hasta el Imperio), ni los Germanos la usaron.

La duración general de la semana es de siete días, por la subdivisión común del mes lunar, pero también se conocieron semanas de cinco y diez días.

Por ser tan antiquísima la semana, ha podido sostenerse, con razón, que deriva su origen de las tradiciones anteriores á la dispersión de los pueblos. El Génesis, nadie lo ignora, distribuye la obra de la creación en siete días. Esta tradición religiosa ejerció considerable influjo sobre el establecimiento de la semana y sobre su difusión por los pueblos.

El nombre basko de la semana es *aste*. Los idiomas románicos sacaron los suyos de *septimus*: *septimana* (latín), *settimana*, *settimana* (italiano), *semaine* (francés), pasando al irlandés *seachtmaine*, al antiguo eslavo *sedimitsa* etc. El griego formó su *ebdomas* de *epta* «siete», como el sánscrito su *saptáha* de *saptan*, pero los Vedas no mencionan á la semana. La rama germánica posee un nombre que le es propio, *viko* (gótico), *wecha* (antiguo alemán) etc., cuya significación primitiva, á juzgar por su probable raíz sánscrita *vig*, es la de división.¹ Tan independiente del común nombre de la semana como el germánico, es el basko, primer punto dudoso de una cuestión difícilísima.

En primer término, ¿qué significa *aste-a*? Astarloa contesta resueltamente: «el empezar». Y lo propio Darrigol. La etimología, por sí

(1) Pictet: *Les Origines* etc. tomo III, pág. 349.

sola, se insinúa. Con efecto, *asi* significa, como verbo, «principiar» y como sustantivo «principio, que el bajo-nabarro dice *haste* y los otros dialectos *asiara*, *hastepen*, *hastapen*, *hatsapen*, etc. *Te* es sufijo abundancial y sufijo denominativo: con él se forman los sustantivos verbales indefinidos. Por consiguiente, nada se opone á que *aste* «semana», etimológicamente considerada, signifique principio; digo más, el baskuenze actual no nos permite señalarle otra significación. Las dificultades comienzan cuando se pregunta: ¿principio de qué?

Realmente, cuando una idea se expresa por dos ó tres palabras y esa idea se menciona amenudo en la conversación, la ley del menor esfuerzo suprime los vocablos considerados como accesorios y retiene el principal: de esta suerte en el tecnicismo político español, *sistema* fué, durante muchos años, sinónimo de «sistema constitucional liberal», y ahora en Francia, al mentar *l'affaire* todo el mundo entiende que se habla de *l'affaire Dreyfus*. A la hipótesis de que *aste* estaba unida á otra palabra, *luna* ó *mes*, por ejemplo, cabe oponerle un reparo grave, pero no irrefutable; los nombres de los meses demuestran que los Baskos no prescindían fácilmente del vocablo *illa*, muy necesario tratándose de *aste*, por la vaguedad de su significación.

Pero la pista indicada es la única que verosímilmente conduce á alguna parte; sigámosla, mientras no haya nuevas orientaciones.

Los nombres baskos de los días de la semana son los siguientes:

«Lunes»: *astelen*, *astelehen*, *ilen*.

«Martes»: *astearte*, *asteharte*, *martitzena*.

«Miércoles»: *asteazken*, *astezken*, *egubazten*, *eguasten*.

«Jueves»: *ostegun*, *orzegun*, *egubena*, *eguenta*.

«Viernes»: *ostirala*, *orzirala*, *orzirale*, *orzilare*, *bariku*.

«Sábado»: *larumbata*, *egubakoitz*, *irakoitz*, *neskanegün*, *zapatu*.

«Domingo»: *igande*, *iande*, *domeka*.

Segregaré, como hice al estudiar los meses, los términos románicos: *martitzena*, *zapatu* y *domeka*.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)





CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Los nombres enumerados forman dos grupos naturales. El primero lo constituyen los compuestos de *aste*. Los aludidos tres nombres son los más usuales y comunes, pues *ilen* y *egubasten* son sinónimos dialectales.

Imposible es negar la evidente concordancia de forma y sentido que reina entre *aste* «semana» («principio») —prescindiendo de su duración ordinaria de siete días— y *astelen* «primero de la semana» (*ilen* «primero»), *astearte* «medio de la semana» (*arte* «espacio, entre») y *asteazken* «último de la semana» (*azken* «último»). Ateniéndonos á lo que de sí arrojan estos datos y sin echar mano á ninguna hipótesis, resulta, de buenas á primeras, que la semana primitiva bas-kongada sólo constaba de tres días.

Esta solución no satisface: en primer lugar por la brevedad desusada, verdaderamente extraordinaria, de la semana; en segundo, por-

que siendo la semana parte de otra unidad mayor que es el mes, dichas subdivisiones, generalmente, se determinaban por las fases de la luna; y como esta, cada siete días, poco más ó menos, cambiaba de aspecto, dió origen á la semana de siete días; en tercero, porque el nombre *aste* significa «principio» y no se vislumbra á qué principio puede aludir que no sea el de la luna.¹ Notemos que al período total de los supuestos tres días los Baskos habían de llamarle «principio» y «primero, medio y fin del principio» á cada uno de los sub-períodos, para repetir inmediata é indefinidamente la enumeración. Esto es violento é inverosímil. ¿Qué «principio» era ese que, al parecer, estaba principiando siempre, sin que nunca le veamos principiari de veras?

La solución más plausible es que *astelen*, *astearte* y *asteazken* significan, no un día, sino á cada período de tiempo. Y si esto es así, todas las probabilidades militan en pró de un período lunar. Verdad es que podríamos suponer que dichos tres nombres marcan tres períodos arbitrariamente recortados, como las *Kalendas*, *Nonas* é *Idus* de los Latinos: pero el vocablo *aste* nos advierte que se trata de cosas concretas.²

A mi juicio, *aste* indicaba el novilunio; *astelen* el período de la luna creciente, *astearte* el de la luna llena y *asteazken* el de la luna menguante. Acaso el período de invisibilidad recibió el nombre de *gau*. En aquella época, por suposición, remotísima, los Baskos no habían experimentado la necesidad de dar nombre particular á cada uno de los días del período lunar.

Todo esto es muy hipotético: antes que nadie lo declaro. Mas en esta materia es imposible caminar sobre terreno sólido. La única garantía de acierto que podemos pretender, es la de no violentar los escasos datos que poseemos. Se me figura que la variante bizkaina *ilen* presta robustez notoria á la solución propuesta. Porque en rigor, aferrándose al significado actual de *aste*, podrían algunos rechazar la ra-

(1) La duración real del mes es de 29 días, 12 horas, 44 minutos y 2,87 segundos. Los pueblos primitivos, guiándose por sus sentidos y no por el cálculo, la fijaron en 29 días y medio. Pero el año resultaba demasiado corto (354 días y una fracción), y la aumentaron á 30. La variedad es grande en cronología, porque depende del estado mental de los pueblos y de mil circunstancias externas, imposibles de señalar *á priori*.

(2) Acerca del calendario italiota y del antiguo calendario italo-griego con sus extraños retoques, véase el primer tomo de la *Historia Romana* del gran Mommsen.

cional suposición de que hubiese servido para denominar á un período ó fase lunar; pero tocante á *ilen* no cabe repudiar la siguiente etimología: *ila*, *illa* (con apócope, como en *ilbeltz*, *ilzar*, etc.), y *len* «primero», nombre que, de ninguna suerte, pudo convenir primitivamente á ningún día de la semana. Luego si *ilen* «primero del mes ó de la luna» se ha usado como sinónimo de *astelen*, es porque entre ambos vocablos medió conformidad ó íntima analogía de sentido. Prácticamente *ila* equivalía á *aste*.

Llamé la atención anteriormente sobre el nombre salacenco de la «luna» *ilaski* (variedad de Ochagavía), indicando la posibilidad de que *aski* fuese la forma primitiva de *argi* (*arki*) «luz». Si efectivamente las formas baskas con *s* fueran anteriores á las formas con *r*, quiero decir, si nos la hubiésemos, no con una simple permutación de sonidos, sino con una estratificación de ellos,¹ procedería formular otra pregunta. En *aste* «semana», ¿figura el radical *as* «principio», ó *as* «luz, lucir, brillar»? *Aste* sería entonces susceptible de dos etimologías:

a) «la abundancia de luz; lo luminoso» (como se dice *agor-te* «sequía», abundancia de sequedad), en cuyo caso llegaríamos á suponer que fué uno de los nombres de la luna, aplicándose al período de la lunación completa, como el actual *ila*, *illa*.

b) «el lucir ó brillar».

La primera etimología arrastra consigo la consecuencia de que los Baskos no dieron nombre al novilunio como supuse arriba y que el período denominado *astelen* se abría al hacerse visible la luna. La segunda etimología, en cambio, no altera ni cambia los términos de la aludida explicación. Una y otra eluden la grave dificultad dimanada

(1) Las lenguas, cuando ya han adquirido personalidad propia, poseen cierto caudal de sonidos; algunos de estos permutan entre sí en virtud de las afinidades ó simpatías que los poseedores de dichas lenguas notan. Ese caudal se aumenta con el tiempo; y los nuevos sonidos, por algo que podríamos denominar *moda* ó *boga fonética*, tienden á destronar á los antiguos, siguiendo la orientación de nuevas afinidades. Esta distinción que propongo, me parece importante, aunque de hecho, sea difícil de establecer en muchos casos. Las permutaciones las clasifico, por tanto, en primarias y secundarias. Ahora bien; la escala fónica del euskara ya constituido, ¿comprendía la *r* y la *s*? En este caso la forma *ilaski* carece de interés (fuera del meramente fonético), pues pudo coexistir con *illargi*. Por el contrario, á dicho teclado primitivo ¿le faltaba la *r*? Entonces *ilaski* es superviviente de un estado más arcaico de la lengua y es lícito suponer que *aski* «luz» y *aste* «semana» comparten el mismo radical.

de no formar *illa* parte de *aste*, si este último vocablo significa «principio de la luna ó del mes».

Sea cual fuere la opinión mejor fundada acerca de tan dificultosos puntos, ni aun las personas que se atienen á los hechos escuetos y se niegan á plantear hipótesis, son capaces de desvirtuar esta afirmación de Astarloa: «Lo cierto es que esta voz no viene bien á la semana».

El sinónimo bizkaino de *asteazken* «miércoles» es *egubazten*, *eguasten*. Pertenece probablemente á la época en que se instituyó la semana de siete días. Compónese de *egun* «día», *b* eufónica y *azken* (*h=t*) «último». De suponerlo compuesto con *aste* no resulta sentido. La *n* final habría de ser, ó el sufijo de posesión, ó el de localidad: *egubazten* «de la semana del día» ó «en la semana del día». Verdad es que tampoco *egubazten=eguzazken* «día último» conviene al actual miércoles. Pero aparte de que, como sucedió con los nombres de meses, ha podido ser aplicado á día distinto del primero que lo recibió, *egubazken* (*egubazten*) parece formado á imitación de *asteazken*.

Mi teoría difiere de la de Astarloa en los puntos que mi resumen de esta por sí solo va á poner de manifiesto; á la vez estudiaremos los nombres del segundo grupo, ó sea, los independientes de *aste*.

Illa—opina el insigne apologista durangués—significa «cosa muerta, obscurecida» y se aplicó al periodo de obscuridad lunar, al interlunio, y porque de una de estas noches oscuras ó muertas á otra idéntica mediaba una lunación, pasó á designar el mes. *Astia* es éllipsis de *ilastia* ó *illargiastia*, y vale tanto como «principio lunar». Este *astia* era una función ó solemnidad que duraba tres días; aun ahora, las fiestas baskongadas disfrutan, ordinariamente, de esa duración. El primero, segundo y tercero día del *astia* recibieron los nombres de *astelen*, *astearte*, *asteazken*, que por contarse el *illa*, resultaban el segundo, tercero y cuarto día del novilunio.

Tan notable como el novilunio es el plenilunio, y á este le llamaron «de subir grandor», ó sea «subida grande», compuesto de *igan*, *igon* «subir» y *andi*, *andiya* «grande». Hoy se aplica al domingo, pero su significación literal nos revela que es anterior á la semana. En relación con el plenilunio se establecieron el creciente *ilgoria* «de la luna subimiento» y el menguante *ilberia* «de la luna bajamiento». Constituida la división quatripartita, se ajustó el siguiente tecnicismo: *ilbarriya* «luna nueva», primer cuarto lunar, desde el día primero

al séptimo inclusive; *laurenbata* (hoy nombre del sábado) «una de las cuatro partes» (*laur-en-bat-a*), segundo cuarto lunar, desde el séptimo al décimo cuarto día: por no admitir la semana cuadratura alguna en el número impar de sus siete días, se comprende que *larunbata* es anterior á la semana; *igandia*, tercer cuarto lunar, desde el décimo cuarto día hasta el vigésimo primero; *ilzaarra* «luna vieja» (*il-zaar*) último cuarto lunar, desde el vigésimo primero, hasta el último día lunar.¹ Este fué denominado *egubena* (hoy nombre del jueves) «el más bajo día» (*egun-b-en-a*), y como el jueves, quinto día, no es el último de la semana, infiérese que se daría al que fuere más bajo en la época que entraba; y como el séptimo se llamaba ya *larunbata* y el catorce *igandia* y el veintiuno *ilzarra*, no quedaba otro á quien aplicarlo sino al postrero de la luna.

La significación de *osteguna* y *ostirala* puso en aprieto al ingenio sutil de Astarloa: por lo menos sus etimologías, ya bastante alambicadas en *igandia*, *laurenbata* y *egubena*, no fueron más llanas. *Osteguna*, dice, significa literalmente «de atrás día» ó día siguiente, y supone época anterior. Como *osteguna* «jueves» cae dentro de la semana y no inmediato á ella, resulta que hubo de inventarse anteriormente. Sirvió para designar el quinto día de la luna, porque los precedentes, desde el segundo, constituían la época ó unidad llamada *astia*: se dijo *astiaren ostegunien* «en el día de atrás del principio».

Ostiraila se descompone en *oste*, *ostia* «cosa de atrás», *irago* ó *igaro* «pasar» y la terminación participial (?) *la*. Supliendo las elipsis todo ello equivale á «el día que está detrás del día de atrás», es decir, del *osteguna*.² Difícil será encontrar nombre más enrevesado y menos expresivo.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



(1) El Padre Larramendi explana la división lunar con las siguientes voces: *ilberria*, primer cuarto; *ilgoria*, segundo: *ilberia*, tercero; *ilzarra*, cuarto. Las objeciones de Astarloa contra ella me parecen desprovistas de fuerza. Estos cuatro términos designan, no cuartos propiamente, sino períodos desiguales, caracterizados por distintos aspectos del astro. Su misma vaguedad conviene á la observación impresionista de las sociedades primitivas.

(2) *Apología* etc.: 319-349.



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

El mérito de Astarloa estriba, á mi juicio, en haber visto con claridad que la actual semana baskongada es aplicación, relativamente moderna, de los períodos lunares del mes á otros períodos más breves. Esta es la idea capital y fecunda que se ha de retener, no obstante los errores que la hayan desvirtuado al usarla como llave para abrir el secreto etimológico de todos y cada uno de los nombres semanales.

Mr. Darrigol estudió, asimismo, la nomenclatura de la semana, violentando en cierta dirección, la legitimidad de la hipótesis. *Aste* es la neomenia, con quien guardan relación *astelehen*, *astearte* y *asteazken*. Terminada la solemnidad del novilunio, la palabra *aste* «principio» estaba de más, y la enumeración proseguiría, sin duda, diciéndose día cuarto, quinto, sexto, etc., de la luna.

Recibida la luz del Evangelio, hubo necesidad de adoptar la semana de siete días y dar á estos, y á aquella, nombres propios. El uso hi-

zo que prevalecieran *aste* y sus tres compuestos. El cuarto día fué denominado *ortzeguna*, de *oritze-eguna* «día de la conmemoración», aludiendo á las palabras del Salvador en la Cena: *Hoc facite in meam commemorationem*. El quinto *ortzilaria*, que es *oritze-il-aria*, de *il* «muerto», *oritze* «recuerdo» y la terminación *aria*: «conmemorativo de muerte», ó si no, «recuerdo capaz de dar la muerte». ¹ El sexto *larunbata*, de *larre-egun-bata* «último día de los campos», ó de *lan-egun-bata* «último día de trabajo». (Advierto que *bat-a* significa el «uno» y no «el último»; *larre*, propiamente, es «pasto, montazgo»). *Ibiakoitza*, *ebakoitza* será sinónimo del anterior si proviene de *egun bakoitza* «día único», sobreentendiéndose «para el trabajo». *Igandia* ó *egandia* «domingo», indudablemente es *egun andia* «el día grande».

La hipótesis de Mr. Darrigol no rebasaba, todavía, los límites de la verosimilitud, cualquiera que fuese el valor de sus etimologías. No era improbable, á priori, que la introducción de la semana de siete días datase del establecimiento de la Religión cristiana en el país basco, ni que los días añadidos hubieran recibido sus nombres de los hechos evangélicos, aunque, de hecho, fuera sospechoso que *ortzegun* y *ortzirale* omitiesen, precisamente, la mención del recuerdo eponímico. Ya habrán observado los lectores que de esas omisiones, reales ó supuestas, á comenzar por *aste*, adolecen varios de los nombres que vengo examinando.

Pero Mr. Darrigol pretendió perfeccionar su hipótesis, y dejándose arrastrar por su entusiasmo sacerdotal y patriótico discurrió otra, y con ella quiso ornar la historia de su gente, atribuyéndole, no sin alguna temeridad, el depósito de las más antiquísimas y venerables tradiciones, equiparándola, en cierto modo, al pueblo Hebreo.

Denominamos *aste* ó principio—dice—á un período de siete días. ¿Cuál puede ser ese principio que dura estrictamente siete días y tanto merece ser recordado? La Creación. ¿Cómo se explica que se llame *asteazkena* «último del principio» al día tercero? He aquí la causa. La creación del sol, la luna y las estrellas tuvo lugar el cuarto día. Esto motiva que la creación se divida naturalmente en dos épocas, distribuyéndose los seis días de trabajo en dos series: antes y después

(1) Mr. Darrigol duda entre ambas significaciones, porque piensa que *aria* puede afectar á *oritze* ó á *il*. Esto no es exacto. Dada la composición de la palabra *ari-a* ha de referirse á *il*. La hipótesis contraria exige nueva distribución de los componentes: *il-ori-tze-aria*.

de la creación del sol. En baskuenze «día» se dice *eguna*, *eki-duna* «el que tiene sol» y no pudo emplearse hasta que existió el astro. Por eso, precisamente, el nombre del cuarto día está formado con *eguna: ortzeguna*, es decir *orche-eguna* «ahí cabalmente el que tiene sol».¹

Dice Mr. Darrigol que si se hubiese propuesto escribir una disertación acerca de la semana baskongada, habría presentado etimologías de los tres días restantes, adecuadas á la hipótesis. No me parece que hayamos de lamentar ese vacío. Sospecho que á Mr. Darrigol, no obstante su claro talento, le habría causado grave embarazo el nombre bizkaino del «miércoles» *egubaxten*.

Que esta cuestión de la semana baskongada es difícilísima, las soluciones propuestas, y otras que omito, lo demuestran cumplidamente. Es inevitable acudir á la hipótesis; pero antes que abusar de ella, es preferible dejar ciertos puntos inexplicados.

La semana de siete días ¿fué creación espontánea de los Baskos, debida al progreso de sus observaciones, ó importación de otros pueblos con quienes se mezclaron ó pusieron en contacto? Este hecho importantísimo, jamás, probablemente, se averiguará. La obscuridad de los términos usados, la falta de congruencia entre el nombre y la cosa significada hoy de que adolecen varios de ellos, denotan la antigüedad de esta nomenclatura y las profundas transformaciones de ideas y creencias sobrevinidas. La actual semana baskongada presenta trazas de varios retoques. El vulgo fué estableciendo la correspondencia entre los nombres románicos y los euskaros del vocabulario cronológico; y como cuando ésta adaptación se llevó á cabo, estaría ya velado el sentido etimológico de algunos términos, se ha de temer que el orden con que actualmente se enumeran los nombres de los días, no se ajuste al original.

Los nombres compuestos con *egun* pertenecen, á mi juicio, á la segunda capa, según lo advertí arriba. Se ve el deseo de contar días; los compuestos con *aste* son, por el contrario, expresión de período. Ese deseo no pudo producirse sino cuando se inventó ó admitió la semana. Las lenguas presentan huecos y vacíos en el desarrollo signifi-

(1) *Dissertation* etc.: 32-36.— El presbítero D. Tomás de Sorreguieta escribió un libro titulado «Semana hispano-baskongada, la única de la Europa y la más antigua del orbe». No he conseguido leerla. Según Mr. Vinson, es una de las obras que más se distinguen por lo fantástico de sus etimologías.

cativo natural de los que llamaré gérmenes léxicos, pero no mientras éstos permanecen intactos bajo el doble aspecto de su forma y significado. Si la significación de *asi* («principio») hubiera desaparecido de la lengua, se comprende que *aste* y sus compuestos,—sobreviviendo el vago recuerdo de que sirvieron para designar una división del tiempo—pasasen á denominar á la semana y al lunes, martes y miércoles. Mas no ignorándose su significado, ¿cómo hemos de admitir, sin cautela, que dió origen á los aludidos nombres, cuya relación con la idea «principio» es tan arcana, por no decir imaginaria? Esta dificultad desaparece en la hipótesis de que *aste* haya significado «luminoso» ó «luna», siempre que el establecimiento de la semana sea posterior al rotacismo, ora se produjese la alteración fónica por simple permutación de la *s*, ora por aparición de la *r*.

Ost-egun «jueves» y *ost-irala* «viernes», y sus respectivas variantes *orz-egun* y *orz-irala*, si atendemos á su forma externa desentendiéndonos de su significación, constituyen dos grupos formados cada uno por una misma palabra, que son, respectivamente *orz* y *ost*. O lo que es igual, el jueves y el viernes comparten dentro de cada grupo el radical de su nombre y vienen á llamarse de la misma manera.

¿Es esto exacto? Analicemos, cuanto quepa, dichos nombres; estudiemos lo que *orz* y *ost* son y veamos si ambas formas se reducen á una sola.

Orz, lo he dicho repetidas veces, es el nombre euskaro del «cielo». *Orzegun* puede interpretarse, por tanto, como «el día del cielo»; en esta hipótesis el jueves estaba consagrado al cielo, sin duda porque el cielo era una divinidad. Existen variantes de palabras compuestas de *orz*, en las que la *r* cayó: *orzadar* y *ozadar*. Es decir, que *orz*=*oz*. La *st* ibérica suele resolverse en *z* castellana; Castulo Carlona; Basti Baza; Astura Ezla etc. El fenómeno contrario ocurre en baskuenze: *oste* «detrás», al parecer proviene de *atze*; tenemos *ozargi* y *ostargi* «cielo sereno, azulado, claro», *ostrellaka* «arco iris» etc. En este caso *orz* por la forma intermedia *oz* produjo *ost* y cabe que *orzegun* y *ostegun*, *orzirala* y *ostirala* formen, en vez de dos, un grupo único mediante el condominio de un sólo radical común. La designación de días distintos habría tenido lugar cuando á la diferenciación fonética vino á sumarse el olvido del significado, mediante la difusión del alienígena *zeru*. Entonces, influidos por la forma externa, los Baskos llamaron *ostegun*, *orzegun* al «jueves» y *ostirala*, *ortzirala* al «viernes».

Segunda hipótesis fundada sobre distinta agrupación de estos nombres. *Orzegun* y *ostegun* «jueves», compuestos de *orz*=*oz*=*ost* «cielo»; y *orzirala*, *ostirala* «viernes», compuestos de *orzi*=*osti* «trueno». En este caso, cada uno de dichos días estuvo consagrado á divinidades diferentes. *Orzi* puede fácilmente identificarse al *urci* del vocabulario compostelano «Dios».

El final de *ostirala*, *orzirala*, ya pertenezca la *i* al tema principal ya al segundo componente, es poco menos que inexplicable. Ni *irala* ni *rala* dicen nada por sí mismos. En rigor pudiera suponerse que *ra* formaba parte de *orzi* y *osti*, lo cual aproximaría las formas hipotéticas *orzira*, *ostira* á otros nombres del trueno como *igortzuri*, *ihurtzuri*, *ihorziri*, etc. Pero *la* continuaría inexplicado. Astarloa nos suministra la variante *ostiraila* que señala una nueva pista. ¿Será, acaso, *ostirala* nombre de mes, corrupción, p. ej., de *ostira-illa* «la luna del trueno»? No me atrevo á afirmarlo.

La etimología de *egubena*, *eguenta* presentada por Astarloa, no satisface. Aun suponiendo que realmente signifique el «día más bajo», dicha frase en baskuenze no equivale al «día último», ni quedan vestigios de que tal acepción de «bajo» se haya usado nunca. La *b*, imprescindible para dicha etimología, la reputo yo por meramente eufónica. Su intercalación provino de la caída de la *n*. De estar formado con sólo *egun*, literalmente significa *egubena*, *eguenta* «el de los días» en el baskuenze actual: nombre que carece de sentido. Esa palabra sigue siendo un misterio.

Bariku, nombre bizkaino del «viernes» se refiere, sin duda, á *baru*, *barur* «ayuno»; se dijo con el sentido de abstinencia (de carne).

Tan oscuro como *egubena* es *larunbata* «sábado». Para hallarle algún sentido se hace preciso imitar á Astarloa y suponer que es alteración de *laurenbata*. El *larregunbata* y *lanegunbata* de Darri-
gol pecan de excesivamente hipotéticos.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)





CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Egubakoitz tampoco es más llano. *Bakoitz*, *bakoch*, pronombre indefinido, significa «cada cual; cada uno». En composición suele comunicar al primer componente el sentido de «único»: *begibakoitz* «tuerto» (*begi*). La explicación de Darrigol, con todo, resulta forzada. No es creíble que los Baskos diesen nombre al sábado fijándose en la circunstancia de ser el único día que quedaba libre para el trabajo; harto más natural es que lo apellidasen «último día laborable». Además, el sentido de *bakoitz* es intensivo; excluye el concepto opuesto. Lejos de significar *egubakoitz* que, entre varios días transcurridos, es el único hábil que queda para trabajar, significaría lo contrario: que es el solo apto para el trabajo, como quien dice, el día laborable por excelencia.

Irakoitx parece contracción de *irabakoitz*. Pero ¿qué es *ira*? Tiene que ver algo con el de *ost-ira-la*?

Neskanegün equivale á *neskaenegün* «día de las muchachas». ¿Ha de estimarse este nombre suletino como testimonio de solemnidades ó fiestas ya olvidadas, ó sencillamente como referencia á los quehaceres y limpieza domésticas, que con mayor esmero se practican los sábados en país baskongado? *Neskanegün*, en puridad, significaría «día de las criadas». Otros dicen que proviene de la antigua costumbre suletina de celebrar los novios sus citas los sábados.

La etimología de *igandia*, *egun-andia* «el día grande» seduce por su sencillez. Mas no conozco ningún ejemplo de compuestos de *egun* con alteración inicial; según lo que yo he observado, conserva la *e* cuidadosamente. Pero éste, como todos los puntos de hecho, queda sometido á más amplia información.

El «día de labor» se llama *astegun*, literalmente «día de semana». Es sumamente aceptable la etimología de Astarloa, porque la semana, período cuya casi totalidad se dedicaba al trabajo, pudo tomarse metafóricamente como sinónimo del día laborable. Excuso decir que esta acepción se la atribuyo al Cristianismo. Hay una variedad dialectal que dice *astelegun*, contracción de *astelenegun* «día del lunes», por ser este el que abre el período en que se puede trabajar.

El nombre de la festividad es *jaiegun*. *Jai* es «fiesta»; y como las fiestas son días de júbilo, es razonable la etimología de Astarloa: *jai-egun* «día de alegría». Pero esta acepción la supongo yo secundaria. De lo contrario habría muchas probabilidades de que *jai* «alegría» proviniese del provenzal *joia*, italiano *goia*. *Jayegun* ostenta, á mi juicio, sabor arcaico. En tiempos relativamente modernos se hubiera dicho, p. ej. *pestegun*.

No es imposible que *Jai* hubiese sido el nombre de algún antiguo Dios.

La formación de *jayarin* para designar las fiestas de precepto en qué se puede trabajar es moderna, y digna del período decadente de la lengua. *Jayarin* no significa, como quisieran, «fiesta ligera» en el sentido de menos rigurosa ó grave, sino fiesta lista, ágil, como quien dice, fiesta capaz de brincar y correr mucho.

Nombres de los colores.—Verosímelmente, uno de los accidentes externos de los objetos que más temprano habrían atraído la atención de los hombres, serán los colores. En los idiomas aryanos los nombres comunes son aquellos que corresponden á la coloración habitual de las vacas. «Rojo», por ejemplo, concuerda en el sánscrito, griego

latín, eslavo, céltico y teutón. Al revés, discrepan «azul» y «verde» y los vocablos correspondientes son de origen más moderno. Ciertas razas africanas sólo poseen nombres de colores que existen en el ganado y la caza: negro, gris, blanco, amarillo y rojo. Lo mismo se observa en los idiomas fineses. «Color» se dice *karra*; etimológicamente significa «pelo». El «verde» y el «azul» han sido tomados á otras lenguas.

Parecen indígenas los nombres euskaros siguientes: *baltz*, *beltz*, *belch* «negro»; *zuri*, *churi* «blanco»; *ori*, *zori*, *zorhi*, *bellegi*, *beilegi*, *laru* «amarillo»; *gorri*, «rojo, encarnado»; *urdiñ*, *urdiñ* «azul».

Beltz ofrece semejanza con *bele* «cuervo». Es imposible decidir si el nombre del color pasó al ave, ó si ésta fué el origen de aquel. El aspecto de *beltz* es el de palabra contraída ó mutilada.

Entre *zuri* «blanco» y *zori* «color amarillento de las hojas y frutas maduras», *ori* «amarillo», *gori* «incandescente», *gorri* «rojo», y entre éste y *gar*, *kar* «llama» hay notoria relación de forma. Opino que todos estos nombres fueron creados en las ferrerías de los metalurgistas, mediante la observación de los matices que van tomando los metales sometidos á la acción del fuego.

Laru, «amarillo», es variedad local; yo la he sacado de un breve vocabulario de Aramayona. Uno de los nombres sánscritos de «blanco» es *karu*; el «amarillo de oro» se dice *hari*, derivado de la raíz *ghar* «lucir, brillar», cuya conexión de sentido y forma con el euskaro *gar* tampoco deja de ser curiosa.

Es sumamente curioso que *gorri* sirva para expresar la desnudez de la piel: *belauñ gorritan* «con las rodillas desnudas», *zan-gorritan* «con los piés descalzos»; *narru-gorrian*, *larru-gorrian* «en cueros» (literalmente, «en piel encarnada»). ¿Revela este nombre contacto inmediato de los Baskos con razas rojas ó cobrizas que andaban poco, ó nada, vestidas? ¿Se refiere á un rasgo antropológico de los primitivos Baskos, borrado por cruzamientos posteriores?

Debo advertir que hay una perversión del pigmento que toma matices rojos, llamada *eritrisismo*. Según Quatrefages, fué rasgo del hombre primitivo. Ya que no digamos que los Baskos lo poseyeron, se puede suponer conocieron á tribus marcadas con él.

El nombre bizcaino *bellegi*, *beilegi*, lo explica el Sr. Arana y Gori por *bei-legi* «como vaca». Es explicación muy acertada y que nos descubre aquel estado social que movía á los primitivos Aryas á formas el espectro de sus colores con los de los ganados. Si el segundo

componente es contracción del adverbio de comparación *legez* «como», se ha de suponer, ó que el nombre compuesto, contra lo que denota su sabor, no es antiguo, ó que dicho segundo componente ha sido introducido en época reciente, pues *legez*, según todas las señales, procede de *lege* «ley», *lex* en latín.

Urdin, *urdin* parece compuesto de *ur* «agua». Denota habitación bajo un cielo meridional; las aguas del Norte son plumizas. El final es obscuro. En labortano y bajo-nabarro significa «gris», cuyo nombre íntegro *urdiñarre*, han conservado los dialectos de España.

El nombre del «verde» es alienígena: *ferde*. No puede menos de ser vocablo muy moderno, tomado de algún idioma románico. ¿Porqué se ha perdido, en absoluto, el vocablo indígena, siendo así que lo retienen los otros colores principales y que en el actual país Basko es color dominante? La palabra *eze*, *heze* designa hoy lo húmedo y acuoso; significa verde cuando se aplica á los árboles que aún conservan savia. Yo sospecho que *eze* fué el nombre de lo verde, por lo menos como color del reino vegetal. «Verde» proviene del latino *viridis*, cuyo origen atribuye Eug. Burnouf al sánscrito *háríta* «verde, amarillo».

La labranza:—El «labrador» recibe varios nombres en baskuense: *laborari* (bilingüe, del latino *labor* y el verbal *ari*), *nekezari*, *nekazari*, *nekezale*, *nekazale*. De *neke* «trabajo», *z* instrumental y *ari* «estar haciendo algo», *zale* «aficionado, profesional»; *aitzurle*, *achurle*, de *aitzur* «azada» y el sufijo de agente *le*, es decir, «cavador». Los nombres más usados en España y Francia, respectivamente, son *nekazari*, etc. y *laborari*. Compárese el tema de *nekazari* con el latino *neco*, *as*, «matar, asesinar», etc. Mahn, según dice Mr. Van Eys, duda si el vocablo basko procede del latín ó vice versa. *Langille* de *lan* «trabajo» y *egille* «hacedor» se aplica á los peones de labranza, y á toda clase de obreros, operarios y oficiales en general; como adjetivo significa «hacendoso, trabajador». *Langille* es sinónimo de *lanari*.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)





CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Los idiomas aryo-europeos emplean, con el sentido de «labrar», la raíz *ar*; los aryo-asiáticos la raíz *krsh* (*karsh*) que también late en algunos vocablos de Europa. Esta segunda raíz presenta extraordinaria analogía con el hebreo *chârash*. A ninguna de ellas se refieren los nombres euskaros. *Aitzur* designa á un instrumento que primitivamente fué de piedra. Por tanto, el nombre de él derivado, pudiera ser el más antiguo; pero *aitzurle*, *aitzurlari*, sin duda, designó concretamente, al principio, el «cavador», aunque por extensión designase pronto al labrador en general. Por tanto, si *neke* es independiente del *neco* latino, ó este vocablo procede del baskuenze, mi opinión es que el concepto abstracto de labrador, es decir, de hombre que trabaja la tierra, sin acepción de labor especial, corrió, desde que se formó, á cargo de *nekezari*, etc. De *neke* provienen *nekatu* «cansarse», *nekadura* «cansancio» y otros.

Son varios los nombres euskaros de la «heredad» ó «campo de labor»: *soro, sorho, solo; ordoki; landa; arlo; alor, alhor*. Queda manifestado que los dos primeros se aplican, también, á la «llanura».

Los idiomas aryo-occidentales derivan de la raíz *ar, er, or* los nombres del campo, por medio de sufijos variados: *ar-eum* (latín), de *aro; ar, iom-air* (erse) de *araim*, etc., etc. Estas palabras son, relativamente, modernas, pero no la raíz.¹

Es notable que un elemento análogo á dicha raíz figura en *or-doki, ar-lò, al-or; or-ube, or-ubi* «suelo, solar; paraje descubierto», *ur-ube* «corral» *elk-ar* «tierra estéril», *l-ur*, «tierra», *le-or, leih-or, leg-or* «seco, árido, tierra firme», etc. Obsérvese que *ar, or, ur*, es sufijo derivativo basko; por tanto, las palabras que terminan con esa sílaba, reúnen mayores probabilidades de no estar inoculadas de aryanismo. *Arlo* ¿es metátesis de *alor*, ó vice-versa?

Landa se reputa por de origen germánico, pero conviene tener presente la posibilidad de referirla á *lan* «trabajo».

Erein «sembrar», parece palabra genuinamente euskara. La terminación pudiera muy bien ser el verbal *egin* «hacer» contraído. ¿Y *er*? No es probable que sea alteración de *cur* (erse) «siembra». En *ernetu*, sinónimo de *sortu* «nacer, germinar», entra el mismo elemento *er*, representante acaso, de algún nombre perdido de la «semilla». Mas *egin*, unido al hipotético *er* no da sentido completamente satisfactorio de *erein*, el cual significaría literalmente «hacer semilla». Cabe, dentro del supuesto si *egin* está tomado en acepción muy general, equivaliendo, de hecho, á «arrojar, esparcir», etc. Por cierto que aquí se dibuja una curiosa concordancia. La palabra erse *cur* significa, además de siembra, «nieve», por comparación á una semilla que cae. Y *er*, componente del euskaro *erein* «sembrar», figura, así mismo, en una de las variantes del nombre basko de la «nieve»: *erur (elur, edur)*. Con esta comparación no pretendo acentuar la verosimilitud de la equivalencia *er=cur*, siempre muy problemática. Pero constituye buena prueba de que las lenguas, entre sí más diversas, forman palabras fundándose sobre analogías que, á primera vista, suelen parecer arbitrarias, y por tanto, peculiares á una de ellas. *Er-ur* «nieve» podría explicarse por *er* «semilla» y *ur* «agua»; como quien dice, «semilla líquida, acuosa».

(1) Pictet. *Les Origines*, etc., tomo II, pág. 106.

No encuentro semejanzas ó analogía aryas para los nombres de las más importantes labores agrícolas: *adarnatu* (Araquistain), *ĩnausi* «podar; desmochar los árboles»; *itaitu*, *igitaitu*, *egitatu*, *igitandu*, *itzundo* «segar»; *goldatu*, *goldeatu*, *eisar* «arar»; *achurtu*, *aitzur-tu*, *aintzurtu* «cavar»; *jorratu*, *jorraitu* «escardar».

ĩnausi es palabra compuesta con el verbal *autsi* «romper». Su primer elemento *ĩn* me parece que es el radical, ó el residuo, de *ĩnaztor* «helecho». *Igitaitu*, etc., son verbales denominativos, derivados de *igitai*, *iritai*, *itai*, *igitei* «hoz». *Igi* ¿tiene algo que ver con *ogi* «trigo, pan»? *Goldatu*, *goldeatu* viene de *golde* «arado», y *achurtu* de *aitzur* «azada».

Además del alienígena y común *chertatu*, *chartatu* «ingertar» (del latino *inserto*), se usan, más ó menos, otros de fisonomía castiza: *estitu*, *eztitu*, *estikere*; *eravn*, etc.

El nombre de la «guadaña» es: *kodañ*, *kodeñ*, *podain*; *sega*. El P. Larramendi afirma que el castellano «guadaña» proviene del basconze; la Academia, que del árabe *coláa*. En el nombre euskaro palpita la raíz *hur*, *gur*, que, según sus derivados, significa «inclinación, torcedura, curva»; el latino *curvus* está formado, según dice Toubin, con los siguientes elementos sánscritos: *car* «ir» y *buj* «doblar, inclinarse, encorbarse». Entiendo que la raíz euskara es independiente del vocablo latino.

Sarde «horca, dental» (*fourche*) parece euskaro. Compárese, no obstante, con el oseta *sagoi*, derivado del sánscrito *çákhá*, *çikhá* «rama».

Elaboración de las telas.—Voy á ampliar las nociones que indiqué en el cap. IV.

«Hilar» se dice *irun*, *hirun*, *urun*, *iruki* (Araquistain). No le conozco analogías ni semejanzas aryas. Relación de forma y significado guarda con *ari*, *hari* «hilo».

La «rueca» tiene tres nombres: *goru*, *golu*; *killo*, *killu*, *kilo*, *ki-lu*, *khulu*. Mr. Van Eys añade el labortano *murkilla*, pero advirtiéndome que hoy no es conocido. Esto nada importa, si realmente existió; su forma en Larramendi es *murkhuilla*. *Golu*, *goru* están tomados del latino *colus* que produjo el bajo-latino *conucula*, de donde proviene el francés *quenouille*, salvo el caso de que *conucula* sea diminutivo de *corus*. Por lo tanto, el préstamo euskaro es directo. *Killo*, *killu*, etc., pudieran ser transformaciones de *golu*, sin que esto

signifique la imposibilidad de mirarlos como á residuos de *murkill-a*. No conozco estudio más atractivo que el de la euskarización de los vocablos latinos, brillantemente iniciado por el insigne Hugo Schuchardt. El disfraz adoptado suele ser muy curioso. Véanse dos ejemplos que tomo de mis notas acerca de dicha materia: *pelleburu*, «peligro», de *periculum* (*pe-lle-bu-ru: pe-ri-cu-lum*); *endellegu* «entendimiento», de *intellectu* (*en-de-lle-gu: in-te-llec-tu*).

A primera vista, *murkilla* ó *murkhuilla* parece palabra compuesta de *mur* y *killo*. Ignoro lo que significa *mur*. Pero aunque lo supiese, preferiría identificar *murkill-a* á *muskil*, el cual, entre sus varios significados, posee el de «renuevo». Dicho nombre pudo ser aplicado más concretamente á una «varilla» que se usase como rueca, primitivamente.

Según Pictet, los Aryas se servían de una caña: *helakate* (griego) «rueca, caña»; *rockr* (escandinavo), *roccho* (antiguo alemán), «rueca», *ruch* (persa) «caña», etc.

Ardatz, «huso». Mr. Van Eys pregunta si proviene de *ari-atz*, «estar haciendo con el dedo», supongo. Estima que la presencia de la *d* es obstáculo á ésta etimología.

Conocemos ya el nombre del «hilo». Según el diccionario de Larramendi «cuerda» se dice *esgarri*, *lokarri*, *baga*; los dos primeros están compuestos de *estu* «apretar», *lotu* «atar» y la terminación *garrri*, que indica idoneidad. *Lokarri* se aplica á todo género de ataduras: cordón, trenzadera, etc. *Esgarri* es vocablo moderno si *estu* es de origen románico. «*Soga*» se dice *soka*, vocablo tomado del bajo-latín y derivado de la raíz sánskrita *si* «ligarse». ¿Se referirá á esta raíz *sare* «red»?

Vimos anteriormente que una de las formas euskaras (la más usual) del verbo «tejer» es *eo*. Enseguida acude á la memoria el latino *neo* «hilar, tejer». La forma menos contraída *ego*, por su parte, convida á no creer en la importación. Pero es el caso que también existe una raíz sánskrita *nah* «ligare» con gutural adicional, la cual al parecer, resurge en *necto*, *nexus*. Por ciertas razones de analogía pudiera admitirse, en último caso, que *neo* ocupa el lugar de *neho*, cuya *h* acaso desapareció, como en *nil*=*nihil*.¹

Si realmente la gutural formó parte de *neo*, aumentan las proba-

(1) Pictet: *Les Origines*, etc., tomo II, págs. 207 y 208.

bilidades de que *eo*, *ego*, etc., sea de origen latino, y en todo caso, aryo. La elisión de *n* medial ó final es muy frecuente en baskuenze; la de *n* inicial mucho menos.

El nombre del «telar» *euntegi*, es derivado del que lleva el «lien-zo» ó «tejido», *eun*. Sospecho que es moderno. Su formación es viciosa: *eun*+*legi*, materialmente, significa «lugar de la tela ó tejido», es decir, lugar donde están depositados esos productos: de ninguna manera máquina con que se fabrican.

Irazkai «trama». Palabra compuesta de *iraz* y *kai*, «materia, cosa». *Irazi* significa «colar, filtrar». *Irazkai* viene á significar, lo que es apóposito para pasar de un lado á otro, y así es la trama en la urdimbre.

Josi «coser». Es palabra moderna, tomada, probablemente, del provenzal *cozir*, *cuzir*, y en todo caso, derivada del bajo-latín *cucire*. En el nombre de la «aguja», que es compuesto, es antiguo el segundo componente: *jostorratz*, de *josi* y *orraz*, *orrazi* «peine»; literalmente «peine de coser». En el concepto del peine, la idea de la púa es lo que domina, sin duda. *Orrazi* se compone de *zi* «punta, espigón». No sé lo que es *orra*. Acaso es *orri* «hoja», para indicar una superficie plana, así como en castellano se dice las hojas de la puerta. Los dialectos baskos de Francia emplean la palabra *ispilinga*: del francés antiguo *espingle*.

La casa; la habitación.—La «pared», además del macarrónico *pareta*, lleva los nombres de *orma* y *muru*, *murri*.

Orma, á mi juicio, es nombre sumamente importante y de muy venerable antigüedad, si hemos de juzgar por su identidad de forma con uno de los nombres del «hielo»: *orma*, *horma*. ¿Edificaron los Baskos, alguna vez, sus cabañas, como los Lapones y Esquimales, con nieve congelada? Obsérvese, sin embargo, que en algunas variedades alto-nabarras (la de Bera, por ejemplo), «roca» se dice *armasa* vocablo que pudiera estar en relación con *orma* «pared». En Castilla á las tapias se les denomina *ormazos*; Ambrosio de Morales opina, con muy buen seso, que dicha palabra procede del baskuenze.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)